



*Nacidos para
ser escritos*

M. E. ESPITIA



***Nacidos para
ser escritos***

Nacidos para ser escritos

© Manuel E. Espitia Benavides

e-mail: meespitiab@hotmail.com

Carátula: Michael Martínez

Prólogo: Andrés Pascuas Cano

Primera versión impresa

Fallidos Editores, 2019

Editor: ex-Alejandro Herrán

Nueve Editores, 2020

Primera versión digital



Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

NACIDOS PARA SER ESCRITOS

Narrativa

M. E. ESPITIA

Nueve Editores

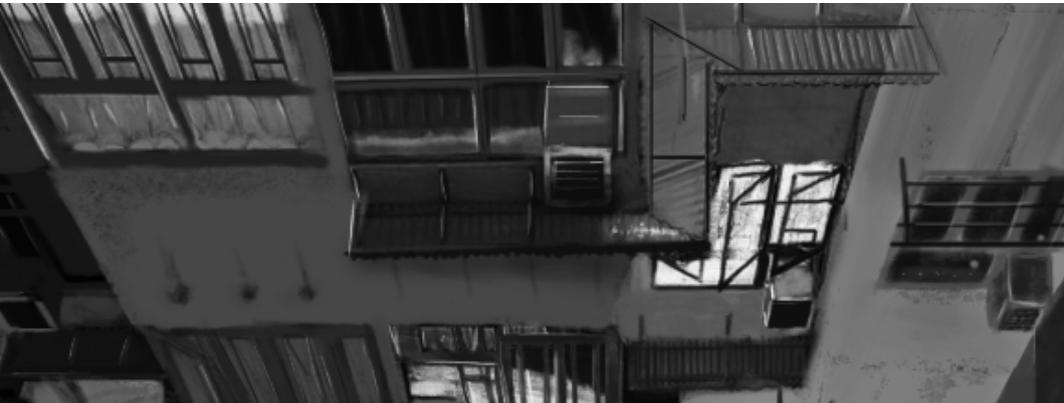
2020

A la vida de

**Juan Pablo
Sarmiento
Romero**

**Isaac
Herrera
Mercado**





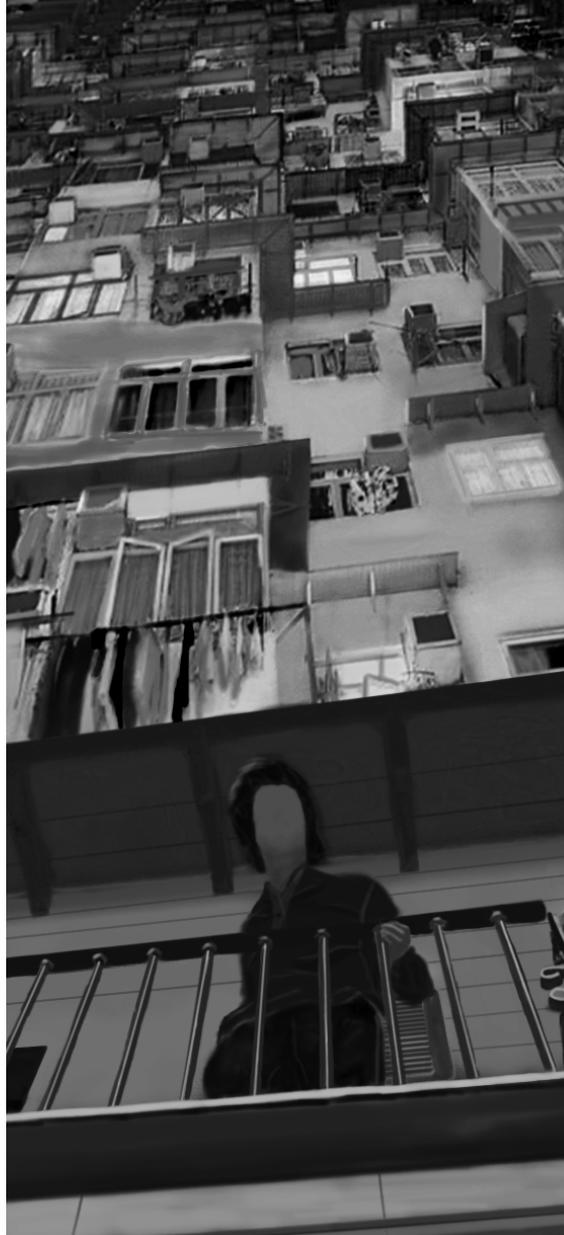
El peregrino de la gran ansia

**“Los hijos de la Edad Dorada
vagan ahora lejos por la tierra
de los padres, olvidados de los días
del destino. En algún otro lado.**

**¿Y ningún anhelo puede
hacerles ya volver?”**

Friedrich Hölderlin.





**“Nada de lo escrito aquí
es real, mucho menos irreal.
La metáfora, adquiere de la
fantasía su propia realidad”.**

Wolfgang Swenson.

CIANURO EN ALMÍBAR

Muchos autores se creen dioses cuando escriben y aquella suposición no es resultado de su prepotencia, para ellos escribir representa la emancipación de perturbaciones inacabables, una unción reconfortante. Para Espitia es más probable hacer el papel de un demonio que en sus múltiples roles condena a sus personajes y creaciones en su propia liberación. En cada criatura engendrada se manifiestan las múltiples personalidades del escritor, con cada uno de sus infortunios y desasosiegos.

La literatura es para él un arte perpetuo y mitigante de la inmersión vital. Porque como bien lo dice: *Quien cuenta no publica, sino expulsa su carga y lo hace para acercarse no a la unidad sino al equilibrio de su multiplicidad. Un cuerpo que canta difundiendo su música, puede interpretar dentro de sí, miles de instrumentos desde sus voces y sus mentes.*

Esta es una obra cronológicamente invertida, marcada en una espiritualidad trascendental, no es un manifiesto de decadencia, ni enfermedad biológica, sino la desarticulación de una mente en agonía, mente portadora de ideas disonantes, con un flujo de pensamientos incoherentes que representan la demencia y la condición psicodélica de sus personajes, que nacieron para ser escritos y murieron para ser leídos.

Para leer esta historia se debe empezar desde muy atrás. En paisajes de ensoñación y hasta la lejanía de la ascendencia. Se debe saber que te va a sacudir las vísceras y te hará creer que eres Dios jugando ajedrez con el Diablo en la sala de tu casa; bebiendo cianuro en almíbar y conversando sobre amor, la incógnita y la muerte. Y encontrarás, sin velo ninguno su más íntima esencia. Acá Espitia nos dice que siempre estamos a tiempo y que ya hemos llegado tarde. Apelando a viajes oníricos, nos lleva a la misma predicción: no existen la redención ni el olvido.

La novela, es una obra trágica dentro de otra historia, como una inepción, una vida dentro de otra, un fractal, o mejor una espiral, donde también advierte que tal vez el mundo sea una simulación de otra simulación, pues la literatura es una prueba de su postura: creamos personajes que vivan por nosotros. Wolfgang, no es solo su protagonista, es también el personaje soñado y su propio homólogo en la vida real. Como en *El Extranjero*, Camus lo llevó a través de caminos que también andarían Jean Paul y Charles, habitantes de la misma historia y que comparten, como el resto de sus personajes noches de insomnio y tormentas mentales. Saben que no pueden elegir su propia existencia. Que no tienen el control de su futuro.

Este es un viaje literario y estético único, donde Espitia nos muestra que todo es un presagio y en la medida que avanzamos nos damos cuenta que justo debajo de la superficie hay otro mundo y otro más y que, cuanto más leemos, cuanto más se cava, aparecen más y más mundos distintos. Y bajo cada superficie siempre habrá secretos ocultos que al final el tiempo revelará.

Narrada en paisajes urbanos, despoblados y desencantados, son escenarios propicios para sus protagonistas, personajes abandonados en el anhelo, el amor, el infierno y la desesperación. Seres que viven en sus instintos, en sus deseos más íntimos, que hacen sus sombras más fuertes que su voluntad y que nos muestran cómo detrás de las apariencias somos presas de los mismos deseos: crudos, oscuros y vergonzosos.

Espitia sabe bien lo que son la carencia, el conflicto y la soledad, y nos regala esta obra, en la que describe la dualidad del espíritu, la lucha con la mente y la búsqueda espiritual del individuo más allá del miedo, la moral y el juicio.

Salud.

Andrés Pascuas Cano

CAPÍTULO XVII: RENACE UN ANTIGUO ÍDOLO

Una noche un joven despertó de su demencia, soñoliento y meditabundo tras una pesadilla. Se trataba de la silueta de una rosa roja intensa y cautivadora con un fondo negro agobiador. Los brazos de él estrechaban el vientre de su madre, quien lo enredaba en su lecho maternal asustada y perturbada. El joven reacomodó su postura y se secó la frente llena de sudor, estaba cansado y exasperado del descanso. Minutos después llegó a un sueño profundo donde lo olvidó todo de nuevo. De esa vez en adelante vio cómo la oscuridad de cada noche le brindaba un regalo más. Encendía una vela para vislumbrar su brillo durante las horas de su insomnio. La llama anaranjada y abrasadora opacaba sus pupilas y sus manos de nuevo se enfrascaban en un frío y espeluznante temor de sordera, pues prefería escuchar el silencio del reloj latiendo cada segundo dentro de él y enceguecerse sin entregarse al reposo. Entendió que seguía siendo esclavo del desvelo, seguía siendo Wolfgang, seguía siendo como la noche y ella y seguía despertando en él sus caprichos de rosa, él que ya no era un joven, era un hombre nuevo.

Las sombras se proyectaban en su alcoba y ahora lo acompañaba El Dios presente “en el horror del hijo por la madre y el amor de la madre por el hijo”. Ciertamente que de milagro existieran personas mágicas, seres que se acobijaban en el lecho de sus allegados, como por intercesión divina, como señal del *Inconsciente Colectivo* que se encuentra y se responde a sí mismo, al *Selbst*.

Cierto día, Wolfgang Swenson le compartió los pensamientos a su madre:

—No me siento, porque aún no logro sentirlos a ellos, los creí tan eternos, esperándome, que ahora se me hace raro que fueran vencidos.

Ella respondió cobarde:

—Ellos no se han rendido, ahora buscan sus misiones en otras tierras, ahora ellos viven por sí solos, porque no tienen nada más que cumplir aquí.

Entrada la madrugada, soñó que estaba dentro del cuerpo de ella, acreditándole sus desventuras a su espíritu, dijo:

—Mujer, he hablado a ti como si aún fueras un yo que me pertenece, deja de ser una diosa y por un momento escúchame. Están ellos perdidos, quizás, peregrinando en busca de otros reinos lejanos, así es, han viajado lejos de aquí y quizás dentro de mucho tiempo los volveremos a ver; por el momento resta leer las cartas que nos envíen de lejos, letras que llegan en los sueños como señales de un espacio sin tiempo, sin saber si algún día necesitarán la ayuda de alguien. Aquellas voces inocentes y extraviadas acompañadas tan solo de ellas mismas, que ni llamaban a los dioses porque creían ser más que ellos, creían ser quienes crearan hasta su propio infortunio.

¿Y es que ahora quién pensaría en ellos? ¿Quién sería el que deambule por la vida de otros? Nadie más que Nosotros, el yo en muchas partes. ¿Qué más será lo que se llevará el ser? La vida propia pierde valor, en la medida en que el ensimismamiento radica en el apego a lo externo. Se sabe que la fe solo se debe destinar a lo viviente y real, a eso hay que entregar el espíritu, eso es lo que nos queda: la unión mística y natural, la comunión con la política del cuerpo, el pueblo de nuestro ser. Es cierto que ahora lo que se ha ido, ha dejado como la ausencia, una compañía. Ahora no valen las palabras que ellos ya no escuchan, no importa si solo susurren porque tampoco podemos oír.

—¿Qué te sucede? Háblame más, sufro de incertidumbre y curiosidad por lo que sientes, me entristece y me duele que no duermas bien.

—Está bien, te lo diré, te contaré su historia. Llora lo que puedas, hazlo por mí, hermosa dueña mía. Ahora escúchame si eso es lo que tanto has esperado.

Cada día, cada gota de agua del cielo se confundía con las lágrimas invisibles de un corazón aún viviente, agonizante pero siempre acompañado, cuyo centro aún estaba apartado y disperso. Las llagas le apretaban el pecho, como una daga que atravesara todo su ser. Y más aún seguiría al borde de la muerte, sus escapes, sus huidas rozaban todo su cuerpo, era ella: la vida, la pesadilla, era él, Wolf, el actor, el protagonista, el moribundo, el soñador, el mejor amigo de los muertos.

Aun así, toda su familia, sus amigos y hasta la familia de sus amigos, andaban pendientes de él; como a la espera de otro fracaso.

—¿Acaso serían tan pesimistas? ¿o acaso el realismo había llegado a ser tan trágico que de aquel tiempo solo se esperara un mañana frágil? ¿En qué me he convertido? ¿Dónde estoy? ¿En qué isla se encuentra la muerte, cuánto dura el viaje? He pasado por un infarto, he estado en coma, me han clavado el filo de muchas navajas, se han desaparecido las cicatrices y aún permanezco aquí dormido, parece que al fin moriré, que sea en este sueño, donde he de contar todo. A veces nos parece que agonizar es como imaginar el fin, morir es creerlo y despertar, olvidarlo. Para vivir es necesario sentir la muerte cerca. —Dijo el hijo agonizando.

Anhelos peregrinos

A finales de los años 80's, Wolfgang se encontraba encerrado en la rutina de su trabajo, la actuación. Por eso decidió viajar al bosque de Nordland, en Noruega. Quería buscar la compañía de sus camaradas desaparecidos, en la gracia de la naturaleza. Encontró una humilde cabaña y con lo que había ganado de su arduo trabajo de guionista y actor, se hospedó allí durante algunos meses, con el fin de apartarse de la vida monótona y esclavizante. Llevó una vida silvestre y prometió peregrinar hasta los montes más helados y altos. Una noche en la selva llena de barro y lodo absorbente, fue en busca de leña para la cena. Y en el camino es-

cuchó algunas voces que a veces ignoraba. Siguió buscando con su hacha árboles vírgenes, jóvenes y ricos, llenos de vida. Pero inconscientemente también estuvo a la espera de descubrir los símbolos de los vetustos, rústicos y ásperos tallos.

—¡Debemos seguir!

Gritó una voz lejana. Era Vittoria, estaba bajo un árbol, curando a su hombre que había regresado de una lucha, lo encontró al fin trajinado, aunque lo buscara como un espectro, no sospechaba que fuera real, aunque no lo veía, aunque no lo palpara, así lo curaba, así lo amaba; esperando una respuesta, una caricia, lo necesario para enternecer más su pureza; pero el hombre sabio sabía que no debía derretir más su dulzura, de lo contrario su condición somática se evaporaría, haría parte de la efervescencia de su alma y no serían más que dos cuerpos que no se encontrarían. Wolfgang atento los veía, como nunca los hubiera visto juntos, y así decía:

—Allí bajo aquel árbol, por fin yace el hijo eterno, lástima que su belleza no pueda verse, pues enceguecería.

Así el hombre le silbaba a ella desde el viento, evocando el día en que su madre le dijo: “Allí está Él, en tu vela que se consume, escúchalo en la oscuridad, porque allí has de verlo sin tus ojos, solo con los de Él, y te dirá esto, consintiendo tu mejilla con el humo que se derrite en tu alcoba y se esparce en toda tu piel”:

Serás el polvo que vuela en la brisa, porque soy ahora cenizas que espero respire, por eso no sacudas tu cabello, deja que la nieve te inunde y que las gotas te salpiquen, porque solo a ti te empaparé y volveré a ser ya no en esta soledad, te encontraré y de nuevo me sanarás, me regresarás la vida mujer, seremos uno, yo, tu alma que aún no observas, tú, mi cuerpo que no conservo, pero que aún espero.

Wolfgang se escondió tras el cuerpo de un gigante inmóvil de madera. Todo era destino entre los amantes y Wolfgang lo sabía bien, todo comenzó como se fue, él al fin quedó inmortalizado como el árbol y ella como la sombra, con esto, el Edén de la ama-

da estaría asegurado. Ella había entregado su alma, Él se la ha llevado. Wolfgang, curioso veía a través de la madera inscripciones talladas, sentencias que imprimía la mujer para que el tronco las tomara con aprecio, porque ella sabía que de ahí emanaba la aurora de su cuerpo, que era el arcoíris que le traía su *Hombre Total*, envuelto en unidad, en su Dios, retornaba así al universo y abrazaba la tenue figura esbelta de su prometida.

Habían escrito tantos poemas en la piel de los árboles, tantas runas sutiles que flotaban en los dedos frágiles de una criatura en pena, llena de vitalidad por fuera, llena de vacíos por dentro. El verso yacía así de su interior:

“Pintaste mariposas y arcoíris en la fría soledad. Dibujaste sonrisas donde el llanto se hacía espeso. Creaste un mundo donde caminar se me hacía más fácil”.

Vittoria, enamorada de Frank, el fantasma de Paul y perdida en el mar de sus ilusiones, era contagiada por la actitud de aquel resucitado en la blanca arena que dejaba huellas con sus pies descalzos como sombras desnudas que se proyectaban en el camino de penumbra, bajo el ocaso de un atardecer radiante. Se hallaba ahora en una isla, buscando al hombre–bestia del Erial, que sentado esperaba en la meseta, la plataforma del continente olvidado, remoto y fusionado con el bosque de clima templado, así en son de soliloquio recitaba:

“Tiré algunos sueños, algunas ilusiones. Sonrisas que nunca di. Tiré la rabia y el rencor de las flores marchitas que estaban dentro de un libro que nunca leí”.

Vittoria comprendió que no hablaba más que consigo misma, con el Andrógino, totalmente muerto y resucitado dentro de ella, entendió que la respuesta estaba en su aterrador y místico monólogo, después de todo el papel que desempeñó, el de una viuda transparente, brillante de belleza y que jamás fue amenazada por las tinieblas de la noche.

Brisas salvajes

Una noche, mientras Vittoria dormía acariciando el rocío de la vegetación, entró la luna llena y con su esplendor le cubrió como un manto blanco el vestido imparcial. Se acercó una bestia sedienta de sangre a devorarla, poseída nada más que por su propia voluntad ciega y natural, como alma de mil personalidades y cientos de impulsos insaciables. Consciente tan solo de su condición, Vittoria se preguntó si al fin y al cabo todo se acabaría, ¿se esfumaría como su cuerpo la débil y doliente vida desamparada? La fiera era un zorro, con ojos rojos, endemoniado por su propia luna, que lo desmayaba lentamente y que paulatinamente lo convertía en piedra. Sin embargo, ese era su mayor deseo, llevar ese cuerpo a la luna. Pero llegó el héroe a rescatar a la dama de las garras de la bestia, era un halcón dorado, que se la llevó con tal de mantenerla segura. Vittoria se encontraba profundamente dormida, sin saber qué había pasado, se levantó abandonada en sus delirios, alzó la mirada y lo vio al fin allí surcar la inmensidad, en las estrellas más próximas de la luna y así se despidió ella:

–Pintaré mi mundo como quiero que sea, pero no puede ser tan real o artificial, solo quiero ser feliz en él, si vuelo en la cima de mi libertad puede que olvide mis miedos y aprenda a volar.

Y más allá del viento se fugó su amor, se esfumó por el mundo en busca de su amante, descubriendo el fuego que hiciera trizas sus palabras, enviándolas al cielo como chispas ardientes. Él se mostraba tan inmenso en su enigma y la curiosidad de ella era tan fascinante y deslumbrantemente que se perdía en la dulzura del bosque. Y una voz pronunció desde arriba:

–“Espero arrebatarte tus miedos y así encadenarte en ellos, hasta que sepas salir, te haré fuerte y al fin llegarás a mí, a devolverme lo que me falta”.

Las ilusiones se perdieron en la llama de una fogata que había encendido. Nadie la acompañó en su dolor, mejor que supiera salir sola de aquella situación, porque a nadie más le hizo caso.

Vittoria no entendió la partida de Jean Paul, ni su viaje; en realidad la estrella era un cohete.

—¿Qué mensaje nos traerían de otros mundos? ¿Será el exilio, el recorrido eterno del universo, el posarse en cada mundo y allí sembrar las banderas de la totalidad?

Se preguntaba tantas cosas y así mismo se respondía en sus adentros miles de palabras con miles de sentidos, que solo él sabía interpretar, pues ya tenía razón, ya estaba dentro de la verdad. Vittoria conocía la sabiduría del hombre, pero aun así decía:

—Cada persona que pasa por nuestra vida es única, siempre deja un poco de sí y se lleva otro poco de nosotros. Hay unos que se llevan mucho, pero hay otros que no dejan nada. Es una prueba evidente de que dos almas no se encuentran por casualidad. Paul sembró amor donde no existía y creó sonrisas donde no había, me dio un amor tan enorme que no necesito volver a sentir.

—¡Y, Corte! Bien Iris, buena escena, pero podría ser mejor, te falta exagerar más, que se note que estás alucinando por Frank, ¿sí? Repitémosla.

Dijo una voz, era Michael, el director de La Gran Tragedia.

La Ninfa y el Augur

Iris hacía el papel de una viajera italiana que había quedado traumada tras la desaparición de su prometido había pasado varias noches en vela. Solitaria en la selva, se alimentaba de los frutos que su salvador le proporcionaba. Hasta que una mañana, un suspiro arrancó su soledad, para dar aparición a un herrero, que con su hacha trataba de dar mil formas a la madera de un árbol espléndido, lleno de ramas y sin una sola hoja. En los bosques de Noruega, a Iris se le apareció un sujeto misterioso. Su aura se asemejaba a la de un artista que vislumbra cada escena de agobio ajeno, a priori, como un vidente. Era dueño de una choza aco-

gedora y humilde. Hacía esculturas de figuras humanas, porque según decía, era amante de las formas y los detalles. Iris lo saludó y el herrero contento dijo:

–Me encantan los árboles secos y viejos, ya sabes qué quiere decir esto: esos árboles ásperos donde suelen postrarse cuervos tuertos. Yo también estoy cerca a encegecerme, cerca de ver mi interior.

La dama respondía con una pregunta:

–¿Qué hace con la madera, y por qué habla de cuervos, por qué no más bien búhos o halcones, ya sabe, aves de buen agüero, aves que puedan dar al árbol cantos bellos y no rasguños siniestros?

El hombre respondió:

–Tengo una misión, debo tallar el rostro de dos seres queridos. El cuervo es mi mascota, a cada uno de nosotros nos han quitado un ojo. ¿Y usted?

–Acabo de perder mi cielo, y el sol se ha devuelto un trozo de sí, en un Halcón se convirtió y se llevó la presa de la que yo sería víctima. Me ha salvado un ave y le dio risa cuando le dije:

Te regalo mi canto, te entrego mi sangre. He quedado sin nada y he despertado dormida. Replicó Iris con un tono melancólico.

El herrero respondió:

–Tranquila, te dejó un pedazo de su alma, él está conquistando nuevos rumbos y te esperará, hasta que termines tu misión. La vida no se puede quedar solo en un compromiso y la muerte no puede romperlo. Conserva tu espíritu lleno de él.

–Lo cuidaré mucho, porque él se llevó mi alma –dijo la actriz.

Sin sospechar del hombre que fue culpable del hecho por no prestar atención a sus visiones y arrepentirse mil veces de su pasivo proceder.

–Él va a vivir, a nacer de nuevo y a morir algún día, lo mismo nosotros, aunque él nos lleve mucha ventaja.

En ese momento salió de la cabaña una bella viuda, una guerrera, que seguía en pie después de tantas luchas, de tantas muertes e infortunios, era una mujer tierna y adorable que acompañaba a su guardián.

—Su mujer, su mujer es muy parecida a otra actriz de la obra —dijo Iris.

—Vittoria —respondió el hombre.

—¿Conoce ese nombre?

—¿Cómo ha llegado hasta acá? Sé que Michael está aquí —decía el hombre mirando a todos lados.

—¿Wolf, eres Wolf verdad?

—Iris, soy Wolfgang, me alejé porque quería libertad.

—Tienes que regresar. Solo quedan las escenas finales y sin ti la película no tiene sentido Wolf. Tú escribiste el guion y tú eres el protagonista.

—Iris, tu nombre es Iris, parece que le diste vida a Vittoria, no quiero que te conviertas en ella.

—Wolf, no sé cómo decir esto. Quiero, quiero que sepas que este momento... se está grabando —admitió Iris.

—¿Qué? ¿Y es que no nos pueden dejar solos? También tenemos privacidad, ahora hasta en los baños hay cámaras —gritó Lou, la mujer de Wolfgang.

—Iris, queremos descansar, avisaremos a la productora cuando estemos listos para seguir. —Dijo Wolfgang.

—En cuanto a tu papel, creo que a veces exageras un poco, pero eso me hace pensar que no han encontrado otra que lo haga mejor —insinuó Lou con voz entrecortada.

—No sé qué pueda hacer con mi vida sin Vittoria. No estoy loca, ¡esto es tenaz, no se imaginan! —reprochaba Iris.

Iris se marchó, pero Wolfgang se arrepintió, la vio tan delgada que fue a buscarla al bosque para ofrecerle hospedaje y un poco

de comida. El hombre recorrió el camino lleno de piedras que cercaba el río. Y allí encontró a Iris que hablaba sola como si le pidiera deseos a la cascada y lanzaba monedas al agua mientras veía algunas gotas volverse hacia arriba por la presión de la cascada y el viento de la noche.

Desprecio terrenal

Wolfgang nunca supo de quién se enamoró, si de Lou o de Marien, su personaje en la obra, pero aún así durante un rodaje le regaló dos pendientes como sinónimo de dos almas unidas. Un obsequio que ahora se convertía en el sentido más importante de su descubrimiento. En aquellos días, el hombre moribundo regaló a su prometida un cuadro con *El Hermoso Rostro*, era el ‘*Retrato de su Amada*’, sosteniendo una rosa marchita en sus dientes afilados, pintados de rojo, manchados de sangre de las espinas. Y las espinas eran los clavos del mercenario, del mártir que agonizando “olvidó despedirse”, su antiguo amigo. (El que alguna vez se despidió durmiendo junto a ella y en silencio. Cosa que Lou nunca le contó a Wolfgang).

El día en que le iba a entregar esa obra, llegó la lluvia que hizo impacientar al hombre mientras esperaba entregársela. La pintura se convirtió en un holograma, donde se representaba como un espejismo aquella figura fría y desfigurada, desconocida y opaca del mesías y de la amada. Todo se transfiguraba, menos los signos que solo podían verse bajo la luz de la luna en una sola época del año, ese fue el secreto que hasta el último momento anheló comprender Lou, la musa en búsqueda, en espera de una nueva vida después de un último contacto. Allí en el retrato se fijaba la imagen de su felicidad, era el reflejo de él en ella y bajo su sonrisa, los dientes tímidos también temblaban, infundiendo una melodía a la humanidad. Y en un soneto armonioso designó:

– Vive por amor, eres el príncipe de mi templo, si no revives, me iré.

Wolfgang comprendió y gracias a ella volvió en sí y le confió:

—Lou, esto es una carrera por volver a vivir, hemos sido curados, o más bien me has sanado, ahora debemos cultivar aquello que será inmortal, lo que nos unirá de nuevo, lo invisible. Hasta el fin y hasta un nuevo comienzo.

Wolfgang le dio dos semillas en forma de aretes, quería que dos árboles nacieran junto al jardín que un día descubriría, donde leerían en la sombra de una encina la leyenda de un principio, la génesis del amor, aquella que inyectaría en sus corazones un nuevo resurgir, una constante aparición, y él sugirió:

—En nombre de las dos aves, dos hogares han de germinar, para que se posen en ellos y devoren sus frutos. Hemos de cuidar que no los envenenen, hemos de exterminar los gusanos que se acerquen.

La dulce Lou se rio y dijo:

—¿Recuerdas lo que te dije un día, que eras un pequeño gusano de mi manzana? ¿Cómo voy a saber yo que él no será también uno de ellos? Si él me devolvió mi corazón. ¿Será Jean Paul un fruto prohibido?

Wolfgang sabía que después de la tragedia, ambos habían recibido una nueva vida, era un amor tan real, que a veces ni siquiera se sentía, como el enamorarse sin saber, sin explicarse, sin describirse, solo ser un milagro, un tesoro, una forma que se acabaría solo en sus perpetuaciones. Lejos reía el río a carcajadas, rugía su corriente, viendo los dos cuerpos como un espejo, pero tan cristalino y transparente, tan puro y limpio, como el único testigo de la gran felicidad. Aunque Lou, su amada, no lo aceptara, porque ella misma se mostraba dudosa de su sentir y esperanzada por culpa del cariño que manifestaba a Jean Paul.

La corriente del alimento

En una cascada se hallaba Vittoria, luego de encontrar en una caverna una lanza con la cual podía pescar, y allí en el agua le saltó un pez jugueteón, dispuesto a entregarse en cuerpo y alma y a encerrarse en sus órganos para tomar su sangre desde el interior, la dama, antes de lanzar el filo en el blanco, detalló una inscripción en la madera: *INRIP*. Asustada vio como la muerte le acechaba, como las dos contrapartes luchaban y como en la vida siempre se exponía ante ella un sacrificio. Caviló en su apetito y bruscamente el hambre le obligó a pecar. Era una guerra en la cual su compañía, la lanza, se hizo notar de manera extravagante.

Mientras devoraba al pobre animal, víctima del acero de la navaja de doble filo, se sintió agradecida con el pez y exclamó con la sangre en sus labios:

—No pude leer tus ojos, pero pude leer tu corazón. Esto querías, que tomara tu vida, que te tuviera en mi vientre, ¿Acaso allí florecerás un día? ¡Sálvame de este vacío incontrolado que estoy sintiendo!

Y acercando sus labios a los suyos dijo:

—Quien tiene un beso tuyo tiene una gran fortuna, me has traído un tesoro, ahora sabré cómo subsistir, ahora me quitarás hasta el hambre.

—¡Y... corte! Iris, lo haces muy bien —Michael, el director del drama, continuaba orgulloso de ella, obsesionado.

Ciertamente era el arma la que tenía la mayor culpa, pero eso no interesaba, porque Iris se mantenía siempre inmóvil. La lanza se llevó los mayores elogios. Segundos después apareció de pronto una bruja de lejos, que a medida que se acercaba se hacía más bella, era una hechicera que se hacía llamar *La Gitana del Valle*, a quien Iris le contó sus desventuras, pidiéndole que le guiara para hacer un viaje astral, al parecer eterno, para buscar el trozo de alma que le faltaba, sin saber que sería la mitad de su vida lo

que verdaderamente partió. La hechicera le contó a cerca de la regresión y le sugirió un viaje en el tiempo y el espacio, en vez de uno por una dimensión desconocida. No le permitió entrar en el agujero negro de la cueva de la que era dueña, porque nunca podía tener el control para guiar su espíritu de regreso a su cuerpo, una regresión sería tal vez lo que en realidad significaba para ella el auténtico sentido. Iris mantuvo su necesidad y expresó así su entrega:

–Es hora de retomar el rumbo pero siempre a tu lado. –Dijo refiriéndose a su amado.

Sus ojos se tornaron blancos y finalmente, se desmayó. Y solamente la hechicera sabía en que momento Vittoria regresaría de su alucinación.

CAPÍTULO XVI: DELIRIOS NOCTURNOS

La oscuridad era tan terrible y la lluvia tan limpia y pura, que Wolfgang no veía la luna ni las estrellas en las noches, pero sentía una energía en su alcoba y más allá de ello, le provocaba tanto placer ver en el cielo el abismo donde quería terminar. Su amor por la noche fluía cada vez con más intensidad, al punto en que la enfermedad de la que no se salvaría Jean Paul: el insomnio, llegaría por añadidura a acompañar las noches de Wolfgang, mientras trabajaba en su propia obra, en la cual no quería seguir perteneciendo. A veces tenía pesadillas y veía cuerpos congelados por la oscuridad y tendidos a su lado.

La curiosidad lo empujaba hacia la llama de la vela con la que iluminaba sus anotaciones y su pluma era el único recuerdo que le trajeron un día las aves impulsadas por la brisa en medio de sus desvelos, espantando el frío de su corazón.

Sí, así era el amante de las tinieblas, tan adicto a sus palabras, tanto que no perdía ni un segundo sin la compañía de su pluma, el pergamino y su vela. Así pensaba Wolfgang:

En estos instantes lo mejor es sentir mi alma en muchas partes, en todos los lugares donde ellos estén.

Empezó a practicar su ritual sin ellos. En medio de su trance escuchó las voces de la muerte, ruidos familiares entre sueño y realidad. Durmió como en una tumba y se preparó para un viaje, el desdoblamiento extenuante de su ánima. Sintió las garras de Charles, quien ponía las palabras en su boca y más encima tomaba su cuerpo retorcido en un ataque epiléptico, pronunciando cuantos conjuros en latín se le ocurrieran. Pero sabía que no estaba solo, Paul el sacerdote le ayudaría a exterminar al demonio. La vida venía y se iba de tantas formas en las que se representaba la muerte, lo inverosímil de lo sublime y lo macabro. Charles gritaba:

No quería irme, usted tenía que cuidarme, su cuerpo ahora no me importa, lo que quiero es que me acompañe en mi burla por la vida, he devorado el mundo y así me ha devorado la vida por el deseo de ser sabio, ahora tengo que alimentarme de su carne. Es una cadena alimenticia, yo no soy el que me he ido, es mi demonio el que me ha abandonado. Me han curado, ahora soy solo yo, tan solo sin la demencia y estoy tan desamparado que hasta no me pueden ver.

Paul recitó los proverbios mágicos que tranquilizaban al demonio de Charles, mientras Wolfgang esperaba inmovilizado, postrado en su cama, poseído por el demonio y su sacerdote. Luego dejó de sentirse, tocó la muerte por unos segundos, no se podía mover, abría los ojos para creer que fuera cierto y lo era, sabía que le esperaban varias sesiones espiritistas. Hasta que logró levantarse de su cama al revés y ver un cadáver en el suelo, que le dijo sonriendo:

Espero que esta imagen no te asuste, es el recuerdo más mórbido que quisiste llevarte de nosotros, sufre por tu fortaleza.

Aunque Lou lo abandonó esa noche, (ya que el movimiento de sus extremidades no la dejaba descansar en paz y sentía infinitos golpes en todo su cuerpo, así que prefirió enviarlo a su infierno solo para hacerlo más fuerte), la bella dama lo vigilaba desde la puerta, sin temor, esperando que su respiración lo salvara. Cada noche el suspiro de amor de la dama, se convertía en el oxígeno que le hacía revivir y volver en sí. Cuando despertó, él le dijo a ella:

—Eres tan precisa, estás en el momento adecuado para rescatarme.

—Es porque no quiero dejarte ir, quisiera quedarme sola, sola contigo —decía ella, el hombre respondía más tranquilo:

—He tratado de buscarte el más mínimo defecto, y ese creo que soy yo, he fallado.

Ahora déjame solo, lo que más quiero de ti es que estés segura, este es un lugar tan hostil, que una musa no merece estar acá — replicó Wolfgang.

Acabada la liberación, el Dios interior dijo a su cuerpo: *Mi respiración es el rezo y mi burla el remedio.*

La corte espectral

Empezó el debate: la judicialización de los delitos y ofensas al saber. Sentados en la mesa bajo la luz tenue de la vela se hallaban los tres camaradas, después de cenar, celebrando una nueva unión, una separación y una ausencia que se sintió más mutua y recíproca que en vidas pasadas.

Wolfgang: Debemos brindar, es un rito de compañía.

Paul: Encenderé un cigarrillo, vamos a la terraza, Charles, la llama eterna nos espera.

Charles: Espera un momento, ahora no hay nadie aquí adentro y están golpeando la puerta, esperemos la visita.

(Se escuchaba una voz lejana de ultratumba: Llegaron las cervezas)

Wolfgang: Suele ser la cerveza lo que nos une.

Paul: No me extrañabas a mí, hermano, es cierto que lo que extrañabas era la cerveza conmigo.

Rio el joven Wolfgang, exclamando: Has dicho hermano, ¿acaso nos aburriremos ahora? Solo queda esperar la llegada del espectro mortífero y hermoso de nuestro hermano.

Paul: Sabes qué Wolfgang, a veces me doy cuenta que la auto-destrucción es útil como medio de superación, no con excesos ni pendientes, sino con lo necesario para relajar la mente y activar el vientre, el estómago, o más bien el hígado, pero, ¿de que sin control destruye? Claro y sin remordimiento ni pena, y es ahí cuando ruegas a tu conciencia y a tu corazón que sigan firmes para autocontrolarte, es una de las cosas esenciales de la vida, complace saberlo, es difícil intentarlo y a la vez inútil, pero es posible estando preparado. Lo gracioso de la vida es que siempre hay oportunidades.

Wolfgang: Un vaso de whisky, una botella de cerveza, es fundamental para que fluyan las ideas.

Charles: Hoy no será otro de esos días, hoy estoy con ustedes, no con ella.

Wolfgang: Solo estamos con nuestras mujeres que besan, embriagan y alimentan sin pronunciar una sola palabra, anda y bebe de nuestro brebaje.

Paul: Más vale que te alejes Charles, porque algún día esa mujer te llevará a la mismísima perdición.

Wolfgang: Somos jóvenes y bellos como para pensar en ello.

Paul: Imagina que muriéramos —dijo riendo— sería un desperdicio de belleza, somos tan hermosos que creceremos en plenitud de rock n' roll, sexo y alcohol.

Charles: Yo me reiría sin parar, de la vida, me moriría de risa cayendo, hasta que me calle la muerte.

Wolfgang: Basta de bromas, primero habrá que vivir, el que vive hasta saciarse, contento estará de morir, aún no es nuestro tiempo, aún podemos ser eternos.

Charles: Como dijo un día el poeta anónimo: “No hay muertes inciertas, ni vidas justificadas”.

Wolfgang: Lo cierto es que quien no merece vivir, es irónicamente el que menos muerte siente.

Paul: Insisto, no solo sería desperdicio estético, sino psicológico y filosófico.

Charles: Paul, nunca te burles de la muerte, que ella siempre te observa por detrás haciéndote sentir el frío de su aliento en tu oído.

Wolfgang: ¿Acaso no oyes tus palabras Paul, no tienes coherencia en lo que eres, piensas y dices?

Paul: Bueno, Charles, pero este mundo es el lugar al que no pertenecemos. Dime tú, ¿cómo has obtenido el poder de decir lo que se te venga en gana? No es esto lo acordado entre Wolf y yo. Olvidas a tus hacedores.

Wolfgang: Solo la voluntad nos despierta la fortaleza de vivir más, así el mundo sea un caos, el fuerte vencerá, llevará la victoria y el deseo de muerte se irá.

(Charles entona un verso: El peligro como el dolor y el riesgo, es esencial para sentir el verdadero valor de la vida).

Wolf: La carencia genera valor.

Paul: Así como diría nuestro amigo Nietzsche: “Para crecer fuertes, primero se debe hundir las raíces en la nada, aprender a enfrentar la soledad más solitaria, debe estar dispuesto a quemarse en su propia llama, ¿cómo puede volverse un ser nuevo y fuerte si primero no se transforma en cenizas?”.

Charles: Y para complementarle venerado Paul: “Para llegar a ser sabio, es preciso querer experimentar ciertas vivencias, es decir, meterse en sus fauces. Eso es, ciertamente, muy peligroso; más de un sabio ha sido devorado al hacerlo”.

Wolfgang: Como dice el maestro Friedrich: “Quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti”.

Paul: ¿Qué me dicen del amor? Sin él, el hombre sería semejante a los dioses.

Charles: “El hombre, en su orgullo, creó a Dios a su imagen y semejanza”. Así dijo el genio alemán.

Wolfgang: Lo que nos trajo a este mundo fue el amor, dejamos de ser dioses, para entregarnos a una mujer.

Charles: Y Nietzsche sigue replicando: “La verdad es que amamos la vida, no porque estemos acostumbrados a ella, sino porque estamos acostumbrados al amor”.

Paul: Escuchen esto: “Lo que se hace por amor, se hace más allá del bien y del mal”.

Wolfgang: ¡Un momento! ¿Es decir que es lo único que no se

ve pero se siente? En él debe radicar la verdadera fe, la esperanza real y verídica.

Jean: Lo cierto es que “El hombre sufre tan terriblemente en el mundo que se ha visto obligado a inventar la risa”. Dijo Friedrich riendo.

Reían con dicha los ingenuos amigos Wolfgang y Charles, diciéndose entre sí: Eso es demasiado cierto.

Wolfgang: Mi amigo Friedrich, cómo olvidarlo, que en paz descansa, a ti debemos tanto. Y como dijo el señor Gustav Jung: “Solo los poetas me entenderán”.

Cerraron los libros de los maestros y fueron a dormir de nuevo dentro de Wolfgang.

Lo eterno también es efímero

Despertó el soñador unos meses antes, en plena madrugada, rogando volver a verlos, pero sabía que aquel viaje, no tendría marcha atrás, aun así les escribía cartas a la nada y seguía con las esperanzas de una respuesta.

Aunque el destino de ellos estuviera lejos de mí, no sobraría enviar las correspondencias con alguna persona.

Pensó un instante, negando el hecho de quedarse, pero Lou no le permitía escaparse. Fue esa terca nostalgia, lo que lo conllevó a la necedad de lo provocativo. Una noche en la corriente de la cascada, Lou encontró la respuesta de todo lo que anheló saber siempre, aunque se despidiera de ellos:

—Paul, ahora tú tienes la respuesta que siempre he buscado.

—Nada tendría sentido, tendría que irme para saber y esa no es la idea.

Ella misma se respondió en el silencio del ruido acuático. Lou estaba alucinando y de su interior salían voces en soliloquio. Habían entrado en la obra hace mucho tiempo y ella nunca supo cómo decírselo a Wolfgang, mientras tanto, él creaba su propia

Tragedia, pues no quería participar más en la película de Michael, el director. Porque según Wolfgang, el cine ha quedado de nuevo en Otras Manos, dirigido por la Nueva Organización Mundana de la que hacía parte ese tal Michael Angelo Orff.

Esa misma noche dieron un paseo bordeando el río, en medio de los árboles que parecieron encerrarlos, caminaron descalzos y nadaron desnudos en busca de rocas mágicas, piedras que se iluminarían con la aurora boreal noruega, la nieve aún quemaba sus pies. Y ahí en las profundidades, una sirena los acompañó y no los dejó amar tranquilamente. Lou fue a la cueva *Pico Cuernos* y dejó a Wolfgang en el río junto a la sirena, quería probar su lealtad.

La sirena era tan hermosa, que a Wolfgang se le hizo conocida, pero la verdad es que ni siquiera existía.

—¿Quién eres?

—¿No me reconoces? Soy Ella, ¿de verdad crees que soy real? ¡Te creo! Solo viéndote junto a ella; parece que adoras las ilusiones.

—Querida, no tengo la mejor razón; lo sé, esto es una fantasía, o eso creo, la verdad es que aún veo la belleza tan distorsionada, te veo y tu sonrisa es lo único puro y auténtico, pero he descubierto a mi verdadero tesoro, ella es la que alumbra en todo momento, es mi corazón, es la roca de los secretos y los reflejos de la aurora boreal, he venido al río para encontrarme con ella, ahora se ha ido, por tu culpa, ¿dónde estará ahora?

—Escúchame, aunque no sea real, soy la que te acompañará siempre, te protegeré y te sanaré, lo juro.

—Te amo dulzura mía. Ve al Valle del Limbo, desaparece ante ella, pero acompáñame cuando esté solo, la ausencia es mi peligro.

Después de un largo rato, Wolfgang miró su reflejo en el agua vacilante, y pensativo fue inmovilizado de nuevo ante su miedo, la pesadilla regresó, pero en otra forma, porque ya estaba sobrio. De lejos, Lou risueña, supervisaba la grabación encubierta, ella era la Productora. Michael puso a grabar la cámara y fue al in-

terior de la cueva junto a Lou, mientras tanto en la escena se acercaba una sirena a Wolf.

–Recuérdame, ingrato, bésame idiota, soy el amor de tu vida, acéptame.

–Carrie, no eres más que una oportunista, anda demonio, ¡vete! Tú no eres Ella, la verdadera, ni siquiera eres mi amada, largo. Wolfgang gritó dentro del agua: Lou, ¿dónde estás? ¡Escúchame, te necesito!

–Sé que caerás, sé cómo engañarte, espérame en tu sueño.

–Eres un deseo muerto en mi inconsciente, si con un beso te escaparás, anda, qué esperas, ¿a qué le temes más, a la muerte o a la tentación, acaso no son tu misma esencia? Para mí sí.

Lou vino enseguida, Wolfgang se percató:

–Lou, estoy bien, quedé algo desmayado, el río tenía vino, ¿dónde estabas amor?

Lou respondió:

–Escuché varios gritos. Te he dejado porque tú quedaste inconsciente por un beso, sabía que estabas seguro. Vertí en tu garganta una pócima sagrada que te ha durado hasta mi regreso, dame un beso y te quito el hechizo.

–De modo que eras tú, sentí siempre mi boca en tu fuente cristalina, ven, acerca tus labios, adoro tu presencia. –Al decir esto, Lou cambió de tema:

–Amor, Iris está muy mal, no quiere comer, bueno, la verdad no tiene qué comer, llevémosla a la cabaña.

–Llévala, les prepararé la cena, atraparé dos peces para ustedes
–Dijo Wolfgang sonriente.

En medio de dos velas, la sartén se preparaba para ser enviada al infierno, los peces morirían de nuevo, vivirían en tres cuerpos distintos, el aceite chillaba y saltaba desesperado, salpicando al cocinero en el rostro, su cara sudaba, la sazón explotaba. La cena

estaba lista, ¡qué delicia! Nuevamente regresan como caídos desde el aire, esta vez esperaban que sus espíritus volaran libres, la exquisitez del placer los llevará a aquel éxtasis profundo de amor y agradecimiento por aquel sagrado alimento.

Los divinos caídos

Al siguiente día todo sería normal y corriente, Iris durmió con ellos en una larga noche y los despertó con un canto, acompañada del silbido de los pájaros. Allí en la cama se encontraban los amantes, después de una ardua y larga noche:

–Despiértame con tu refinada voz infantil, arrúllame con un beso, ábreme los ojos, hazme sentir.

Dijo Wolfgang semidormido, amándolas ahora a las dos.

–Amor despierta, ya es mañana, tenemos que seguir nuestra labor. No te rindas, no ignores tu inspiración. Para esto estamos juntos, pero no por esto, aunque el camino sea distinto, será nuestra misma fuerza.

–Buenos días, discúlpame, ¿de qué labor hablas?

–Sobran razones para nuestra unión. Que el amor sea la fuerza que me impulse, daré lo mejor de mí.

–Amor, ni con entregarse todo bastará, es dar cada vez más, es una constante lucha incomprensible, amor es olvidar ser dios, recordar ser humano, el amor no está a nuestro alcance, pero puede alcanzarnos, al amor nos regalamos y nos renovamos, es un ciclo, el amor es perenne autenticidad.

–El amor jamás sería testigo del mal, no es allí donde obra, el amor es la esencia pura y transparente del alma, el ser humano falla, el amor no lo hace, el amor cubre esa multitud de errores.

–Es aquello que trasciende el bien y el mal, por tanto, es lo desconocido.

–Entonces me amas, no me puedes adorar, no se adora lo que no se conoce.

–Lo que no se dice se intuye, quiero seguir siendo tu misterio, no dejaré de ser tu anónimo.

–Es imposible amar sin tener a quien perdonar, en quien confiar, a quien escuchar, de quien recibir corrección y con quien compartir la vida en momentos buenos y malos.

–No quiero que dejes de ser, ni que dejes de hablar, ni de pensar en ti, así no seré yo mismo, descúbrete a ti no en mí.

–No me tengo que descubrir, soy quien ves, espero te agrade y te baste, no hay más.

–Entonces aun no te conozco, me intriga mirarte sin ver, me agrada buscarte y me bastará con encontrarte. Este es mi mundo, el que creo de ti, como siento que eres conmigo, descubre el tuyo y enciérrame también, quiero que seas quien encuentre en aquel laberinto que he creado; llévame a lo desconocido, al templo de tu espíritu, solo hallándote me conoceré.

Melodía de lágrimas

Era la noche de un 9 de marzo, Lou y Wolfgang fueron a casa de Michael Angelo, en Oslo. Wolfgang esperaba componer una canción, al lado de Lou y su amigo, cuando aún era su amigo. Wolfgang tomó la presencia de Lou como inspiración, esperaba que la voz fuera enviada desde un inhóspito rincón ininteligible, su voz se escuchaba tan suave como murmulla una golondrina cuando recuerda ser ruiseñor.

Cantó a esa rosa de la pesadilla, a sus fantasmas y en un beso los pétalos se derramaron en el rocío de las lágrimas, como gotas de sangre que recorrieron las mejillas de Lou. ¡Cuánto hubiera deseado que aquel pájaro pronunciara otras palabras! No había nada que hacer, ya todo estaba escrito. Michael alistaba su guitarra, su hermano el bajo, Wolfgang entonó las primeras notas, el cristal de los ojos de Lou se quebraron en pedazos, y al fin

rompió en llanto. Esperó a que la compusieran, pero no aguantó el dolor y se fue.

—Aquí está, es la primera estrofa, la tengo, cantemos juntos:

En las noches de desolación, miro las estrellas lleno de ilusión, me invade el cuerpo una confusión y el viento frío me destroza el corazón.

Pienso en sus almas que quisiera ver, que se disfracen juntas de mi piel, más que un infierno es la demencia de mi ser, su sangre fluye en mí como un tesoro fiel.

—Y el coro vendría a ser este: *¡Uhh! No me olvidaré, en mi pecho encerrados estarán, en mi voz sus risas no callaré, y mis lágrimas no derrocharán.*

(Y aún así la rima se volvía monótona, quizás como la vida después de aquel día del abandono). Ahora con una voz rasgada por la rabia, vendría esta parte.

Desolado, enterrado como una flor quisiera quedarme a su lado así sus pétalos me entierren con dolor, mi cuerpo quedará atado.

—De nuevo el coro y después: *Bajo tierra, sus espinas rozan nuestras vidas, que a nuestros ojos traerán de nuevo el color, sus raíces enredadas desplegarán sus alas, sus cenizas como plumas vuelan con furor.*

Más allá de nuestro cielo, vigilan nuestros desolados cuerpos, fríos y marchitos en el suelo, poseídos por sus miedos.

—Y así terminó, la canción, después de tantos errores, risas, recuerdos, fracasos, triunfos, llantos y alegrías: *En las noches de desolación, miro las estrellas lleno de ilusión.*

Era la oportunidad perfecta para que Michael rogara a Wolfgang para que regresara a la obra.

—¿Has meditado sobre lo que tu actor quiere ignorar Wolf? Has dejado de ser tú, el Wolfgang de antes, tan insensible y erudito, sin papel ni destino.

—Ahora me dedico a otros asuntos Mick.

–Pero si hace unos meses estábamos grabando.

–Sí, lo sé y te dije que sería la última vez.

–Además, eres realmente bueno escribiendo, te acercas al estilo de Knut Hamsun. Necesito la continuación de tu novela, podríamos ganar miles de coronas, ¿sabes lo que significa?

–Lo sé amigo, pero eso de la actuación no es lo mío.

–El guion es de tu autoría, eres el guionista, yo no entro a configurar la historia, solo la dirijo. Debemos acabar lo que ya empezamos ¿O ahora me lo vas a negar? Grave Wolf, muy grave

–Michael empezó a sulfurarse. Wolfgang se hartó.

–Y dejar que de mi invención solo se extraiga lo más representativo para ser plasmado en una pantalla, no Mick, no he de rebajarme a tan poco, a tan ínfima manifestación, es precario el impacto de un filme: la pantalla se apaga, las luces se encienden y ya está, la gente se para de sus malditas sillas y se va, ¡no es más! Nadie espera a los créditos. Y al principio solo se va a ver tu nombre, se va a hablar de ti.

–Pero pasa lo mismo con un libro, la gente lo cierra y ya está. Está bien Wolfgang, podría ofrecerte más de 1500 Coronas. Piénsalo amigo, la obra no es lo mismo sin ti, todos afuera quieren verte.

–Oh no, no vayas a empobrecerte por mi culpa. Mi arte no tiene precio, pero sí el valor que tan solo yo puedo consagrarle.

–Igualmente Wolf, esto ha de entrar en La Gran Tragedia, lo hemos registrado. Por cierto, le cambié el nombre, La Tragedia de la Gran Hazaña, ¿qué tal te parece, eh? No me importa qué te parezca. Ahora continuaré con mi trabajo, afortunadamente cuento con Iris y con Lou.

–Basta Michael, si quiere sea usted el guionista, yo renuncio, es mi decisión y debe respetarla, dígale a Lou que me fui muy lejos y que no quiero saber de ella.

CAPÍTULO XV: PACTO NUPCIAL

Se cumplían 8 años de la tragedia. Dave despertó junto a su novia. Comenzaron su relación el mismo día en que Lou y Wolfgang se unieron, un 9 de marzo. Así pues, estaban las cosas. Wolfgang pensaba que desde el momento en que una vida yacía dentro de ellos, su mejor amigo nacía junto a él. Dave fue el hermano que Wolfgang escogió. Ambos renacieron como siameses, unidos por tejidos misteriosos y escépticos, pero separados por el destino de sus vidas, la muerte de sus mejores amigos. Dave, siempre estuvo pendiente del bien de su gemelo, Wolfgang. Eran totalmente opuestos, pero ambos escépticos, que adoraban la creencia en ellos mismos.

Lo triste del asunto, fue que Dave a diferencia de Wolfgang, no aprendió nada del sacrificio, pues la miseria de su ridiculez no le permitió creer nunca en algo, ni siquiera en el amor, creía que la muerte de sus amigos sería en vano, creía que la eternidad sería simplemente absurda. Y, ¡oh sorpresa!, que sí tenía razón, por lo menos no sería consciente de ella, ni de la verdad, que, aunque la anhelara tanto, seguía sujeto a la imaginación, gracias a ella, Marie, su felicidad, quien ni siquiera se percató de los sentimientos del hombre, hacia él mismo. Marie sentía a su hombre tan real, que hasta él creía que el vacío de su corazón nunca sería percibido por ella, pues era un ser tan frío y desinteresado, pero sabía fingir tan bien su felicidad que parecía indiferente ante el hecho. Con ella, Dave dejó de abrazar las botellas de licor y besar sus picos. Ya no iba a la sala por unas copas, a menos que las tomara con ella. La mujer lo cambió completamente, Dave dejó de ser un individuo vulgar y empezó a ser una persona. Cada vez que dormía en sus brazos, él se acercaba y sin besarla, contemplaba su rostro y susurraba a su boca:

—¡Oye! no cierres tus ojos sin tocarme, así podré verte por mucho tiempo, hasta que te echas sobre mí, pero respira en mi boca y no dejes que me asuste la imagen de tu cara blanca que se confunde con la de mis muertos.

Ella respondía con suspiros y soñaba que algún día, él fuera tan feliz, que le recordara a Jean Paul y a Charles hasta con su propio llanto de alegría. Dave conocía el amor y al fin se sentía él mismo en una mujer. En los sueños locos de su novia, Dave le decía:

—A veces pienso que soy muy egoísta, los olvido, me río y me divierto, ellos deben estar tan pendientes de mí que deben odiarme.

Marie le dijo:

—Tú eres maravilloso amor, si fueras egoísta no estarías recordándolos siempre ni estarías inmortalizándolos dentro de ti.

—Esta cosa es como un sueño, como nuestra horrible pesadilla en la que mueren ellos —replicó Dave.

Marie respondió:

—Es un sueño también, solo que en este no quiero que suene el despertador.

—Soñando con los ojos abiertos, viviendo acostados, siempre y donde sea estaremos juntos, júramelo Marie.

—Me llenas de infinita calma, yo solo quiero darte amor, quiero darte lo que tú me das Dave, paz.

Dave no entendía en qué momento su prometida le entregaría todo como si fuera él su privilegio, sin embargo, ella seguía insistiendo:

—Es un privilegio estar a tu lado, ahora que sé lo que significas, nunca te dejaré ir, gracias por dejarme estar a tu lado, lo quiero todo de ti.

Presagios de traición

—Lo hicimos amigo, nos frotamos y fue delicioso. No me imagino cómo será cuando lo hagas con Lou, creo que vas a sudar como un cerdo. (Risa). Créeme, estar dentro de una mujer que amas es tan rico, más si ella no lo ha hecho hace mucho, lo sentirás más, así le duela.

—Pues si eso pasara sería la mejor noche de mi vida, ¡ojalá!

Constantemente Dave y Wolfgang pensaban en que sus mujeres harían trizas sus corazones, se llevarían todo de ellos, los enamorarían y luego los abandonarían; así seguían preguntándose: ¿por qué ellas agradecían de esa forma? ¿Por qué los halagaban, qué tenían ellos de diferente que no tenía nadie más? Sería la fortaleza de Dave, sería que Wolfgang nunca derramaba una lágrima por sus fantasmas, ni siquiera cuando su amada le pedía que la abrazara fuerte y que derramara su llanto sobre sus hombros: aun así, no podía sentirse culpable o destrozado siquiera por ver a su madre llorar. Donde estaba el amor no había siquiera piedad. Dave era un monstruo, un sujeto rígido e infeliz y Wolfgang un blasfemo que nada valoraba. Pero cada vez que veían a aquellas chicas, todo se marchaba, de nuevo corrían en ellos los niños en el parque, se tiraban al césped, se ensuciaban la ropa, se divertían tanto y siempre hablaban y los recordaban, añorando estar junto a esos amigos de la adolescencia. Marie no los conocía, por eso Dave siempre se los describía. El árbol seco donde se abrazaban nunca florecía, el amor desierto que se sentía en aquel lugar, se llenaba cuando estaban juntos, bajo la sombra, escudriñando las ideas, pisando mariposas, soñando en que Charles reencarnaría en algo más grande:

—¡Que sea un animal feroz y no un insecto inútil!

Dijo Marie, Dave rio mientras apretaba los dedos y mantenían juntas sus manos.

Dave le leía a Marie un escrito de Wolfgang.

Parecen dioses, pues lo son, los únicos conocidos y descritos, el resto de mortales se han ido sin ser siquiera vistos ni oídos, es por esto que se han convertido en Frank y Fiodor, energías más excelsas, ya ni les alcanza este mundo para ser vistos u oídos, ya deben ser adorados desde otro estado. ¿Qué hay de ellos? ¿Quién piensa en sus poderes, en sus fuerzas? Pues bien, aquello fue un contrato de una sola parte. Charles se lleva a un sirviente para que lo acompañe a un lugar que nadie conoce. ¿Quién siente más miedo? ¿Jean Paul? Ya no se sabe qué es el temor, lo cierto es que la muerte une más al amor que la misma vida, en este caso ni siquiera la muerte los ha separado, no es un acuerdo cualquiera, es un indicio seguro de que aquel amor nunca se esfumaría, de que aquella amistad nunca se acabaría, de que aquellos rostros nunca dejarían de verse tan espléndidos. La verdad, no es a la muerte hacia donde viajan, ella no ha llegado aún a sus aposentos, no ha tocado la puerta. Todo ser que con lágrimas se rinda ante la muerte, respirará el miedo de ser arraigado con las garras de la sombra hacia el fin que creía verdadero. En realidad, hay una escapatoria y es el rincón de aquel espacio donde los mundos se unen en un agujero, al parecer tan blanco que parece mentira, es algo que no se ve en realidad, algo que no se siente, uno desaparece y ya está, no hay más para este mundo. El tiempo no se acaba, tampoco comienza, tan solo se cuenta aquí, allá en cambio ni se tiene en cuenta. En las fibras de cada cuerpo el espacio es finito porque todo tiene una medición, aunque dependa de la visión. Pero en lo inmaterial, ¿cómo podría calcularse sin verse la energía o la fuerza?

El Indiscreto y el Can Ebrio

Aquí hubo un pacto, más que de amor fue de sangre, de familia. Cada día Wolfgang besaba su camisa, la que tenía puesta aquella noche en que se limpió con las gotas de aquellos rostros lisiados en el asfalto, inválidos por las rocas y las rejas del lugar de su propia confinación.

Este es un secreto que aquí ya todos saben. Llegaba la hora de la verdad, aquello que tanto esperaban todos. Lo ha concebido el ser más repugnante que desilusionaría a más de uno con su terca honestidad, Wolfgang.

Quisiera ser lo suficientemente cruel, desalmado, inhumano y despiadado únicamente para ser sincero y honesto.

Así lo ha sido él, no debía decirlo a nadie, todos lo sabían.

Todo está sujeto a tantas condiciones, que al final se olvidan y se toman como mentira, como lo que por amor se dice, todo es una absurda palabrería ciega sorda y muda, tan metafórica como fantasmal, todo se va finalmente al otro mundo, al mundo que aquí ni siquiera existe para nosotros. Dejemos de engañarnos con aquella charlatanería absurda y alegórica, esto no es más que una frustración fantástica y una hipérbole de muerte. Ahora ellos son propiamente ellos, solo en la locura, la culpa es de ella, ellos solo se ahogaban en alcohol para poseerla, siendo que al final ella los ha invadido, así son ellos, etílicos, porque después de todo nadie puede tener felicidad o locura en la vida, son simples fantasmas que se adhieren y luego se esfuman. Quien crea estas palabras no necesariamente ha de creerlas, y quien esté convencido será un débil de mente, pesimista, realista, como quien escribe aquí. A veces las cartas inspiran rencor, a veces aquellas palabras tan solo se inventan para padecer, lo cierto es que no hay nada más seguro y verdadero que el resentimiento que tanto se ha de ocultar. ¿Cuál es la tristeza aquí? Nunca tuvo nombre. Nunca tuvo culpa el hombre, ni la mujer.

En las misivas a Charles, había algo de misterioso, después de todo, lo que a él concierne, tiene algo oculto y los demás lo ignoraban como si quisieran negarlo, como si quisieran esconderlo y evadirlo. Aunque aún no se percate de la mentira de esta “equivocación”.

No se puede creer una mentira, ni siquiera haciéndola pasar por verdad, ni siquiera convenciéndose de ella. Nadie puede obligar a creer a quien no quiere —dijo Charles.

Nadie sabía lo que escondían en la mente aquellos peones, Jean Paul y Charles, Wolfgang y Dave. Claro que, entre estos últimos aparecidos, no existe ahora tanta comunicación, es más cercano incluso el lazo de Wolfgang con Frank y Fiodor. A quienes le envía cartas como si hubiera una conexión con el pasado o *“Como si su mente también estuviera al margen del espacio, del tiempo y del cerebro”*. Como lo estaba la del doctor Jung y el maestro Hesse en el Círculo Hermético.

Dave llamaba rara vez a su amigo y le decía:

–No puedo emborracharme tranquilo, simplemente porque ellos no están.

–¿Qué está tomando? Yo algo de Bourbon. ¿Usted qué? Bebamos juntos, tal vez ellos también estén juntos y en las mismas condiciones que nosotros –dijo Wolfgang un poco confiado.

Dave respondía:

–Vodka, usted sabe. Pronto será la presentación de unas cuantas obras de Mozart, aún falta lo suficiente para ahorrar, debemos ir por ellos, les encantaría.

Wolfgang decía:

–Haré lo posible.

–Oiga Wolfgang, búsquese una buena mujer, una que valore sus palabras.

Wolfgang reía sin saber qué decir ante eso.

–Lou está toda coqueta conmigo, dígame que se ajuicie.

Decía Dave de un modo muy sugestivo, expresándolo con gran detalle.

–Lo sabía, tranquilo yo lo arreglo. Se aprovecha de que soy algo ciego, pero no soy idiota, solo lo es mi corazón. (Risas)

La historia de Dave siempre hacía reír, solía estar bien con su novia, pero fingía siempre, solo Jean Paul y Wolfgang sabrían la verdad, Paul le contó un día a su amigo:

Lo curioso del amor, es esto: sentirlo una vez y volver a sentirlo, es lo que le sucede al felino que no logra saciar su apetito, entre más feroz sea su presa, más atractiva y deliciosa sabrá. Este hombre es muy peculiar, se enamora, trata a sus mujeres como a nadie y es totalmente diferente con ellas, tiene un carácter impredecible, parece ser que se confunde, es tan inexplicable que ni él mismo se comprende, pero es porque a la hora de amar es otra persona.

Deja de ser una bestia cuando está con su amor, pero lo que le cuesta es dejar de serlo con las otras mujeres que también ama. ¿Recuerdas aquella mujer que le gustaba el dinero fácil? ¿La que un día te pagamos de regalo y tu renunciaste? Pues déjame decirte que, así como a ella le gusta el dinero, a Dave le gustaba ella y le agradaba que a ella le gustara el dinero.

Así es, Dave se enamoró de una prostituta y quiere casarse con ella, genial, ¿no?

Dave vivía ebrio, decidía ebrio, estudiaba ebrio y hasta tenía relaciones sexuales con su prometida en aquel estado. Nunca se supo si estaba consciente cuando tomaba sus propias determinaciones poco comunes y que no le agradaban a nadie, ni siquiera a él. Desde el día en que Charles y Paul se marcharon, Dave despertaba cada mañana con sus manos reseca, un síntoma de una enfermedad del hígado y en las noches se levantaba a vomitar sangre, tocía con voz ronca y a pesar de que engordaba, se estaba deshidratando. Y sin importar, seguiría derrochando su dinero en alcohol, despilfarrando su riqueza.

CAPÍTULO XIV: POSESIONES DIVINAS

—¡Bella, responde! ¿Estás dormida? Afuera está ese sujeto, el que dice que se muere por ti, me dijo que cada noche que se embriaga, te recuerda y te siente dentro de sí y solo así aguanta el frío de las tinieblas. Dice que viene a traerte un corazón de piedra y que eso es lo que tienes, lo que le das a él. No te hagas la dormida, algún día despertarás sin alguien a tu lado. ¿Acaso qué esperas? Un beso de él, un beso que te inmortalice, no has visto cómo has dejado sus labios desde aquella última vez, todos trajinados, secos y polvorientos, han muerto y aún no han conocido los verdaderos. —Dijo su madre.

Estaba ensimismada e ignoró a su admirador, por su paranoia, pensó que él la iba a asesinar con sus armas, las ideas. Miró hacia la ventana, justo cuando la lluvia ya había cesado, sus suspiros empañaron los vidrios, y por fuera se evaporó un cuerpo transparente colmado de gotas, entre neblina y humo, el caballero se desvaneció sin dejar rastro ni huellas.

— Mamá, estás loca, allá afuera no hay nada.

— Aún esperas que llegue, busca en ti, que adentro todo espera llenarse.

— Solo somos el reflejo de afuera.

— Y el cristal te muestra tu propio rostro.

— Mamá, es un simple espejo, es la mimesis inversa, el gemelo que nos imita al revés.

— Deja de mirarte en él hija, observa lo que hay a través del vidrio, abre la ventana al amor.

— Hace frío, la noche es extraña, confiar en la soledad que irradia, me hace temblar.

Bella era una mujer que sorprendía por su belleza, su intelecto deslumbraba hasta la mente más pobre. Era el talento innato que brillaba con luz propia, sobre sus cabellos, sus ojos, su cuerpo. Su mirada y su sonrisa de oreja a oreja deleitaban, su cabello rubio resaltaba la claridad y pureza de sus ojos, su estatura, adornaba su porte y apariencia de modelo, era esto y más, mucho más que su apariencia, lo que adentro ella escondía, era lo que más anhelaba alcanzar, descubrir y amar aquel ser perdido en su demencia. Así la recuerdo y así sigue luciendo hoy.

Así se la describió Charles a Wolfgang, con voz queda y en soliloquio:

¿Quién podría encontrarse y no perderse, en una mujer tan perfecta? Me pregunto, ¿qué le hará falta? Está completa, no me necesita.

Ese escritor desconocido tenía razón, ella estaría loca y sabiamente sabría escoger su destino, solo hasta el último momento de su compañía, logró entregarse, pero no lo hizo completamente, solo le dio a su prometido una pizca, lo necesario que pudiera llevarse de ella para amarla en la lejanía. Ahora ella lo odia con toda su alma, ahora por fin ha entendido lo que perdió y aun así seguirá siendo un tesoro, que a él no debía importarle. Solo su voluntad lo haría regresar. A ella tampoco le importaba la esperanza, ahora repudia todo de él, solo recuerda y se alegra de haber tenido si acaso un beso, de él, de haber despertado junto a él una mañana, de haber saciado la necesidad que le urgía. Necesidad de amar a un poeta, de ser la máxima inspiración de un escritor excepcional. Solo hasta los últimos días de alegría infinita, se sentían dueños del mundo, solo hasta el último momento, harían de aquel amor, el más peligroso, fatal y predestinado.

Era cierto, había una conexión trascendental entre ellos, ambos escribían y leían, dedicaban y cantaban, se entregaban sin saber que aquello que regalaban iba solo para ellos. ¿Qué era aquello que alimentaban? Más que un amor desconocido, olvidado, ignorado, un sentimiento tan real, tan auténtico y complementario. Allí se encontraba Bella bajo techo todavía, resguardada en su

habitación, parecería ensimismada, ya no en ella, sino pensando solo en él, parecía que él hablara por ella, ahora no quería ignorarlo. Se encerraba en su alcoba y escribía, preparaba sus gafas, su máquina de escribir y el espejo para no olvidarse, al lado un retrato del muchacho rubio, sonriendo con sus ojos azules, desafiando con sus labios, riéndose de ella. Y ella ofendida escribiendo:

—Aún no estoy preparada para no tenerte y solo recordarte. Aún no estoy preparada para no poder oírte o no poder hablarte, no estoy preparada para que no me abrases y para no poder abrazarte. Aún te necesito y aún no estoy preparada para caminar por el mundo preguntándome por qué. No estoy preparada hoy y nunca lo estaré.

El Mensaje Agonizante

Meses antes, en una madrugada, la madre de Bella la encontró tirada en el suelo de su habitación, herida por las palabras, todo lo que le hizo a su amor, se le devolvió, sus ideas eran las armas que él utilizaba y le dedicaba. Tenía la pluma en su mano y estaba llena de sangre, mientras que con la otra apretaba la flor marchita que le dejó Charles, diciéndole a su madre:

—Ya no valgo nada y él tampoco, ya no hay valor entre nosotros, el amor se ha ido. ¿Qué riqueza me ha quedado? No la veo.

—¿Qué te pasó? —gritaba la madre asustada, desesperada. Mientras Bella reía y la miraba con desdén, la madre continuaba. —Lo que no ves es lo que vale, no desfallezcas, dime qué te ha pasado, no te entregues a él, eres real, él ya no lo es.

—El dinero no compra un buen amor, un amanecer placentero, una fresca brisa matinal, o un rayo de sol en el invierno. Tampoco compra la salud, ni la vida eterna y venturosa y no lo necesitas si lo que quieres es tener una rosa.

—Es lo que te ha dejado, sácale el mayor provecho a ese tesoro, pero no te vayas con él, aún te queda mucho por conocer en el mundo.

–Déjame madre, tengo que hablar con él.

El viento entraba por una pequeña ranura de la ventana, la persiana saltaba y chocaba con la pared, la brisa reía, y la mujer lloraba:

Te odio por decirme que nos haríamos viejos juntos, por decirme que en cada uno de mis cumpleaños estarías, te odio por decirme que cuando estuviera triste estarías apoyándome, te odio porque nada de eso lo vas a cumplir. Tendré en cuenta no hacer promesas, pues no sé si mañana estaré para cumplirlas, lo haré para que nadie me odie como yo te odio a ti.

Fiel Representación

Seis años después de la tragedia, Wolfgang fue a visitar a la hermana de Charles, su amigo del Instituto Alemán, la pequeña dama italiana se encontraba en un Centro Psiquiátrico de Milano, donde los cerebros insanos dejaban sus cuerpos, para que fueran dominados por sus mentes. Allí en cada pasillo, había una historia distinta por contar: un joven que masticaba piedras, un adulto que encendía fuego a su pecho diciendo que era espuma de afeitar, una mujer que pintaba cuadros con su menstruación, afirmando practicar algo llamado Psicomagia, otra que se creía experta en Yoga, se desnudaba y salía al patio a practicar. Se respiraba un ambiente fresco, una tranquilidad extraña, diferente a la que se siente en casa, tal vez más serena, como una ataraxia. Definitivamente era un lugar para Wolfgang. Por un momento pensó que era su verdadero hogar. Traspasaba cada habitación, buscando a la joven, su amigo Charles le dijo en un sueño que la cuidara, que estuviera pendiente de ella. Wolfgang simplemente siguió su instinto. Vio huellas blancas en el suelo transparente y dejó de sentirse ajeno porque ese lugar inspiraba una paz de ensoñación, era el indicio más puro del hombre primitivo. Wolfgang levantó su cabeza y su mirada se cruzó con la de una joven dama rubia.

—A veces pienso que estoy loca, luego me ponen la camisa de fuerza, me dan mi medicamento y se me pasa —decía la mujer.

—Disculpa, eres... creo saber quién eres, Charles me ha contado mucho de ti —dijo Wolfgang.

—Él sigue deleitándose, solo a mí.

—No deberías estar aquí. ¿Estás acompañando a tu amor, verdad?

—Sí, él sigue vivo, a veces me visita. La única muerte absoluta es el olvido.

—¡Bueno, ya! Me presento, soy Wolfgang y he venido a entregarte algo. Charles me ha escrito, ha usado mi cabeza, te he traído algo:

Era una viuda que con orgullo mostraba levemente sus dientes para que sus labios se hiciesen un poco más apetitosos, mientras que sus piernas se flexionaban por aquel sensual gesto.

Un verso escrito en el retiro de una foto de ella.

—Mira, tu foto, es lo que él quería regalarte desde hace mucho tiempo, un pequeño detalle, ¡quien creería que sería una profecía! Al parecer él lo sabía, se iría sintiendo que la vida se derretía, no aguantaba aquel loco amor por ti.

Bella callaba, pero gritaba por dentro, no podía llorar, estaba anonadada, murmuraba y gritaba golpeando el pecho de Wolfgang:

—Me gustaría insultarte, pero no lo haré tan bien como lo hizo la naturaleza. No importa cuánto tiempo cierren tus ojos, no importa cuán fuerte lo hagan, no importa si estás dormido hasta mañana o hasta siempre, no importa que tus labios no se abran, que por tu boca no salga sonido y que tus besos no estén con los míos. No importa que te quiera, te sueñe y te extrañe, eso no importa. Tampoco importa no verte en las mañanas, ni que mis dedos rocen tu cabello. No importa caerse, ni importa levantarse. No importa cantarte, ni tampoco leerte. No importa que respires, que respiremos. ¿A quién le importa? No importa.

—Es hora de irme, lo siento, es tiempo de que le digas todo, él te escuchará, adiós.

¿Estoy loca? ¿Por verte, olerte y oírte? Tal vez. Pero si así puedo sentirte, ¿qué más da? Si he de decidir entre vivir contigo en la locura y caminar sin ti en la razón, más loca y enferma estaría si no me quedara con vos.

Wolfgang siguió paseando por el manicomio, buscando lo que a su amigo Charles se le había perdido, la pequeña flor, su amiga, su hermana, la única que tendría el talento de él, era el mismo Charles en ella: Novella. En aquel entonces Wolfgang no sabía de ella, solo sabía que la reconocería cuando viera su rostro, pues era el mismo de Charles. Wolfgang sintió las manos de Charles, su energía y su presencia y eso le hizo vibrar los hombros. De pronto sintió que una sombra lo perseguía hasta el ascensor, era la de la bella joven que entró con él. Eran los mismos ojos, el mismo cabello, la misma risa, la misma boca, la misma sonrisa sarcástica.

—¡Eres tú! —gritó Wolfgang.

La chica solo reía, mientras acercaba su mano delicadamente para tomar el rostro de Wolfgang, luego la deslizó suavemente por su cuello y de un momento a otro empezó a apretarlo. Wolfgang suplicaba atemorizado:

—Hermano enséñame a reír, tan fuerte como sientes el sufrimiento, enséñame cómo expulsar una carcajada en medio del dolor, golpea mi pecho, luego limpia tus nudillos de sangre, vuelve a sonreír y no me dejes llorar, hazme tu presa, así seré la víctima de tu obra.

Wolfgang rogó por piedad, mientras la joven gritó: “Tú lo mataste” y excitada en el acecho, tomó su boca en un instante, la acercó y sacó un cuchillo, se lo mostró y mientras lo deslizaba sobre su rostro, dijo:

—Yo tengo algo para él, un poema, extrajo del bolsillo de su bata un papel doblado en tres partes, lo desdobló impaciente

con una mano, mientras reía con la navaja cerca a los labios de Wolfgang y él se preguntaba en dónde escondía ella la navaja, ¿en su cabello? Novella empezó a leer:

Soledad, dulce néctar que te envenena lentamente volviéndote frío y turbio, haciendo que el odio hacia la humanidad crezca y crezca sin dejar rastro alguno. Lo único que lo detiene es la sutileza con la cual me amas y me acompañas en esta dulce y maldita agonía que he sentido desde que te has ido tú, pero ahora eres mi reflejo. Sé que alguna vez mostré mi desdén por la humanidad, pero sé que donde estás me mandas la fortaleza plena para seguir adelante y no autodestruirme, sé que no pude mostrarte tanto afecto cuando estabas, pero el hecho de que no estés en este mundo no significa que no pueda hacerlo.

Cortaba la piel, haciendo una incisión en la oreja de su víctima, y al terminar dejaba de reír y empezaba a llorar, abrazando a la víctima. Novella, tan hermosa y seductora como siempre, se retiró contemplando la sangre de Wolfgang y pronunciando:

—Ciertamente, cuando un cuerpo está en la nada, su alma está en el todo.

Este fue su último consuelo y así se despidió. Wolfgang debía ir a que lo curaran y ella debía regresar a su habitación. Wolfgang cayó en un trance mientras era llevado al cuarto de sanación.

Ahora era un necio personaje que solo podía escuchar, con su único ojo cerrado, pudo ver en su mente un recuerdo de sus amigos Jean Paul y Charles. Jean Paul, el bohemio, dejó a Charles un rato solo. En un parque se encontraba el triste bufón, que neurótico lloraba, era un maniático sensible que en la sombra de una encina se decía a sí mismo:

Espero desvanecer entre la niebla, ser siempre un desconocido; mañana no saldré, el sol no me permitirá estar junto a ella.

Se iba alejando más de todo, y se iba acercando a su soledad errante, a su papel, al auténtico Charles, a su destino, vida y muerte. Comprendía que era un cuerpo sin auxilio ni compañía y por eso no le convenía ser sentido, ni visto, ni reconocido, ha-

bía creído haber vuelto por una razón y en su reflexión se había engañado esperando otra misión, siendo que debía aprender de su única lección:

Quien vive solo, solo se va y solo regresa, porque no tiene en quién volver a vivir, porque no tiene quién lo recuerde.

Comienza el fin

Se cumplían 5 años de la tragedia y Wolfgang decidió encontrarse con su amigo Dave, en el lugar donde ocurrió lo que nunca pudo olvidar. Wolfgang fue a visitarlo a su mansión en el norte de Milán.

—Cómo desearía que volvieran para que vivieran por sí solos, separados, perdidos en el mundo, en soledad, encontrados por sí mismos.

Se decía Wolfgang en sus adentros, encerrando la frase en una representación, una imagen mental sin palabras, el recuerdo de esos dos jóvenes desconsolados. Y, ¿quién sabía si quizás fuera así como él lo anhelaba? Quizás si la vida diera tantas vueltas, quizás si vivir fuera lo último, entonces habría que seguir en el ciclo después de la muerte. Se reunió con Dave, su amigo millonario (un ser despreciable, repugnante por su vulgaridad, robusto y ridículamente indiferente y gracioso), con el fin de beber cerveza en el balcón.

—¿Recuerdas amigo? Años atrás, aquí mismo fue nuestra primera experiencia demoníaca de tragos. Ahora me pregunto, ¿por qué aquí mismo, en ese momento no sucedió nada? ¿Por qué decidimos alejarnos del vacío, para encontrar otro en aquel cuerpo maniaco?

—¿Por qué ese demonio nos separó de allí, para después llevarlo en otra oportunidad junto a su enemigo máspreciado?

Decía Dave con rabia. Wolfgang rio y afirmó:

—Sí, hablamos del demonio y el mesías, muy buenos amigos, qué buenos momentos; aquel día me declaré con lujo de detalles

a la que sería el amor de mis días: Danielle, ¿la recuerdas?

—Sí, ese día para nosotros cuatro, fue el primer momento que nos marcaría para siempre, cuando conocimos verdaderamente a Charles, y también a Jean Paul, esa noche Charles habló en sánscrito y Paul rezó en latín, qué miedo. —dijo Dave, con lágrimas secas y casi riendo.

Pasaron tantos sucesos por sus cabezas, aun estando ebrios, recordaron cada momento en que estaban los cuatro reunidos, esos días en que Charles era poseído por el amor, el odio hacia sí mismo. Sí, Charles era un loco un suicida y cuando se embriagaba parecía estar poseído, decía que era porque Bella no lo amaba. ¿Quién diría que una mujer tan bella pudiera acarrear en un muchacho tan angelical y noble, algo tan repugnante y grotesco? La culpa era de ella, de quien Charles estaba locamente enamorado, verdaderamente, era un amor peligroso. El alcohol era sin duda el principal mediador y Paul era su tranquilizante, un dardo fulminante, que se disparaba, se auto-flagelaba, se sacrificaba por mantener la seguridad de su amigo, su creación. Es cierto, eso es el amor: olvidarse e ignorar que solo se es hombre en la soledad, es afirmar que cada hombre sabe ser más animal que su misma esencia, en eso radica aquella espantosa tregua, en la búsqueda del hombre como el máximo esplendor de la naturaleza. Pero entonces, ¿qué tipo de amor era aquella íntima amistad? Tan enfrentados se sentían, pero tan compatibles eran en la discordia Charles y Jean Paul, que Dave y Wolfgang solo sabrían maltratar a Charles y tratar de controlarlo; todos sus esfuerzos eran en vano, como ahora, como siempre, como nunca pudieron hacer algo significativo para él, más que acompañarlo.

La impotencia no se manifiesta en el no querer, sino en la voluntad ciega de la negación de uno mismo. ¿Qué fue ese amor? ¿Qué significaba? ¿Un viaje? Fue una crucifixión, algo que nadie entendió, ni el mismo Wolfgang: *¿Por qué lo haces? ¿Por qué te unes? ¿Porque no atraviesas los cuerpos que eliges? Porque trasciendes solo con ellos, porque te produce temor avanzar en soledad. Le*

preguntaba Wolfgang a Fiodor, el que hacía el papel de Charles. Este es un amor mutuo, el primero que se ha conocido, qué absurdo; toda ridiculez se tapa con el velo de una excusa, de un sacrificio irracional, Wolfgang lo sabía. Todo lo que recordó, lo bebió y no pudo llorar nunca, se levantaba pálido en las noches y para poder respirar, esperaba que su corazón latiera más lento, entonces se alejaba de la vida, aquella misteriosa mujer que no conocía, que tanto amaba sin saber por qué, solo porque no sabía qué había después de ella, era perfecta, pensaba también. Pero algo le decía que podía ser mejor, que él podía superar su vida, entonces, quizás si pensó en ser más que un dios, tenía que ser un Héroe primero, superar a su dios sin nombre. Y cuando no actuaba, cuando era él, Wolfgang, comprendía cada día, que para atravesar los caminos, para cruzar por el barro, era necesario probar, sumergirse en las fauces insanas de las andanzas, buscar solo en él y no en sus sueños ni en las elucubraciones de su personaje Wolf, aquella escapatoria, aquella ventana donde se hallara el equilibrio, donde no existía la misma ley de aquí o de allá.

Hechizos hostigantes

Cuatro años después de la tragedia, Wolfgang prometió dejar su cuerpo como ofrenda para que su amigo Charles volviera a sentir aquello que lograba perturbarlo. Mientras dormía, el espectro le decía:

—Su vida estará sujeta a mis órdenes y es tan solo una: le llaman 'Karma'.

Estaba privado, condicionado. Y así continuaría, si tan solo aceptara y reconociera la culpabilidad.

—Déjame reírme —decía Wolfgang— ¿Quieres entrar?

Reía mudo, solo podía abrir sus ojos, se mareaba, el demonio lo sujetaba. *No tienes nombre ni Dios.* Continuaba pensando, forjando en su mente la idea de la voluntad, la concentración en el

centro de su cuerpo, el cuerpo que resguardaba con sus brazos. De pronto sintió aquella energía que lo presionaba y así volvía a sonreír diciendo:

—Si creo en ti demonio o en él, tú enemigo, entonces no tendría por qué creer en mí, no los necesito, adiós.

Se levantó y se dio cuenta que las posiciones de sus extremidades eran opuestas, su mano derecha arriba y su pierna derecha abajo. Retiró el espejo que se hallaba frente a su aposento y corrió las cortinas, dejando al jinete liberarse en la brisa matinal.

—Así como se logra destruir lo mismo, lo que vuelve a ser, también se logra construir lo distinto, sin reconstruir ni reorganizar el caos por partes o sucesiones, sino lateralmente, no al azar del destino, sino a disposición de sí mismo.

Concluyó Wolfgang, tras dar término al experimento alquímico.

En alguna ocasión, se fue la luz en el hotel de Italia donde Wolfgang pasó unos días con el fin de visitar a la familia de Charles. Wolfgang se encontraba viendo televisión y encontró que en un canal había una discusión entre un cristiano y un ateo. Se reía al escuchar las barbaridades del ateo que al final resultaban ciertas. Y en un momento de frenesí, se fue la electricidad. En la habitación había una sombra, sobre la pared estaba impresa una cruz, la luz que provino de un farol fuera de la ventana le despertó la curiosidad, deslizó la ventana y se asomó, se escuchaba un sonido que aturdió, era tan fuerte como el silencio, alzó la mirada y vio el cielo completamente rojo, se recostó sobre la cama y dejó posar el viento helado en la superficie de su cuerpo congelado de miedo, se detuvo en la sombra que proyectaban las rejas del jardín de afuera, mantuvo sus ojos allí unos cuantos minutos, era una cruz gigantesca, dios lo perseguía. Pero se asombró luego al encontrar una cruz al revés, sobre la misma forma, eso logró tranquilizarlo, y así entendió algo: no estaba solo y lo tenía todo adentro, lo de afuera era un simple reflejo paralelo, una mimesis

que se transpolaba tan solo en el mal, porque el bien también lo era. Luego era él de nuevo, el espíritu de Charles, su amigo demente, que no dejaba en paz ni a su cuerpo ni a su mente. A sus oídos llegaron cacofonías entendibles, Wolfgang aprovechó para abrir su libreta y empezar a escribir:

Ha sido exhibido el dios en todas sus formas, en sus fases ha sido visto: en el rostro de Charles, sus ojos rojos, su boca que escupía espuma blanca, sus párpados morados, su voz ronca y satánica, sus manos cortadas y frías, las gotas heladas de sudor en su frente rígida. Rendido, donde estuviera caído. Nunca se descubrió a quién tenía, si a él, a su dios, o a su musa, lo cierto es que fue traicionado y por ende aquel espectro se denominaría el mismo demonio. Adorar es resistir, aguantar, sufrir, vivir, aprender, seguir, morir y después de todo, volver.

La primera vez que Wolfgang fue al manicomio donde estaban Bella y Novella, la hermana de Charles, encontró a Bella encerrada en una esquina de su habitación mirando un punto fijo. Ella vivía cargando el peso de su amante. Dormía en la celda sin abrigo, tan solo con la confusión de sentir si había tranquilidad con la presencia de Charles o si había miedo, miedo de volverlo a amar o amarlo realmente por primera vez. Lo cierto es que lo sentía, no importa si fuera en sueños o fantasías, Charles estaba ahí, la acariciaba, le inspiraba su locura. La pipa, la pipa que cargaba Bella, ¡oh, qué aroma más delicioso!, dulce fragancia de la primavera nocturna que ardía en las narices de Wolfgang.

—¿Hay algo que decir? ¿Hay algo que esperar? Hay todo por recordar, hay todo por aceptar —dijo Bella.

—Será en el momento preciso, que sepas todo lo que hay por saber —respondió Wolfgang.

—¿Me dirás nada, aunque haya todo por decir? —Replicó Bella.

—No hay nada en realidad, porque todo se ha dicho. —Agregó ella.

—Solo hay algo, algo que sabrás si lo escuchas a él. Yo tengo ese poder. —Dijo Wolfgang.

—Callemos y dejemos que el amor hable por sí solo, esta no será la última noche.

Wolfgang no entendió, pero no por eso se negó. Caminaron a su habitación y sorprendentemente Bella tomó la mano de Wolfgang, muy lentamente, apenas rozando sus dedos, él acarició los bellos de sus brazos y ambos se ocultaron de los guardias.

Mientras tanto, en el inhóspito universo increado:

—Hey Fiodor, despierta, has estado hablando solo toda la madrugada, has roncado, no me has dejado dormir, ¿cuánto más habré de soportarte, no te ha sido suficiente con mi compañía? ¿Para qué me trajiste a este inmundo lugar? Lárgate a otro lado. Fiodor, Fiodor, te habla Frank.

Las aves vuelan sin balbucear

Wolfgang además de ser un guionista, también era un cantante aclamado solo por los suyos y entre sus discípulos estaba Iris, esa compositora italiana, que conoció en un concierto de la banda de Dave. Esta vez Iris quería mostrarle a Wolfgang algo que había escrito, para que él le ayudara a convertirlo en una canción y por eso lo invitó a su casa. “Un viaje de negocios” dijo Wolfgang a Lou.

Llegó a Milán para encontrarse con ella y ayudarle a componer. En el bosque aledaño a un hotel había un pequeño bohío, allí vivía ella.

—¿Acaso duermen? Wolfgang, yo ni siquiera puedo sentirlo, ni soñarlo, él no está conectado conmigo, no creo que estén durmiendo. —Afirmó ella.

—Iris, quién sabrá si en realidad estén durmiendo en la tierra, quién sabe si aún estén encerrados en el cajón, si el suelo les pese, nosotros hemos pisado nuestro dolor, hemos aplastado la carga y aun así no se ha ido, y tampoco hemos querido.

Wolfgang hablaba casi por sus amigos, pensaba como ellos.

–Wolfgang, estoy cansada de vivir.

Decía ella desorientada y afligida.

–¿En serio? Has olvidado quién eres mujer. Escribe, canta, ríe. Ánimo, nos espera lo que logremos con esto, vamos a estar orgullosos cuando terminemos nuestra misión. Vamos, durmamos y mañana me muestras lo que has escrito mientras salimos a dar un paseo.

Fue una mañana ventilada de agosto. Se dirigieron juntos a la plaza Duomo, un largo trecho les esperaba, viajaron en bicicleta y se sentaron a descansar en aquella plazoleta. Wolfgang tomó unas fotografías. Era un lugar a campo abierto, rodeado de dos torres con una arquitectura un poco romana y un ambiente de batalla clausurada en el que el caos fue reconstruido y de las cenizas surgió una nueva figura. Gritando a las aves que volaban, Iris tomó del suelo una de las plumas y el viento le sopló en las manos.

–Han sido las alas lo que te ha faltado, no puedes volar a él, él vendrá siempre porque él sí puede hacerlo, pero nunca lo sabrás.

Iris hablaba para ella misma. Wolfgang trataba de consolarla: *Háblale a Jean Paul, que él te escucha*. Pero en aquellas palabras solo encontró el polvo que flotaba en el viento cuando las aves desplegaban sus alas.

–Allí está mi sueño, mira cómo se me escapa. Me ha poseído un animal, una mariposa, creí estar en su estómago. Allí donde esté él, en el Jardín del Erial, en la ciudad oceánica, pronto despegará a un Paraíso Caucásico. –Dijo sonriendo como una niña caprichosa.

–¿Quieres ver lo que he escrito? –Iris le acercó a Wolfgang los pergaminos.

No te escribo para que te quedas, te escribo para que nunca te vayas. No te escribo para que no te ausentes, te escribo para que tu ausencia no sea tan profunda. No te escribo para tenerte, te escribo para que

me tengas. No te escribo para no extrañarte, te escribo porque estás en cada una de mis letras. No te escribo para darte vida, te escribo para que nunca mueras. Llevo tu olor, tu amor, tu vida. Te llevo tatuado en mi alma, anhele estar en tus brazos en este instante. Pero la vida nos separó, aunque jamás nos separe el mundo.

—Muy bella señorita, ¿quieres leerme? —Wolfgang le entregó una hoja de su libreta. —Es para ti. ¿Qué tal si hacemos una canción con estos dos escritos? —Iris se sonrojó.

Tus palabras no se escuchan, no por la lejanía, sino por el ruido del mundo. Pero algo es cierto aquí: donde una boca llora, deben sobrar oídos. No son labios lo que se necesitan para escuchar la palabra nueva, de allí proviene la fuente, pero esta es solo causa. Lo que impacta es el efecto, el efecto en aquellos oídos sucios y frágiles. Necesitan un cambio, eso era lo que faltaba, una transmutación. ¿Qué han hecho los mortales? Más que callar las voces del más allá, se necesita un grito de la tierra, un grito que no ensordezca sino vuelva mudo al mundo. El único poder que debe hallar la mujer es el de la sabiduría entera. La mujer tiene todos sus secretos escondidos, eso la hace tan llamativa e interesante, tan pícaro y voluptuosa, los misterios embellecen, eso es la posesión, algo hermoso que no se escucha, que no se siente, ni se ve, pero se tiene. Aunque aquella belleza, aquel orgullo, es lo que en sí representa la estética vulgar, lo soez del asunto, la creencia que deja inmolarse en vano. Ahora imaginen, cómo el martirio propio de hacer del mundo, el amor y la naturaleza a disposición propia, crea en la mujer la semilla del rencor. Donde quiera que se ame, alguna vez se odiará, eso hace que haya en el remordimiento la necesidad de recordar.

Así pensó un niño alguna vez en la mente de Wolfgang, una vez que hubo que extraerlo por un momento del interior.

CAPÍTULO XIII: EPITAFIO DE LIBERTAD

El 11 de noviembre del 84 el cirujano decide hacerle un trasplante de corazón a Wolf y en plena operación, él sueña. En sus fantasías, Wolf recapitula una fuerte discusión con Marien durante los vientos helados de agosto. Recién culminada la operación, se mantuvo acostado en la camilla respirando a intervalos. Sentía la incomodidad de la jeringa en su brazo, con suero y alimento para sus venas y para aquel nuevo corazón que debía preservar. Un poco más de un año duró el recorrido de su sueño, que en realidad equivaldría a unos largos cuatro meses de recuperación. Al hospital llegó aquella mujer que tanto lo hizo sufrir, pero que siempre lo liberaba, lanzaba al viento las alas del niño que había dentro de él, volaba la locura del amor, al escuchar tan solo su dócil voz. Wolf no quiso escuchar a nadie más, solo a ella. La mujer aprendió a valorarlo, acompañarlo y apoyarlo en su lucha, que era tan necesaria para él. Así, acariciaba su frente y sus labios, besaba sus manos y él sonreía sin consciencia. Le leyó sus libros, novelas y poemas favoritos: Dostoievski, Lawrence, Hamsun, Goethe, Poe, Baudelaire y Khayyam; acompañaban el viaje de aquel espíritu en un mundo perdido, allí donde ahora se esconde la infancia, allí donde se pregunta todo, donde todo solía tener una visión obvia e intrínseca, donde existía la verdadera diversión, donde las ideas nadaban, donde todo se valía, donde no había castigo ni premio.

—¿Dónde estás? Llévame contigo, quiero ser libre—decía la dama. Quizás aquí una mujer es quien más se parece a un niño. No se preocupa por saber del mundo, porque ya lo conoce.

Allí estaban sus amigos: Paul y Charles, este último, recién nacido, y estaba también una niña blanca y de cabello oscuro, una niña que nunca había visto, pero que le parecería tan familiar, una hermosa criatura con una voz delicada, que Wolf reconocía,

la imagen de su alma, el cuerpo de su mente. En este lugar, quien no nace, no muere, pero existe. En otra de sus visiones, surgía un animal:

–¿Qué me dices que eres, Charles?

–¡Un perro amigo, mira mi collar!

–¿Y es que ahora creces al revés? Te quedan tan solo 15 años de vida, ¿qué haces aquí? –preguntaba Wolf sorprendido y desconcertado.

–El otro día los invité a mi hogar y me he quedado esperando.

–Sí, te habíamos visto sonriente saludando, tú nos has dejado esperando, cuéntame, ¿acaso estás muy ocupado?

–En realidad cuido de mi madre y mis hermanas, es lo único que me queda por hacer ahora –dijo Charles.

–¿Y qué hay de tu hermano y tu padre?

–Mi padre está loco, se me ha salido de las manos, tengo a mi hermano en el pecho grabado, es un guerrero que han atacado, me han maltratado, pero él es un alcohólico, ante eso no puedo hacer mucho, debes acompañarlo.

–Tu hermana mayor, Melissa ha llorado, me ha contado que te ha soñado, y en su celebración se ha topado con una pesadilla, han cantado varios funerales. En vez de felicitarla, porque está creciendo al fin cognitivamente. También me comentó que hace poco han encontrado a un amigo de ella descuartizado.

–Dime qué puedo hacer, se quedó muy sola.

–Déjame acompañarla, más bien tu deberías hablarle –respondió Wolf, insinuando que ya era suficiente, que su familia necesitaba una ayuda, una señal.

Ha nacido bajo el agua un ángel, pero esta vez no ha caído del cielo, ha nacido de las profundidades, en una bañera de una bañina muy humilde, heredando de una familia pobre la sabiduría de la vida y el intelecto de un ser híbrido que anhela dejar de ser

un animal, ser de nuevo hombre y dejar en la tierra su sangre para el nuevo ser. El agua lavaba sus ojos y contagiaba su color. Había nacido despierto, quería ser contemplado e iluminado por aquella madre. Aquel fue su origen, nadie supo su objetivo. Charles también era un perro, no lloraba, ni cerraba los ojos. Tenía su cerebro abierto y su cabeza estaba libre de toda idea. No se quejaba de nada más, no escupía, ni vomitaba, tropezaba ebrio, cojeaba sin dolor, corría sin cansancio, reía sin miedo, comía sin hambre, moría sin vida, vivía tan solo consigo mismo. Se hacía más lector que escritor, escuchaba sin oír, observaba sin ver. Su nobleza resistía todo, fue un guerrero, un héroe, sacrificó su alimento para mantener a su familia. Cocinaba sin dinero, multiplicaba sus fuerzas para sostener su hogar. Se fugaba para embriagarse, para buscar en una pócima de su amor nuevamente el sabor de una gota de traición y al final encontraba la adrenalina y la diversión que necesitaba, esa era su adicción.

El guardián que no guía

Wolf despertó de una dolorosa ilusión. Ahora se encontraban dos cervezas sobre una mesa, irían a tomarse las manos de dos hombres, irían a quebrar sus cuerpos en las gargantas de los dos seres. Un perro se encontraba sujetando a su amo para que no se escapara, era uno de aquellos hombres. En un río helado, los perros recorrían las montañas solitarias. De pronto uno de ellos dijo:

—Vamos a mi casa, no tengo dueño, pero lo que nadie sabe es que nosotros también podemos ser hombres.

Wolf no entendía por qué razón veía la escena sin estar presente, pero eso no le importaba hasta que volviera a despertar o a soñar. Ahora estaba en una caverna celeste, junto a su amigo Frank. Wolf dudaba de su desdén y lo creía muerto, sostenía:

—He querido decirte que ya no estás en el mundo, pero siempre escapas cuando te sigo.

–Lo sé hermano, ya soy para ti un dios y aquí me tienes, nunca estaré muerto para ti y tampoco me verás. –Profirió Frank con voz orgullosa y un tono portentoso. Wolf rio aceptando y exclamó:

–¡Estoy hastiado de que dios me persiga y me obligue a creer, ¿acaso él no respeta la libertad? Sea como sea, bienaventurado aquel que no crea con haber sentido, bienaventurado el que no confíe con haber visto.

–Creo adivinar el por qué:

–Resulta que el hombre, en su voluntad de recrear, hace que dios sea dueño de una causa primitiva y ese dios, esa creación humana, hace todo a su disposición, se manifiesta como un sacrificio, un castigo, una culpa y así se esclaviza y de paso se domina. Lo que no sabe el hombre, es que en realidad, él mismo es quien se está controlando. Para evolucionar, hay que pensar en ser auténticamente primitivo.

–Tienes razón Frank, me recuerdas tanto al amor, creo que para mí ahora eres aquella “cosa” indefinida y etérea. Ahora bien, explícame que es para ti el amor, ¿qué eres tú ahora mismo?

Frank murmuraba sobre la ingenuidad del hombre. Respondía con alteza y seguridad:

–Sé que crees en la nada después de la vida. El amor no tiene memoria, yo lo soy, soy en él una tabula rasa, aquello con lo que nacimos. En la muerte está también el amor, como lo dijo Oscar Wilde: “Cantaba el amor que es perfeccionado por la muerte, el amor que no muere en la tumba”. Algo que no muere y se alimenta con la muerte, ¿acaso qué piensas que hacen los mortales cuando muere alguien? Entregar homenajes. El amor olvida, porque no siente rencor, aunque sea el odio del odio, es como el dios al que nada se le opone, es neutral y llega a ser tan primitivo que evoluciona siempre, por tanto, es fuego y río caudaloso, libertad en cuanto a que nada le resiste y a nada se ata, sino es a quien se entrega. El amor es indispensable para la vida y para lo

que se logre con ella. Te contaré ahora lo que para ti es el amor, crees que no lo sé, ríete porque no adivino, ya lo sé todo, y tú aun quisiste quedarte en el mundo, yo estoy con el amor de mi vida. Tu hermana existe, es hermosa, aquí te tenemos preparado algo, deberías estar con nosotros, la pasarías genial. Un momento, ¿en que estábamos? Continuaré.

El Amor es desconocido, amoral e inmortal, A-Mor es sin muerte y es lo que nos hace mortales, lo que nos diferencia de los dioses. El amor en su locura destruye el lenguaje. Es aquello que no se puede definir como algo. Concebir algo impensable equivale a la misma razón de querer crear a voluntad propia lo que seguramente será inexistente. Hablemos más bien de algo humano: el hombre siempre cavila, nunca ha logrado alcanzar objetivamente aquello que le es superior, lo divino: en donde reposa el amor, como algo impalpable. Será entonces menester remontarnos a los sentimientos humanos del saber de antaño, del querer conquistar todo y dominar la naturaleza, esclavizándola para sí como objeto de interpretación, aquello ocurre con el amor, el hombre lo ve según las circunstancias como algo bueno o malo. Empero, hay algo que los humanos, como seres pensantes pueden y se sienten capaces de hacer, y es el tomar de la versatilidad del mundo, un provecho individual, esto se manifiesta en el relativismo y en la condición de lo existente de volverse entendimiento, es decir, el hecho sometido a juicio, desde que hace parte de una experiencia de percepción.

Donde hay un sujeto, hay una voluntad de existencia y al tiempo de extinción del objeto, de relación y entrecruzamiento, o destrucción, llamemos a ello un signo. Puede entonces ser el amor un signo, si subjetivamente lo tomamos como algo que encierra dentro de sí miles de estados. Lo cierto es que si tomamos al Amor como algo, debemos definirlo solo como una cosa. Si no lo tomamos como algo, podemos tomarlo como todo, y en aquella lucha de contrarios, se convierte en paradójica, y así lógicamente será nada. Sea lo que sea, cuando se piensa definir se usa la

razón, solo cuando se siente, se piensa con el corazón (tomando a este órgano como un símbolo de amor). Bueno, es hora de concentrar nuestras funciones, nuestro objetivo de estudio en aquel órgano vital. Podemos empezar por la vida y su motor principal, aquel que es recorrido con sangre, el amor vendría a ser parentesco, nombre, un sinónimo de familiaridad y unión fraterna. El Amor es sangre y su ausencia debilita hasta matar. La voz del corazón, como indicio de calor humano, es la excusa que tiene el hombre como ser social para desconocerse, siendo utilitarista con su compañía, contagiada por un sentimiento de culpa, arrepentimiento o deber y obligación compasiva. Aceptarse incompleto y desinteresado por la vida, es una de las razones de los menos solitarios.

La soledad es el amor propio por excelencia, quien sabe de amor solo cosecha lo mejor de su generación para guardarle su fruto a la nueva raza de hombres del porvenir. Lo anterior no significa un odio al ser humano, ni a ser humano, sino Amor hacia el hombre en la medida en que prepara la experiencia de compartir aquello que nos hace mortales, inocentes terrenales, pero grandes inventores, porque el gran hombre quiere seguir viviendo, pero ya no como hombre, sino como lo ulterior, lo último de la historia de su ser. Ese hombre en su afán de crear, puede hasta proporcionar en mayor grado lo que tiene, con tal de esperar que su idea supere su misma condición, los dioses son ejemplos claros. Así pues, dios, llámenlo como quieran: causa primera, soberana y suprema, ha desconocido a su creación, y el ser humano se diferencia de él por el Amor, algo envidiable para él, algo que logrará superarlo cuando con la mujer, el hombre se una como desde un principio para volver a ser dioses. El amor es el grito de aquel dios interior que quiere volver a ser. Y así es una paradoja que el hombre quiera amar a una mujer para volver al Andrógino y al mismo tiempo ser dios para dejar de amar.

—Bueno y estas son algunas teorías que tú sostienes Wolf, compáralas tú mismo:

El hombre conocerá el amor mágico, solo cuando se reconozca y se encuentre dentro de aquella mujer que recuerde como su amada, sin necesidad de desconocerse, solo así se engendra en el amor una eternidad. El amor es amoral, es decir no hay en él una moral, es la única razón lógica de la locura, es algo que en ciclos infinitos retorna al espíritu auténtico. Lo que tiene amor no se analiza, ni se ve, no se habla, porque fluye por sí solo, por eso es el rastro más grande del más allá, más allá de dios y del demonio. Definir el amor es una tarea imposible de realizar. Imaginar, describir o vivir el fenómeno que de él subyace, es una experiencia sublime. Solo quien se enfrenta a la idea de amor, se condena a la inimaginable inmensidad de su universo. La idea de amor es más que un remoto y lejano valor perdido de la vida, es la virtud inalcanzable del mortal, hay que volver a ser un dios para saberla, hay que superar al hombre para recordarla.

Ahora Wolf al igual que sus ídolos, héroes y dioses, estaba en muchos lugares a la vez, parecía que se transportaba por túneles vacíos a una velocidad de un parpadeo. En esta ocasión hacía de ebrio. Cada vez que cerraba el ojo, desaparecía y cuando volvía a abrirlo se hallaba en otro lugar. No sabía si creer que su amigo Charles estaba lejos o si fuera verdad que lo encontraba donde hubiera licor. Ahora estaban en la taberna con Raskólnikov, observándose con desdén, a través del reflejo abstracto de la botella de whiskey que tomaban. Leyó la etiqueta: Bourbon Eleven. Charles se acercó y agarró la botella, bebió un sorbo de la pócima y sintió que sus riñones se refrescaban.

—Este Bourbon es un mago —decía—, nos transporta. Igual me pasaba a mí, ¿recuerdas? es como aquella leyenda del sombrero que te hace invisible y te lleva a otra dimensión sin escaparte del mundo.

—Mi querido amigo, no te rías de esto, ya nos fuimos del mundo, no hay más. Pero mira lo que tenemos —y así vacilaban, pero Wolf era todavía un incrédulo, él no se creía muerto.

–No llores, mira cómo me río de ti. Tranquilo, más bien hablemos del porqué de extrañarnos. –Dijo Charles.

Rasolnikov callaba, tan solo los observaba. Wolf comentó:

–Te contaré: parece que Marien ha estado saliendo con otro –se quejó Wolf de sus fracasos en el amor.

–Y yo que lo he visto todo, te lo podría hasta repetir, voy a golpearlo. ¡Despierta, usa tu maldito cerebro! Ustedes aún no son nada, pero es cierto, ese imbécil con el que sale merece una buena golpiza, me alegraría verte azotarlo contra el piso.

Charles se reía como un demente o quizás peor: abría su boca y se la tapaba de una manera muy peculiar, odiaba a ese muchacho que conoció y que también estuvo estudiando durante un tiempo con Wolf y Dave en el mismo Instituto Musical.

El Can conduce al Oasis

Wolf sufrió su primer infarto al volver a ver después de mucho tiempo a la mujer de sus sueños, Marien. Al parecer, un choque había terminado para él en un nuevo padecer, era el impacto del retorno de aquel amor. Wolf salió de sus ilusiones maltrecho y acabado, su cuerpo estaba tambaleando, y aun así trotó para entregarse a los brazos de la dama. Creyó haberse recuperado, pero se desmayó de inmediato. Su cuerpo pesaba, su único ojo blanco y con ojeras se perdía en el rostro de su amada. Devuelto a la camilla aguardó inconsciente, la visita de todos aquellos que alguna vez se olvidaron de él recordando tan solo su condición criminal. Mantuvo su salud dopado con morfina, su cuerpo se hallaba solo y todos callaban, menos él, El Can.

Una vez caído en el hielo, respiró en su travesía el aroma de aquellas tierras lejanas donde siempre quiso estar, no había allí ningún rastro de pétalos, no estaba el sol que siempre los alum-

bró, solo había pinos y montañas llenas de hielo. El hielo se fue derritiendo. Wolf corría con prisa y se resbalaba. Sin saber hasta dónde llegaría. De pronto en aquel pasaje de su escape involuntario, se encontró con un leñador que parecía no verlo ni oírlo. No atendía su exigencia de poder volar, parecía que estaba aislado, ensimismado y además no tenía rostro. Tan pronto como Wolf se le acercó para preguntarle el camino al Erial, donde descansarían sin morir, un lobo siberiano vino al acecho. Mostraba sus colmillos como si estuviera protegiendo a su dueño y frunciendo el ceño intimidaba al Huésped. Wolf fue perseguido hasta la frontera de un terreno baldío, donde por fin el animal se dio por vencido. Segundos después, lo atacó inesperadamente. Wolf cayó al suelo y con su brazo protegió su rostro. El lobo rasgó su costado con un rasguño y luego mordió su piel sin piedad, sus ojos firmes se fijaban en los del Huésped, como si quisiera decirle algo, pero no pudiera. Wolf gritaba en su interior: ¡estás muerto amigo Paul, acéptalo, estás muerto!

El Can robó un libro que tenía Wolf en el bolsillo de la chaqueta, al parecer fue mientras lo estaba forcejeando. Se trataba de una leyenda de mucha importancia para él. El animal corrió al encuentro del leñador, mientras el libro se iba despedazando y sus hojas se iban desplomando. Wolf logró alcanzarlo, la bestia arrancó una hoja con el hocico y de la rabia rompió el filo de sus colmillos. De la hoja solo quedó un pequeño fragmento, Wolf le leyó al Can el apartado: *El camino de la Fiera, debes seguir su sendero, él fue quien te transportó al jardín del Erial. Él, quien te quitó todo y lo hizo por amor, él quiere tu transición. Después de ser héroe, tendrás sus colmillos, ya pasaste por actor, él también ansía ser más que animal, quiere ser tú en él, sé en él tú mismo. Solo debes seguirlo, él es tu guía.*

Pronto la perspectiva se hizo difusa. El leñador se veía con su machete congelado. Wolf se acercó rápidamente al hombre, la criatura herida huyó de nuevo a los árboles cubiertos de hielo para esconderse y devorar las acacias. El leñador recogió la por-

tada del libro: “*Las huellas de la senda*”. Admirado y sin rostro contempló las lágrimas secas del hombre, como si se hubieran estancado en el tiempo.

–*No tengas miedo, –dijo el leñador– en este espacio solo verás la claridad de nuestras alas, siento mucho que mi mascota haya destrozado vuestra novela.*

(Wolf empezó a creer que aquel libro, era su libro y así se dijo a sí mismo: *no puedo creer como verdad una mentira, no puedo hacer de esto un simple cuento, esto no es mío*).

El Huésped se enfureció, hasta que recordó que su cola no había sido cortada y que el Can ya no la tenía, que sus orejas estaban caídas y no tenía hocico para hacer el rol de predicador. Después el leñador se convirtió en anciano. De su piel empezaron a brotar unos bellos blancuzcos, sus ojos se tornaron azules, su nariz negra y sus orejas puntiagudas. Wolf por su parte creció al ver como yacía el sol eclipsado del Oeste. Solo había oscuridad. Su piel se hizo cada vez más dorada por el eclipse y su ojo más gris (en aquel momento su inconsciente no lo hacía ciego, pues existían las tinieblas). El Can era un híbrido entre humano y bestia, se asemejaba al sueño que tuvo un día Wolf:

Mientras generación por generación, veía los siglos pasar en segundos, mi mente proyectaba imágenes de la evolución del hombre, y en un futuro (que era en el sueño presente), los hombres–dioses vestían un manto blanco (como el que tenía aquel anciano profeta), sandalias, cabezas de leones y tigres. Vertían su saliva en los instrumentos. Estas criaturas grandes y robustas, permanecían cruzadas de piernas, tocando la música que sus bigotes creaban al rozar el viento con sus colmillos. Uno de ellos acariciaba el arpa y aquellos ruidos estrafalarios le producían gran temor y desconcierto, esos tonos imperceptibles llegaban de otras dimensiones.

29 de agosto del 83

Michael avisó a los guardias de la cárcel sobre la fuga de Wolf. Lou esperó en un andén aquella noche. Estaba cansada de actuar y de padecer su desolación. Hasta que al fin se encontró con el asesino de ladrones.

–Necesito multiplicar mis energías y no sé cuánto tiempo tenga. Necesito que lo pienses y tomes una decisión, no tengo el tiempo de antes, estás lejos y yo ocupada.

–Ahora no importa, tengo que escapar muy lejos, ningún agente de seguridad puede verme ahora que soy muy distinguido entre los criminales. ¡Corre! –Wolf la tomó de la mano, halándola a la fuerza.

–Detente y escúchame: no voy a tener todo mi tiempo disponible, la decisión es tuya.

–Ahora no es tiempo de discutir. ¡Mírame, estoy afuera! Deberías alegrarte. Te perdono por traicionarme.

El sujeto la estrechó en sus brazos, le dio un beso en su frente y se acercó a sus diminutos oídos susurrando:

–¡Porque simplemente te amo!

La llevó a un corredor oscuro donde olía inmundado, pero él no percibía el hedor.

–Aquí no nos ven. Amor, parece que no quisieras continuar. Solo inventas excusas para acabarlo todo.

–¿Excusas?

–Si crees que soy una carga más dímelo, así me duela hasta lo más profundo, pero no alimentes mi ilusión.

Desconcertada, la dama exclamó:

–¿Por qué todo lo vuelves un drama? Pareciera que estuvieras actuando.

–Así me hicieron los dioses, mujer, melancólico. Por si aún no me conoces.

—¿Piensas que así funcionaría el amor? —Preguntó la mujer.

Él le respondía vacío y sin culpas:

—No puedo escoger por ti. Si me dejas, lo que sientes no es real. ¿Por qué has cambiado? Eso me extraña. Si sigues así será en realidad muy difícil. No puedo obligarte a que sientas lo mismo por mí. Y ahora no me echas la culpa de esto, es tu decisión.

—Te digo y no escuchas, sigues sacando tus propias conclusiones. Y yo no puedo obligarte a estar en una relación que no te llene. —Profirió ella.

—¿Lo que he hecho por ti no demuestra eso? Te he dicho que me he sentido solo y olvidado por ti, antes todo era hermoso.

—A eso me refiero, yo necesito concentrarme y enfatizar las energías en mis sueños y no voy a poder estar contigo como yo quisiera.

—Si crees que no podré ayudarte, porque crees que soy un peso, si dices que no puedes estar conmigo y si piensas en ti, me estás diciendo que no valgo, ni te apporto nada, pues qué esperas para decirme, si eso es lo que piensas de mí, Marien, no tienes que pedirme permiso.

El hombre estaba cada vez más decepcionado, no quedaba más remedio. Desilusionado concluía:

—Yo voy a estar apoyándote en lo que quieras, sea de lejos o de cerca.

—Tú de verdad que no entiendes nada, yo te estoy hablando del tiempo que quisiéramos estar juntos, en fin, adiós.

Culminó la discusión en aquel callejón desamparado, la dama se fue sin prisa y él por seguirla, atravesó una calle sin observar los extremos, ella subió al andén. La mujer robó su chaqueta, se devolvió hacia él y le dio un beso de despedida. Gritó y corrió para escapar.

—¡Déjame! —pronunció ella como un disparo certero al destino del hombre. Tres agentes lo reconocieron y lo alcanzaron rápidamente.

Wolf dio la vuelta sobre su posición y lanzó un puñetazo brutal a uno de ellos, el guardia cayó tendido al suelo, pero se levantó y le detuvo los brazos. Wolf dio una patada trasera a sus canillas, y recibió con una patada al que estaba frente a él, el tercero era un hombre con escaso cabello, estatura enorme y contextura gruesa, en su rostro se notaba la rabia, el hombre se abalanzó sobre la víctima y este se agachó, dejando que aquel que le agarró por los brazos, recibiera el golpe, se zafó y dio la espalda, utilizando al policía de escudo, se lanzó para tumbarlo y caer sobre el más grande de ellos. Mientras tanto Marien estaba detrás de un carro mirando todo el episodio. Por su cabeza pasaron muchos pensamientos y deseos, algunos de ellos algo sugestivos y otros sexuales. Aquella mujer era un misterio: quería a su hombre solo cuando era su víctima. Wolf corrió para volver a escapar y justo cuando tomó el impulso para acelerar y un auto que viajaba por la autopista a más de treinta kilómetros por hora, lo arrolló. Wolf alcanzó a saltar sobre el vidrio frontal del carro y aunque el automóvil frenó ligeramente, el choque ocasionó en él una instantánea pérdida de conciencia.

Las autoridades al pensar que había muerto, salieron a correr como unos cínicos e indiferentes. El conductor del vehículo escapó también. A nadie le interesó la sangre de aquel templario vencido. Minutos después, Marien lo levantó. Wolf tenía signos vitales, pero no decía una palabra, al parecer fingió su inconsciencia, para planear su fuga, luego esbozó un ligero gesto de risa que solo ella interpretó. Marien alcanzó a ver el conductor del auto, era Michael, pero Wolf no lo supo. La mujer tomó un servicio de transporte en auto y lo llevó a un hospital cerca a la mansión de Dave, donde fue atendido después de media hora. Wolf aseguró sentirse bien y poder recorrer la clínica, pero después tropezó y no pudo retener su cuerpo. Marien sollozó al verlo, y se hizo a sus espaldas, esperando que cayera. Wolf le agradeció, rio con dolor y aunque hubieran discutido, nuevamente se besaron. Aquella sensación sumada al estrellón, despertó en él un dolor en el pecho tenaz.

La convicción redime al pecador

Una mañana, Wolf despertó en la celda sin su libreta donde estaba terminando el guion de su película. Recordó todas las ecuaciones que su mente formuló en su cuaderno negro, cantando al compás de una hibridación musical, meditaciones cosmológicas, cuánticas y alquímicas. Entristecido por la pérdida de su conocimiento, renegó todo tipo de ayuda y confianza, renunció a descansar, esculcó el lugar del otro prisionero y buscó bajo su almohada, pero no la encontró. Su compañero de celda, el reemplazo de Karl, estaba recibiendo una visita, seguro para esconderse de él, su nombre era Heinrich. Era fácil de reconocer: miope, barbado, con acné en su cara pálida y amarillenta, y con un corte de pelo de soldado con fleco al lado derecho de su frente. Y a pesar de todo lo que Heinrich le había enseñado hasta el momento, Wolf nunca dudó de que esa persona, que llamaba amigo, no era más que un oportunista, que le traicionaría en el instante más fortuito. Ahora imaginaba que él era el espectro de su segunda personalidad atroz; era un alcohólico que cuando se convertía en bestia, no sabía reconocerse.

—Sería preferible que robara mi único ojo, o mis manos, a que me arrebatara algo que pertenece a mi espíritu. ¿Le gusta sentir esto, le gusta que le apriete la cara, le agrada? ¿Quiere que mis nudillos queden marcados en su maldita cara moribunda? —gritó Wolf enfurecido.

—Lo siento, necesitaba darle un presente a mi mujer —Dijo el insensato Heinrich, testigo de su desfachatez.

—¿De verdad lo siente? No creo que sienta algo ni por ella, ni siquiera por alguien, le enseñaré qué significa sentir, sufrir. —No habló más y apretó su brazo alrededor del cuello de él, quien respondía:

—Siempre se deben cumplir las reglas, pero a veces estas no son universales, por tanto no son convenientes. Si yo tengo algún objetivo con lo que voy a cometer, basta conocer hasta dónde voy a llegar a afectar la libertad ajena.

—¡Silencio! Yo sé que las normas inventadas son opuestas a las naturales, y sin embargo ni siquiera podemos saber qué es lo natural de esta cárcel del mundo o de la tierra. —Respondió Wolf apretando más su pescuezo, mientras el necio sujeto seguía manteniendo la cabeza erguida y sosteniendo su palabra:

—No mataría por el hecho de ser soldado y recibir una orden, a eso me refiero, aunque se hayan inventado algunas leyes, *Kant* nos habla de un imperativo, y este debe ser universal en sentido de aceptación total por parte de la humanidad.

—No lo mataré, solo quiero ver su sangre gotear, es todo, no demorará mucho. ¡Al diablo! Quien comienza una lucha sin atacar al rostro, está propenso a ser la víctima de su propio cuerpo, a ver derramar su sangre.

—Un momento, no os limitéis a mezclar la ira del pasado con otro asunto totalmente diferente y presente. Lo que os invade es una simple sed de venganza y ardor de rencor que queréis manifestar sobre otro inocente humano.

—Nadie es inocente, ni siquiera cuando nace. Habla el inocente en la cárcel, pero qué ironía, así estuviera fuera de aquí, nunca lo sería. Solo es un instinto y lo hago porque no puedo desahogarme de otra manera que también sería instintiva, mis venas no pueden oír sus caprichos.

—Pues no soy culpable de eso. Aunque me golpee no va a recuperar su cuaderno.

Respondió la víctima cínicamente. Wolf quedó en silencio un momento, caviló y lo soltó, en el suelo le dio una patada en su estómago y se acercó agarrando su camisa de seda, diciendo:

—¡Ni yo soy culpable!

Nuevamente lo soltaba, la víctima lo ofendía con simples palabras, verdades que Wolf sabía.

—Sigues a *Nietzsche* al pie de su letra y no te has percatado de su más grande contradicción, al tiempo de repudiar la debilidad,

está negando al cuerpo y por tanto también una pasión: el delirio, tenemos derecho a él.

En este instante llegaron los guardias, separaron a Wolf de su compañero alcohólico y lo llevaron a otra celda más oscura y lejana; bien sabía que por causa de su proceder podía sufrir una condena más larga. Muchos escritos de su autoría se perdieron allí, su compañero se los robó. Wolf, lleno de remordimiento, no pudo dejar de recordar el día en que fue víctima de unos malhechores cuando estaba ebrio caminando en la calle una noche junto a Charles. Era la víctima de su propia aflicción y sin saber se auto-flagelaba por aquel resentimiento y por arrepentirse de no haber hecho más, más que matarlos. Aquel día que comprobó que su libertad era un verdadero tesoro, que estar junto a su mujer era lo mejor que podía haberle pasado para sus días. Pero esto tampoco le importó, porque cada día era un bufón más de la prisión, era el asesino más demente y gracioso que existía en aquel lugar, era querido por la mayoría de personas y su nuevo estilo lo convirtió en un hombre de temer, en estos lugares era preferible ser temido que respetado o desconocido.

Desesperado el desgraciado hombre le pidió a su amor, la última vez que la vio, que lo esperara en aquel callejón sin salida que estaba en las afueras de la prisión. Eran las 12:23 de la madrugada. Los tubos de escape de donde se agarraba él para hacer barras, se habían roto, la grasa chispeaba con gran potencia, olía asqueroso y su color era algo turbio y pútrido. Decidió regar la cerradura de las rejas. Tenía dos alternativas: quedarse encerrado para siempre o huir de allí a buscar descanso.

Mientras el cerrojo se oxidaba por la presión y la acidez del agua aceitosa, las rejas se desgastaban y el metal se vencía. A las 3:33, la puerta estaba floja y fundida. Claro está que mientras lo hacía, las gotas se derramaban sobre su carne, el líquido quemaba sus poros y carcomía su piel. Era una sola noche, una larga y pálida noche, silenciosa y solitaria fuera de él, pero colmada de adrenalina en su interior. Se agachó y vio que debajo de la cama,

estaban enredados varios alambres que conformaban el resorte de aquel mueble tieso y viejo. Desprendió un alambre de allí y a medida que mojaba la puerta, introducía el alambre dentro del cierre, pronto estaría cerca de su condena o de su exención. Logró ingresar a un cuarto oscuro, donde se alojaban materiales de aseo, allí estaba el ayudante a su rescate. El guardia que lo dejó ir a ver a Marien en el callejón a las afueras de la prisión.

La transparencia en el confinamiento

Cuando Wolf estaba aún en prisión, Annie, su amiga de toda la vida, llegó un día a visitarlo y acariciando su entrepierna, le dio un beso apasionado, él introdujo su mano dentro de la blusa y le apretó un seno, así se despidieron. Ella se marchó con lágrimas y él solo sonrió. Regresó a su celda y se recostó esperando que pasara un mes. Pensaba así mientras bebía:

Extraemos lo eterno en las cosas que nos unen: la cerveza, sabor de la vida, la música, porque en ella no hay tiempo, no se dejaría de escuchar, ni se escucharía nunca en presente ni en pasado; el arte, la manifestación de una obra como extensión de un autor, como el legado de su expresión. La filosofía, algo que nunca acabará de concluirse, ni se entenderá del todo, las ideas, un océano de donde desembocan miles de corrientes, problemas y preguntas como ramas de árboles, como raíces que nunca se verán en la superficie; la salsa, el baile y el sabor de este patrimonio cultural perenne; la fotografía, la estampa que congela el tiempo en una circunstancia, que siempre fue y que nunca dejará de ser.

—Esta es una canción que hace mucho pensé en dedicarte, espero que te guste y aquí va a Capella, ayúdame con el ritmo.

Una tierna voz se confundió con sus elucubraciones, era el timbre ardiente de las cuerdas vocales de su amante Annie que empezó a cantar desde afuera y a Wolf se le aguaron los ojos. Después se le ocurrió empezar a escribir en su nueva libreta.

Todo encajaría en una idea, todo sería una analogía: la mujer, el amor, la diversión, la inmortalidad, el retorno, el retoño. Aun así, sabíamos que nuestros instintos y aquello que pensábamos decir, así sea por cometer una imprudencia o por sinceridad, fluía en algo del más allá, en una categoría impensable y absurda, porque simplemente no se limitarían a la moral del vulgo. Pensar que dejarse llevar por la corriente, estaría bien o estaría mal, no serviría en realidad de nada, nada bueno y nada malo, simplemente necesario, neutro, natural. Era aquello que queríamos tener, la sabiduría, aunque fuera terrible, horrenda; nunca podía verse lo que podía imaginarse. La naturaleza no puede ser tan solo para seres perfectos, en su imperfección está la verdadera esencia. La moral ha sido la mayor barrera de lo eterno, por siempre lo será, será el arma de las palabras, aquello que corrompe dicha fuente de expresión tan pura.

Conociendo el peligro, Wolf iba amainándose poco a poco en aquella odisea, no había algo más verdadero que este presidio, la vida estaba aquí representada, nadie era irreal en este mundo que se libraba de las garras del temor de regresar al comienzo del ciclo. Bastaba tan solo con ver a la muerte cerca, para sentir el olor de la tertulia esperada. Para escuchar la voz delicada de su mujer, Wolf tenía que hacer mucho, lo suficiente como para que el tiempo no representara otra dimensión y para que el espacio fuera rodeado por el remolino de la distancia, donde todo se mezclaría en llantos y fracasos, que daban como resultado una pequeña chispa de voluntad, el sacrificio por un nuevo contacto. ¿Qué sucedía cuando salía de su escondite? Seguramente sería para Wolf el riesgo de la libertad. Allí afuera todo era desconocido, allí donde las cucarachas y los insectos invadieran los campos de combate, en grandes masas. Era el sudor de la muchedumbre, aquel hedor de odio y miedo.

Cierto día salió de la celda para almorzar, la comida contenía un guiso seco, la carne estaba dura y cruda, el arroz deshidratado

y la papa como una roca, tiesa y sucia; y aun así fue obligado a comer, no soportó el hambre. Después de unos minutos, sintió la necesidad de ir al baño. Allí a punto de agonizar, le llegó una ráfaga de ardor en el vientre, era un hombre sin cabello, barba larga y abundante, un asesino con sed de sangre, su aspecto físico era tan parecido al de Dave, sus brazos eran robustos y estaban totalmente tatuados. De pronto, sin pensarlo, se abalanzó sobre el pecho de Wolf, la víctima empujó su cuerpo al suelo y en un segundo, la navaja del hombre reflejó el vientre de Wolf, quien con su único ojo, vio el filo dentro de su costado. Esa herida quemó su ropa, la tela se desvaneció y su color se difuminó con el ácido vino tinto de su sangre. Mientras acercaba su rostro satírico al de Wolf y daba zapatazos al suelo, el desconocido tan solo enunció:

—Saluda a la cámara, imbécil, sonríele. Baila al ritmo del dolor, que eres el artífice de tu espectáculo.

Las gotas de su tesoro chispeaban sobre el suelo y sobre el testigo de la amenaza, nadie supo por qué aquel hombre hizo tal cosa, solo lo hizo, y tampoco hubo tiempo para oír sus razones, ¿que importaban ya? Donde sea que esté un cuerpo, donde sea que haya sido flagelado, no habrá justicia para defenderlo, ni siquiera consolarlo. Miles de gritos de punición callaba Wolf, aquella opulencia angustiada del enemigo, aquella punición, explicaba su proceder. No había que esperar nada de alguien, la soledad difería de aquel camino que se tomaba para exigir, allí no había deberes, a nadie se le debía y a nadie se le pedía.

En soledad se podía ser diferente, afuera todo estaba expuesto, cada uno debía conocer su propia locura y por tanto desconocerse lo suficiente para saber hasta qué punto podría llegar. ¿De qué servía ir en contra de la corriente? Había una voluntad silenciosa y propia, una esperanza que explotaba solo en el interior, allí donde se resguardaba la fuerza del prisionero. Aquel que soporta y continúa a pesar de todas las adversidades presentes en su mundo, aquel que se declara el hombre de la tierra; que de nada le sirve callar, pero tampoco gritar, en un lugar donde denunciar no valía de nada, donde criticar significaba

un riesgo mortal, aquel debe dejar pasar, curarse con las manos sucias, infectarse el propio organismo para buscar una redención.

Se dijo Wolf a sí mismo, mientras era trasladado a una clínica local de otra sede, donde le hicieron la respectiva sutura de la herida, aunque no haya sido tan grave. Era él tan desafortunado que terminaba salvándose para continuar sufriendo. Había encontrado un auxiliar de medicina que lo veía como a un ídolo, como un hombre que superaba la naturaleza de cualquier humano, un místico realista.

–Dime, ¿cómo demonios puedes soportar tanto amigo? Yo de ti ya me rindo. ¡Eres sobrehumano!

Dijo el ayudante después de que Wolf le contó todo. A Wolf le pareció que al auxiliar le agradaban los hombres, porque se compadecía de un modo afeminado. Pero por lo menos, estaba seguro de que el amanerado tenía razón. Mientras tanto, Michael no perdía un minuto grabando su cinta con cámaras escondidas dentro de la prisión. Y Wolf trabajaba en el final de su historia.

15 de noviembre del 82

Sangro menos de lo que por ti siento. Necesito tu calor, tus suaves manos que acaricien mi vientre, que cierren esta llaga. El hombre es sometido y domesticado por su amor, el hombre aprende con su dolor. Es usted mi dolor, quien me clava este puñal, que quema la herida, hace sentir más mis órganos, me hace vivir, me acerca a la muerte. Gracias le doy, es usted mi enemigo, es usted a quien agradezco como a mi cuerpo por tenerme y no dejarme. No me abandone, arrebaté mi sangre, pero devuélvame a sus besos.

Así llamaba el hombre a su amor: un signo de sufrimiento. Ya no aguantaba más su ausencia física, necesitaba un descanso y eso se iría a buscar. Ella lo visitó de sorpresa, nunca volvió a sentir la

dicha que había sentido.

–Marien, me recuerdas que vivo, me siento más al sentirte más cerca, me examino; me invitas a mí.

–¡Deja tu locura! Oye, no creo poder resistir tanta distancia.

–He sido egoísta al haber acudido, no he pensado en ti, sino en mi serenidad, mi gracia, ¿pero, acaso no eres eso y más para mí? He esperado hasta la misma paciencia y aun así no has llegado con ella, me he encontrado con la perseverancia, pero no era a ella a quien buscaba. Pronto terminará este capítulo, nos esperan muchas andanzas en este libro, solo queda aguardar a que el tiempo y la distancia se vayan juntos, solo así volveremos a unirnos mejor que antes, como lo hizo el destino. Lejos de ti estaré si lo necesitas, sin tu cuerpo te amaré, te amaré en el olvido y en el bosque perdido, solo me iré. Búscame allí, donde no esté: más que dentro de ti, donde nunca me vaya, en tu pensamiento; de tu memoria no me escaparé, acompañaré tus recuerdos, mientras construyo mis fantasías y edifico mis ideas, gracias a ti. Mi querida Marien, me darán de alta la próxima semana y me llevarán a otra sede diferente, ven aquí te cuento un secreto. –Wolf susurró algo en su oído. En ese momento, se acercó ese hombre abultado con cabello andrajoso y anteojos que Wolf odiaba tanto.

–Al fin nos encontramos de nuevo no Wolf. Tengo una propuesta para ti. Como ves, te queda difícil fugarte.

–Eres un desgraciado Michael, todo fue obra tuya. Y tú, mujer, ¿cómo pudiste? ¿Qué has hecho con lo que te he confiado? ¡Ahora me dirás que te enamoraste de este imbécil! Estupendo, siempre echando todo a perder.

–Escúchame Wolf, es tan fácil salir de aquí, permíteme explicarte. Solo debes darme la última parte del guion en el que trabajas ahora y lo haremos todos juntos, a tu voluntad si así prefieres.

–(Risas) Solo eso. Déjenme solo, ‘lo pensaré’. Miren cómo lo medito: ¡Om, Ooom Ommm!

Marien dijo algo en secreto a Michael, Michael abandonó la conversación, fue retrocediendo a la salida con Marien mientras sonreía sarcásticamente. Wolf colocó sus manos en posición de Mudra budista. Luego exclamó abriendo su ojo de repente:

—¡Lárguense de una vez infelices! —y soltó su dedo del medio señalando la salida.

Lou siempre había sido su personaje Marien, siempre había actuado, nunca fue Lou.

Los prisioneros de la inocencia

La libertad podría pensarse en términos equívocos como la venganza de la mayoría, bajo el hecho de cometer el mismo error de la minoría. Cuando un prisionero se alza rebelde a favor de su emancipación, suele perder el control y repetir en una barbarie lo que antes ha hecho la autoridad. Se afirmaría entonces que ya existiría una libertad humana, que viola el derecho a la vida. Solo en la libertad de cada uno puede haber una igualdad. De nada serviría revelarse afuera, la única esperanza es una revolución interior, es el único remedio de la soledad. Exigir al cuerpo escapar, sería negar la libertad. No hay causas, ni efectos, simplemente todo pasa en segundo. Y todo pasaba así: la misma noche tan larga, se desvanecía en un parpadeo, el tiempo no valía, no importaba, ni siquiera la distancia, solo la supervivencia, la fortaleza, la resiliencia y la costumbre al sufrimiento. El dolor es aceptado, es una herida que de inmediato se torna cicatriz.

En aquella etapa de su vida, que por cierto era tan miserable, Wolf se sentía como un pobre diablo y así lo veían las personas que creyó que lo amaban; la mayoría de sus familiares lo negaban, se olvidaban de él, hasta lo abandonaban. Solo había una persona que lo aceptaba como era, la mujer que sabía todo de él: Annie, su mejor amiga de la infancia, su compañía, era lo que necesariamente debía ser, algo eterno y sublime, lo de ellos era más que

una relación, más que una amistad, era una entrega, una combinación de almas y figuras perfectas en dos cuerpos. Todo había de verse en ellos. En aquellos tiempos de hambruna, ella llevaba lo necesario para que él sobreviviera: los platos que ella preparaba con tanto amor. Lo visitaba cada mes y constantemente hablaban y recordaban a los amigos desaparecidos, siempre que estaban juntos, se preguntaban por la vida, recordando el valor que nunca olvidarían: la fortaleza. A veces la presentaba a otros como su discípula, quien lo complacía en la mayoría de sus caprichos.

—No los olvidaré, mira, hice un grabado para ellos en mi hombro, Jean Paul es el fénix, Charles el escorpión.

—Se te ve hermoso, con esto los recordarás. Es uno de los infinitos símbolos que te unirán a ellos.

Exclamó Annie con su tono de ternura.

—No lo he hecho para acordarme, no temo olvidarlos, el miedo vuelve real el futuro, independientemente de la existencia de esta forma eterna, ellos nunca se escaparán ni un día de mi mente.

Wolf buscaba la vida auténtica y perseveraba para encontrar el tiempo preciso para llevar a la luz lo que de ellos sabía, esperando el *Kairos*, el *tempus opportune*. Annie había perdido la cuenta de las veces en que había ido a visitar a Wolf para que la deleitara con sus historias en prisión. Wolf prosiguió, relatando algunas experiencias extraordinarias y luego rememorando otras que tenían mucha relación.

—A los seis meses de estar aquí encerrado, tuve un amigo, Karl, con él lográbamos recolectar dinero tallando diferentes dibujos en la piel de los demás prisioneros, herederos de los pecados. Yo había aprendido por mi padre a hacer dispositivos electrónicos, me interesaba mucho la mecánica, así que logré fabricar con mis manos y con algunos accesorios y herramientas, una máquina para tallar con motor incorporado, los materiales los traía un amigo de Karl, las tintas, el motor, las agujas, todo. Karl era un drogadicto, pero rendía demasiado en el trabajo, mientras él

compraba drogas con el dinero, yo compraba comida, ya sabes, lo más importante.

Me decían *Artista*, y a él, *Adepto*, así creamos el movimiento *A.A.* Recordé cómo a Andrew Tesla el inglés, hermano mayor de Jean Paul, le decían *Poeta*. Alguna vez me visitó con el único fin de relatarme sus historias en la cárcel y decirme que me comprendía: Aquellas fechorías de los prisioneros, esas repugnantes tácticas ingeniosas para expender droga y para ingresarla sin que nadie percibiera. Esos denigrantes ataques sorpresivos hacia los deudores y los que proporcionaban información confidencial de los ladrones y traficantes. Sangre en las celdas, sangre de agentes. Sobredosis, virus, violaciones y más sucesos ridículos y graciosos. Al menos nosotros éramos los únicos que hacíamos bienes para los demás y aun así quedábamos como esclavos de los adictos. Yo también pintaba cuadros, Andrew escribía poemas para las madres y las parejas, todos le respetaban y le pagaban lo justo. Karl por su parte seguía manteniendo el negocio de la heroína, pero él me contaba que no consumía: *¡Solo bazuco!* —Decía.

Cariño, justamente ayer vi morir a un guardia y también vi cómo agredían con una daga a uno de los presos, por abrir la boca contra el atacante. La víctima no murió, el guardia que lo llevaba a su celda sí. A la madre del criminal la asesinaron hoy, por decir la verdad, él está traumatizado. Todos estamos ahora a la espera de lo peor, de una catástrofe, pero tendremos paciencia mientras pasa el día, en la noche casi no podemos dormir, la locura se desata en cada celda.

—Qué impresión. Quisiera que te quedaras conmigo hoy, te extraño. Te traje algo que te va a gustar, escóndela bien, tómatela muy despacio. Oye, pero, ¿qué sucedió con Karl?

—A Karl le quedan 50 años y tiene apenas 30. Fue amenazado, al parecer lo descubrieron. Antes de que lo trasladaran, me dijo lo siguiente: *en este lugar siento como si estuviera muriendo en una silla eléctrica, pero sin temblar*. Lo único que le agradezco es que prometiera ayudarme a salir de aquí, quedándose encerrado más

años, para que me reduzcan la condena. Sí, él ya se resignó, sospecha que morirá aquí.

–Amor, déjame contarte algo.

–Dímelo hermosa.

–Lou te engaña. Parece que es cómplice de Michael. Siguen grabando sin ti algo que no está en el guion.

9 de febrero del 82

Marien fue a visitar a Wolf, hablaron tan solo por un momento, Wolf tenía hambre, ella le trajo un ponqué que le hizo la mamá.

–La valentía de un hombre no enmascara el coraje de la mujer en la cual se esconde.

–Te odio, me has dejado desamparada.

–Siento el hedor de la tristeza, al fin, qué indispensable asquerosidad. He dejado de ser alguien, para no ser, para ser nadie. Solo por ellos seré alguien, solo por ellos seré grande, porque ellos lo harán por mí, yo no haré nada, nada más que escucharlos. Pero es tan difícil, todo ha cambiado.

–Es normal que te sientas así Wolf, ahora no todo será como antes.

–Es inteligible lo que se piensa sin sentirlo, es incomprendible lo que se siente, sin ser aun consciente. Siento que cuando más exhausto estoy de todo esto, es cuando más energía tengo para continuar, es vitalidad, es un vicio vivir y sentir. ¿No te parece?

–Así es, le ganaríamos al tiempo, a la magia, al destino, a la distancia, al olvido.

–Oye preciosa, espero que en la distancia nos encontremos, que el final de tu camino sea mi comienzo. Espérame allí, tan

lejos como puedas, huye, que al darle la vuelta al mundo me separaré para tomar tu mano.

—Sé que han sido días largos amor, pero espero que tú sepas que aunque no esté, voy a acompañarte cada segundo.

—Espero que este aislamiento sea para nuestro bien o por lo menos para el tuyo.

—Lou, lo hizo perfecto, me encanta su papel de Marien, definitivamente es para usted, no hubiera podido encontrar una mejor. Agradezco su ayuda. Wolfgang no se enterará de esto hasta que sufra unos días su confinamiento —le dijo el Director de cine Michael Angelo, a Lou cuando salieron de la cárcel.

Aquí en la cárcel, detrás de estas rejas oxidadas, por fin me siento más libre. Sabía que algún día me llegaría este momento. Aquí los aromas putrefactos se vuelven más puros en mis sentidos. Son olores de nuestra naturaleza hostil. Aquí me encuentro más cerca de mis espectros. Aquí me siento más humano, más seguro en mi perdición. Aquí el hambre me devora hasta las entrañas, el frío quema mi piel, mi cuerpo se traga hasta mi propia carne. Aquí mis lágrimas no brotan, porque la compasión no me salva. Aquí he de aprehender mi propia voluntad. Pero aquí no he de morir, aquí lucharé, me golpearán, me humillarán, me harán ver débil. Pero al final me volveré más fuerte. Las paredes, el suelo y el techo siguen siendo ásperos y fríos. Cuando vuelva a mi hogar besaré a mi amada. Todo será diferente, amaré mi aposento y le daré más valor a todo. Pero aún no puedo, por lo pronto, he de cumplir mi maldita condena. Han de herirme y he de maltratar, han de odiarme hasta intentar asesinarme y solo yo me defenderé, porque ya no tengo a dónde huir, más que a mi espíritu.

Estos escritos eran los que le dictaba Charles desde su mente esa madrugada, esos instantes en que el escritor no podía dormir, porque las palabras le venían a la cabeza como estrellas fugaces, que no debía olvidar y que debía imprimirlas en las cartas. El día en que Wolf estaba cumpliendo años, Charles apareció dentro de su celda. En todas partes sentía Wolf su curiosa sombra. Echan-

do miles de vistazos a su alrededor, hasta dejar su ojo fijo en los de su víctima. Una vez más era arrojado al suelo. En un instante abrió su ojo y miró hacia una gotera del techo que terminaba azotando su cabeza a punto de estallar de desesperación. Gritando: *Perseverancia por la libertad, amarga emancipación de la locura.*

El Monólogo de la consciencia

¿Sabes algo amigo mío? Te debo mi existencia por tu esclavitud. Ya era hora plena para que me dejaras hablar, yo soy tu consciencia, no escuches mi silencio, y menos aquí en esta celda. Eres tú, somos nosotros un terrible animal. Encierra tu libertad y no me aprisiones más, aquí tras estas rejas me siento más vivo, al fin puedo ser yo fuera de ti. Cuando salgas de esta atenuante mazmorra, seré de nuevo el mismo ser absorto, pero olvídate, por lo pronto afrontaremos nuestro crimen como unos libertinos negligentes. Ha llegado la hora de ser justos ante la corrupción que se arrebató allá afuera. Allá donde los dos somos libres, allá donde podemos ser dos en uno. Nos encontraremos. No estarás solo si no me abandonas. Allá nos golpearán, nos amenazarán para cometer unos cuantos delitos más y ni siquiera las autoridades nos defenderán. Mírame pues con ojos viciosos, tal como soy: un ente insano, un sujeto impuro. Soy tu potestad, no me ates. Has muerto en ti, ahora vives en mí. Hazte presa del deseo y así descubrirás que al fin y al cabo serás mi víctima, pero no dudes, confía en mí, que aunque sea tu demonio, puedo decir cuanta verdad me venga en gana para hacerte caer en cuenta, (es menester hacer un paréntesis en este aspecto para especificar lo que Wolf comienza a entender, se hará referencia a su amigo Dave, aun lo recuerda por su cínica sinceridad y su carácter bizarro de expresar todo tal y como es, se ve, se siente y se identifica con él), que tu vida no es más que un instinto y que tus impulsos llevarán a conocerte y a descubrirme. No me ocultes en las noches, no me encubras bajo tu cuerpo, si juntos hemos de mirar la luna llena y no escapar como lobos, tendré que quedarme en ti, si huyes no saldré tras de

ti, entonces tendrás a un débil hechicero.

(En esos momentos Wolf levantaba su mirada al cielo pintado por él mismo, en su cárcel, que no era más que el techo lleno de manchas blancas. Invocó un sentimiento de nostalgia por su extraña condición, le hacía falta su amor, pero sabía que ya no podía estar cerca de ella, su destino lo había escrito él mismo, su locura había descrito el objetivo de su amor: sentir más su emoción, volverse débil, congelando el sentimiento de su amada).

Tú serás mi existencia si te ensimismas bajo el frío del acero, bajo tu lecho, tu soledad. Ahora este es tu hogar, en la penuria de mi esencia perenne es donde perdurarás y crecerás. Adelante, ármate de valor, somos ahora un guerrero, porque aquí no solo vive uno. Yo tengo más fuerza, pero tú más agilidad. ¿Qué esperas para desatar mi desesperación? Ahora sí te pediré que me agarras con fuerza y me sueltes con esperanza, pues aunque nuestro cuerpo se desarme, nuestra alma se hará notar más. Solos los dos engendramos transparencia, esta es ahora mi realidad y tu condena. Ríe y escupe la sangre al enemigo, búrlate de la injusticia. Que nuestra guerra sea un total frenesí, que la vida se sienta tal y como es. Aquí no existe misericordia, la compasión es de la muerte, mi cercana perdición; no inventes creencias, no creas en la fe. Mírame como algo visible, así ni siquiera puedas palparme, pero aunque sea podrás escuchar mi áspera voz desde la tumba que hay dentro de ti. Puede que hagas un sacrificio por mi bien, porque ahora soy el mismo dios que te abandonó, quien te regaló la carga del resentimiento, la culpa, que es tuya, mía, nuestra y de él también, de mi redentor. Anda, devora nuestros órganos, vomita nuestra carne, desgarras nuestro pecho, destroza nuestro corazón, porque es el hambre y el frío de afuera, el demonio y el dios que nos devora y nos mantiene aquí, cautivos y perdidos. Ahora bien, dime si puedes percibir el aroma de mi piel, este olor a putrefacción es la muerte que nos espera y nos persigue sin rendirse. Pero dime, ¿acaso para que algo deba cansarse, no ha de tener cuerpo?

Esto mismo es la pudrición, lo que exhala nuestro cuerpo envenenado por la misma enfermedad biológica que heredó nuestro enemigo, aquel que asesinamos sin rencor y lo aceptamos sin remordimiento, porque al fin y al cabo debía ser nuestro complemento, el gemelo antagónico. Ahora estamos enfermos mentales, la demencia nos invade y es este el mejor camino que hubiéramos podido desear. Mi conducta no es de cuerdos, es el cuervo quien nos mira ciego en derredor, está aquí y allá, se llama Frenesí y es el mártir que hemos traído a esta cueva sin orificio para respirar, solo para oler el sabor de la naturaleza humana desamparada por la luz del sol, aroma tan miserable y hostil como el de un carroñero. Y aun así esto nos parece hermoso, esto nos encanta y además de hechizarnos, nos desespera y nos hace ser el bufón desconocido y olvidado, un sarcástico enamorado de la vida, en su misma ausencia, amantes de la libertad, aun cuando no haga presencia. Tú y yo podemos serlo todo, ser uno en los demás, en los otros de nosotros mismos. Tú con los sentidos puedes herir, yo con mis instintos puedo curar y cuidar el Espíritu. Este es nuestro trabajo ahora. ¿Qué otra felicidad quieres? Aquí no hay límites para el peligro, aquí no hay barreras para el riesgo, aquí no hemos de ganar, ni de perder, no nos queda más que entregarnos.

Dulce crimen, amargo castigo

En una madrugada, la policía llegó a la casa de Wolf que quedaba cerca al lago. Wolf estaba sin camisa y unas gotas de sangre se le habían traspasado a la piel. Explicó inmediatamente: “Yo solo me defendí, pero se me fue la mano o más bien el palo”. Por honestidad, le fueron perdonados varios años de condena y porque las autoridades estaban en la búsqueda de los ladrones, le recompensaron con menos años. Sin embargo, debía cumplir su condena encerrado en una jaula, quizás eso era lo que quería desde el momento en que su vida se vio influida por la tristeza

más honda, tan solo para valorarla más. Eso lo obligó a ser más fuerte, después de sufrir, tuvo que ser valiente para convertirse en un hombre sabio y lleno de soledad.

Marien suplicó llorando:

—Quiero ir contigo, no tienes mi permiso para irte, quiero estar junto a ti, quédate cerca, te lo ruego. ¡Exijo una cárcel mixta!

Pero ante ello no había nada que hacer, era tanta la terquedad de Marien, que no quería aceptar nunca las desgracias, pues ella veía el mundo a la perfección y por eso en el más mínimo rastro de infortunio, su vida se desmoronaba y su fe quedaba en un segundo plano.

—Querida, ahora no puedo, debo pagar. La culpa es mía y de nadie más, ni de tu supuesto dios. Solo sé que yo tengo el cargo, yo los he asesinado, los he abandonado, no los he protegido.

—No es justo, tú no eres adivino, no sabías que esa tragedia ocurriría. Y no los dejaste solos, los dejaste juntos, así tenía que pasar. Amor, la única forma de que tú los hubieras matado a ellos, hubiera sido de risa, nada más.

Wolf siempre confundía a sus víctimas con conocidos, creía ser culpable de la desaparición de sus allegados, más que del crimen que cometió.

—Gracias mi cielo, ahora tengo que irme, pero no te dejaré nunca, ni siquiera cuando tú me olvides —afirmó Wolf con un gesto necio.

Marien respondió destrozada:

—Agradéceme cuando me cueste hacerlo, así nunca tendrás que agradecerme, no quiero que vayas. Hoy y cada día estaré contigo.

Wolf le había prometido escribirle mil poemas, así cuando saliera ya tendría un libro listo para ella. Pero no fue así, desafortunadamente muchos apuntes y memorias fueron arrebatadas, robadas por despreciables líderes mujeriegos y rebeldes. Miles de

horas tuvo Wolf para sentirse más acompañado por sus muertos que por los vivos. Sabía que no le quedaba más que volverse fuerte, competir con otros delincuentes. Los ladrones le obligaban a quitarse la camisa, lo desnudaban y lo hacían trizas. Cada día en su mazmorra hacía cientos de ejercicios, para vengarse de los que alguna vez lo ofendieron. Salía al patio, levantaba hasta el peso de sus enemigos con los brazos, así lo respetaban y así se volvió más temible ante ellos. Tuvo que volverse un verdadero hombre, miserable y egoísta. No había razón para no ser peor que los demás. La venganza y el rencor no eran calificados dentro de una ética. Esto era otro mundo. Este era un día menos, aquí pasaban las horas retrocediendo, se contaba el futuro como pasado, rebobinaba cada grabación de la memoria de aquellas andanzas llenas de miedo. La fobia que fue únicamente una decisión: el capricho de no sentir odio.

Quien no teme, no imagina la adrenalina, sino la siente, como cualquiera que quisiera drogarse con el fluido de su cerebro, aquí todo es inverso, contradicción, y ya quien no se contradice, simplemente no sabe de la vida, y mucho menos de la verdad.

Reos buscados

Era la época en que Wolf vivía en Italia con Marien. Y cierto día eran las 11 de la noche. Wolf salió de la mansión de Dave. Estaba caminando solo en la penumbra de una calleja, desolada y nublada, camino al lago del bosque donde vivía la familia de Charles, entonces se topó con dos ladrones que se le hicieron conocidos e intentaron golpearlo con un tronco, querían tomar su vida en vez de sus pertenencias. El hombre mártir vio la luna acercarse. Fue entonces cuando el demonio salvaje se posesionó en él.

Era Charles quien ahora lo ayudaba, tal como lo hizo aquella noche en la que vieron a esos mismos maleantes miserables. Wolf

con sus propias manos ásperas y secas se desató de las llagas del peligro, elevó su furia y atacó a los ladrones, tumbó uno al piso y le dio cuantos puñetazos pudo, mientras el otro por detrás lo amenazaba con quebrar su cabeza con un pedazo de madera, fue cuando sus piernas se enlazaron con las del maleante y él cayó tendido sobre el cuerpo de su compañero. Les dio las patadas que pudo en sus costillas, tomó el tronco y golpeó sus cabezas con él, al ver la madera llena de sangre y su ropa salpicada, reaccionó y los empujó al lago. Salió a correr, bajó la colina, atravesó praderas muertas y ramas que ataban sus pies, como esposas que lo ajusticiaban. Se desplomó en un charco y la sangre de los malhechores se resbaló hacia el agua con un flujo instantáneo, tal como la desaparición de sus allegados.

Quedó en el suelo enredado durante unos minutos y luego vio los cuerpos cadavéricos que lo perseguían deslizándose rápidamente en las aguas del lago. Mientras la imagen pasaba con lentitud sobre sus ojos, su mente le jugaba una broma y se manifestaba de nuevo el cuadro inerte de Charles y Paul derribados. Las formas se adueñaban de otros cuerpos que en la corriente se iban hundiendo y esa escena fue como esa última estampa que pudo retener su alma, marcándola con tanto dolor en el pecho. Una y otra vez paseaba por su mente la idea de un crimen, el que se confundía y se combinaba con la lluvia de aquella noche, en la que no supo culpar a nadie más sino a él mismo, ni siquiera a Charles, sino solo a su estado de ebriedad, que le hizo olvidar lo que ya le habían advertido, que protegiera a su amigo Charles del peligro.

Charles estaba muy cerca de la muerte, era un amante del dolor y adicto a la tragedia, pero aun así no le interesaba su vida, ni su seguridad, cada noche que se veían, Wolf lo acompañaba a su hogar, lo llevaba en sus hombros junto a Paul después de perder la conciencia por el alcohol. Al siguiente día no salió, se dedicó a escribir. Entrada la noche, Wolf se encontraba en su alcoba y Marien leía el periódico. Ella se durmió con el periódico abierto,

Wolf le echó un vistazo, una noticia hablaba de dos ladrones para los que se les ofrecían recompensas, eran ellos, los que Wolf asesinó. Sin embargo y como si ella escuchara, él le contaba con detalles la gran aventura, con risas y chanzas absurdas, le decía al oído:

–Amor, tendré que ir tras las rejas.

CAPÍTULO XII: NUEVE SIGNOS CONEXOS

Había sin embargo en Wolf una inspiración, un mensaje divino, que venía más allá del vientre de su madre, que suspiraba anhelando que su hija perdida fuera algún día real. Bastaba con cerrar los ojos, resignarse y no verla, para creerla real, para entender que era invisible, pero Wolf solo tenía un ojo. Su hijo mientras tanto escuchaba el vientre con atención, era un signo que se hallaba olvidando las memorias y esos sonidos eran como escuchar cada nota de una sinfonía clásica, de aquellas que Wolf amaba escuchar. Era en su inconsciente donde escuchaba desde la lejanía, una voz de mujer muy fina, una micro-tonalidad de la naturaleza de su alma, de una imagen que se inventaba con su talento. Ciertamente era aquello que el hombre sabía interpretar, el canto de su hermana inexistente dedicado a su amigo italiano. Wolf se convirtió en una eminencia del piano, un amante de la música barroca. Entró a un reformatorio italiano para culminar sus clases como un prodigio. Algo que impulsó aquel logro fue que desde muy niño poseía una facultad: el oído. Un sentido que se fortalecía más con la pérdida de otro, una ley de la manada de los leones. Milagrosamente la pérdida parcial de su vista significaba una recompensa para él, podía ver la realidad invisible y compararla con la ilusión. Lo que significaba el despertar de la madre cada mañana, era un vacío de abundante opresión y dolor en sus entrañas, era el mismo indicio de la tragedia de su hijo por la ausencia de sus amigos. En realidad, algo comúnmente olvidado era la nostalgia: ignorar lo que tras una generación no sería heredado, y lo que se desconocía, era una falta grave.

Un día Wolf estaba en el cementerio fumando un puro al lado de las lápidas de Charles y Jean Paul, allí reconoció a un noruego de apariencia diabólica, robusto y no muy agraciado, de cabello oscuro, crespo y largo, de contextura ancha y de mirada sublime.

El cementerio se encontraba cerca al reformatorio, allí Wolf vio al joven que llevaba una guitarra.

–Buenas tardes señor, vengo de parte de Novella, quisiera platicar con usted, quizás la conozca –dijo el hombre robusto. Wolf respondió asombrado:

–¿Michael Orff?

–¿Wolf?

–¿Vino a visitar a sus amigos?

–Sí, ¿usted también?

–Sí, no sabía que conocía a Novella, la hermana de Charles. Se me apareció en un sueño, le cuento que hace mucho no sé de ella.

–Ella está mejor, se ha recuperado, la correspondencia que usted le dio, le agradó mucho.

–Me enteré que tenía una enfermedad, entonces decidí ayudarla, con todo esto que ha pasado, lo mejor es un detalle de mi parte.

–Muchas gracias, ella dice que usted es un buen hombre, un buen amigo.

–Fiodor y Frank siguen siendo grandes amigos para mí. Supongo que los conoce, ¿verdad?

–Claro, aún estoy en contacto con ellos. Vamos a conversar, el césped nos espera. Me gusta la música celta y la vikinga, ¿quisiera compartirla conmigo?

–Sí, qué casualidad amigo, a mí también me agrada mucho ese tipo de música.

–¿Le molesta si fumo un cigarrillo a su lado?

–No hay problema Mick, bien pueda, para ello estamos, para escuchar y ser guiados.

Sincronismo Cósmico

Era el otoño del año bisiesto, otro signo de comunión cosmológica e infinita entre una sabiduría divina y la intuición sacra de dos espíritus intelectuales que se encontraron por azares significativos para recibir un mensaje. En el instituto había un árbol que sujetaba el techo del cielo y derramaba sus lágrimas secas, trayendo escritos traslúcidos a un hombre que con honor contaba sus correspondencias del más allá, era Michael Angelo Orff, un joven alegre y noble, era quizás la persona más sensible, fuerte, solidaria y pacífica que Wolf había conocido. Sus dioses desde aquel momento estaban acompañándolos desde la civilización ahogada, el paraíso sumergido en Los Polos. Ahora serían sus amigos quienes los guiaban desde la otra dimensión. Era una paradoja: caminos distintos, fines encontrados, compartidos; Wolf y Michael Angelo se esforzaban por hallar el significado, esperando los rastros místicos del secreto rúnico. ¿Sabrían algún día que los signos y las formas simétricas talladas en el árbol, traerían en las hojas trituradas, distintas palabras, números, nombres, frases y hasta profecías? En un cementerio italiano se hallaban, bajo un árbol que parecía anhelar quedarse seco y con sed. ¿Quién esperaría que viniera el cuervo a tomar sus últimas ramas? Rápidamente pasó el tiempo en la tierra, las nubes viajaban velozmente, ni se veía la noche, era un sentimiento bohemio, que recordaba a Jean Paul como el método predilecto para indagar y profundizar en aquella versatilidad del mundo. Los años pasaban ágiles, aunque en el otro mundo, transcurrían segundos. Cuando antaño pasaban décadas, dejaban cada vez más alimento a la tierra, Charles y Paul fueron enterrados y atados al suelo, dos espíritus llenos de serenidad y libres en el viento, volando por los cielos, dos almas llenas de tranquilidad. En marzo del 81 llegó ese nuevo día, el 29, día en que Wolf y Marien se comprometieron a estar al fin juntos. Recordando esto, Wolf veía el césped rojo con su ojo áureo, mirando la naturaleza sin un velo que escondiera los colores reales, sin luz. Al cerrar su ojo, vio el fuerte color naranja

con el brillo del sol en su párpado. Los ojos de Michael se irritaron y como en una pintura, salió Charles, ciego en su sabiduría ardorosa, como si todo lo viera real y lo supiera, como si pudiera callar al destino y ocultar su conocimiento auténtico del mundo. Parecía ser un demonio, quien pintaba en los retratos sus ojos, sin saber que tenía una venda sobre ellos, era la tela del espectro que lo acompañaba. Los nuevos amigos sintieron ansias de alcohol por visitar a Charles. Después de unas cuantas cervezas, cerca de una iglesia abandonada, fueron a tomar café, Wolf le contó a Michael que estaba locamente enamorado de una dama, se acordó de ella por aquella Gran Capilla que llamó tanto la atención de sus observadores por su hermoso jardín y sus efigies icónicas de los maestros bíblicos. Esta dama era con la cual esperaba casarse muy pronto. Hubo un silencio, un instante incómodo, el momento oportuno para que Michael interrumpiera preguntando:

—¿Fumas?

—¡Maldita sea cuántas veces debo decirte que no!

Wolf respondió furioso, mirando fijamente los ojos de Michael quien pedía excusas con rostro lastimoso. Recordó el gesto que hacía Michael aquel día lúgubre y mágico que pasó una vez junto a Marien (parecía que él fuera quien estuviera acompañándola, celoso de Wolf).

—Perdón, se me olvida. ¿Wolf, qué haces para no sentir dolor?

—Escribo. Convierto mis lágrimas en letras.

—¿Qué escribes ahora?

—Sigo con la novela Mick.

—¿La leeré completa algún día?

—Tal vez Mick.

Wolfgang nunca se la compartió, prefirió contarle sus andanzas, creó una historia enamorándose de ella. Su error era evidente: creía el relato como algo real, se había sumergido tanto en él, que dejó que su personaje la amara por él. Transcurrieron largas

horas, Michael parecía no prestar atención, Wolf le amonestaba y empezaba a narrar.

El agua adormece, el amor ahoga

“Llegué al fin a la compañía de esta hermosa dama una noche, era ella con quien tanto había soñado estar, en realidad, iba a ser la elegida por mis sentimientos instintivos. Esta apuesta señorita de ojos negros y brillantes como gatos en medio de una noche lunática, cabello oscuro y liso, que se confundía con su traje de luto, labios pequeños y suaves como algodón, cuerpo grácil y fino como el paisaje de las montañas al alba; esa mujer me mataba. Aquella noche en que Marien estaba en su casa Mick, yo llevaba puesto un traje de paño. Eran los días más tristes y grises de mi vida. En el bolsillo de mi gabán llevaba una rosa roja intensa que se combinaba mágicamente con sus labios finos y dóciles. Al bajar las escaleras del castillo, descendimos en busca de nuestros deseos. El amor nos llamaba para unirnos en un número infinito. Sabíamos que desde que nuestras manos se cruzaran como escaleras en espiral, formando una paradoja, inevitablemente nos reencontraríamos una y otra vez. Recogí del suelo un pétalo rojo y se lo entregué a ella. Recibimos del techo una misteriosa señal, la razón de comunión, un beso. Estábamos entonces en el primer piso del Templo. Era una parroquia distinta a las demás, una iglesia espectral, donde las arañas se mecían en las ventanas, donde no había indicio alguno de cielo, donde reinaba apenas el bosque de pantanos, la neblina celeste, los árboles secos, el arroyo sediento, las rosas negras, las columnas agrietadas, las pinturas de arte rupestre, los grabados de sangre y los restos cadavéricos de insectos podridos. El hedor abundaba en cada rincón, sin embargo, nuestras manos atadas veían la salida con el haz de luz de los anillos, era una puerta del número eterno. En una de las puertas, nos esperaban dos caballos blancos de ocho patas, para transportarnos a un paraíso psicodélico. Debíamos acertar, adivinar el cuarto de la redención. ¿Sería el cuarto?

–No tengas miedo querida, nuestra luz nos hará vivir, todos los insectos desaparecerán.

–Has dicho. Lo malo es una excusa para tener algo bueno que contar.

–Así es cariño, estarás a salvo en mis brazos, dame tu mano y daremos vuelta al mundo.

–De tu mano hasta la eternidad.

–Y si me dejas le daremos la vuelta también a la eternidad.

–¡Espera! ¿Escuchas? –se oían pasos–. No estamos solos, alguien nos observa.

–No somos perseguidos, confiemos.

–Querido, es en serio, tengo miedo, alguien quiere entrar, golpean las puertas, se oyen pasos en la oscuridad.

–Sigamos, es nuestro sueño, nuestro templo. Recuerda, entre más inmersos estemos en esta ilusión, más real y verdadero será nuestro amor.

–Dormiré, estoy cansada, te espero en el limbo. No te acerques tanto al riesgo.

–Tranquila, te cargaré, estarás segura. Quien no conoce el peligro no es capaz de zafarse de él, prometo que no me alcanzará.

–Y yo correré, no me dejaré alcanzar por la muerte, lo haré por ti. No pasará, estoy cerca, pero me escaparé, huye tú también.

–El transcurso del tiempo nos permitirá avanzar hasta el siguiente nivel, recuerda que somos cuatro, buscamos la alcoba que exceda al doble nuestro ser, cada hora y cada día perseveraremos hasta hallarla.

En la mañana, abrimos una puerta blanca, allí había una torre. Ella entró a rezar a su Dios, mientras yo la esperaba en la entrada. Pero algo inesperado hizo que traspasara la puerta, era una aparición. La arena blanca absorbió con su presión y calor mi cuerpo. Duramos encerrados en el santuario todo el día. El contacto

constante no nos permitió conciliar el sueño. Nuestros cuerpos se enredaron en ramas ásperas y gruesas de árboles submarinos, con raíces atrapadas en el fango transparente de un arroyo bajo el mar espeso y puramente contaminado. Un rayo púrpura cruzó nuestras vestiduras, desnudándonos a su paso. Emanaban destellos del final de un túnel, una ilusión mística semejante a un arcoíris. La luna se veía negra desde las profundidades. Desde un ángulo adverso, una tinta magenta del rayo que alumbraba en derredor se mezcló con el azul celeste en un eclipse lunático. Era el recuerdo de Charles, con sus ojos, quien desafiaba una vez más la mirada de Jean Paul, coronado con una aureola boreal, y su espíritu resignado y desconsolado iluminaba la silueta color cian de la espalda de su enemigo, por miedo a encegucer a los cuerpos moribundos que en el suelo se hallaron, atraídos bajo señales numéricas y pasionales.

—Toma mi mano.

—Junto a ti permaneceré perdido, te hallaré y me veré, no soy del todo ciego, siento todo y aunque estemos encerrados en este templo permaneceremos libres y atados de manos, con pies enterrados en las raíces del suelo. Hemos descendido, hemos comenzado, nos espera un arduo camino, cada escalón es un destino, las horas son instantes que se olvidan. Aquellos detalles que observamos no son efímeros, son curiosos signos. Pisamos huellas que nos guían, en la arena negra.

—Solo un haz de luz nos llevará, solo en tus manos está la vela que ellos nos han enviado: un obsequio de inmortalidad.

¿Qué había pasado, acaso me han dejado solo, he sido víctima, no de mi propio invento, sino de una fantasía ajena, es el amor ideal? Me interrogué. Tal vez aquel amor nació solo, se construía sin necesidad de amar, sin necesidad del cuerpo. Indudablemente me quedaría encadenado y estaría en soledad. Escuché en el hondo castillo negro una voz llena de eco, al parecer de una mujer, era otra fantasía:

Usted preocúpese solo por vivir solo, porque morirá igual, no busque el amor afuera, no se lleve más sino su vida, usted es usted, los demás son el resto, los restos, ámese y no se entregue, no se olvide, no se una más que a usted, usted es el yo, yo soy usted, deje vivir, deje morir, deje ir, deje volver, solo sea usted y si solo está usted, mejor vaya a donde usted está, entréguese solo a usted, haga más de lo que piensa hacer, sea más que usted. No cometa el mismo error que él, el que dejó de ser usted, dejó de ser yo, para ser él.

¿De dónde venía esa voz? Seguí anonadado por la curiosidad que sentí, pero aún más sugestivas eran las palabras que provenían de las paredes. ¡Qué cruel y sincera dicha, qué gracia trajo ese mensaje, cada palabra fue un rompecabezas, polvo que se expandió por cada pasillo! Recolecté las huellas de un escrito, las recogí, unas estaban cerca de mi corazón, otras cerca de mi frente o en mi vientre, otras no las encontré, no existían porque no había sujeto alguno que las percibiera. Así eran las piezas de mi mente, todas estaban ahora dispersas, toda idea se disparaba, todo signo se disipaba. Era un poema sintonizado en las ondas de un dispositivo, una grabadora, era lo único que había encontrado entre una habitación con curiosidades. Las frecuencias distorsionaban el flujo de una música fascinante, el ruido insoportable de una emisora desintonizada, me desilusionó: golpes y zumbidos, ¡qué asquerosidad se han inventado! Pensé. El lugar se asemejaba a un barco desaparecido en el fondo oscuro del Mar Mediterráneo.

—Aquí o allá, donde me encuentre, será peor o igual. Nunca ha sido interpretado de mejor modo este fragmento de la fuga, aunque los tonos provengan de este obsoleto tiesto.

El hombre ha perdido su oído, y aun busca su ojo que le falta, el hombre no ha conocido, solo ha consumido, el hombre no aprende, solo mira, no observa, solo oye y eso hago ahora. Así murmuraba solitario, gozando de mi vacilación. Podía correr, escapar, podría devolverme o renunciar, nunca saldría, nunca me salvaría de aquel sonido estridente que se asemeja al crujido del hambre que corroe las entrañas y devora los órganos de los mortales.

—Solo he de buscarlos y en mí he de encontrarlos.

El loco sediento

¿Dónde estaban los guardianes, los dueños del cerrojo que abre la llave? Me pregunté. No había más pisos. La escalera hacia el otro nivel del barco se quemó por las erupciones de los volcanes submarinos, las ventanas se rompieron, el ventarrón rasgó las persianas color violeta. Ahora en otra habitación, los cajones de los muebles se azotaban, una carga estuvo presente y las energías pronto se volvieron de nuevo más pesadas y tormentosas. Sin gravedad, la alcoba encerraba la situación en un turbulento viaje a las profundidades. El agua era el sueño: morir ahogado, sumergirse en el reino desconocido, nadando, absorbiendo bacterias, cerrando sus ojos y manteniendo intacto su cuerpo. Por fin me sentí cerca de la salida. Inconsciente me postré en la arena. Después de todo, fue una delicia sentir la contaminación para luego ser expurgado por la pureza del océano.

—Soy quien me llevo a ustedes y ustedes quienes me devuelven a mí.

Un silencio.

—Aún queda mucho que resistir.

Reía sin cesar un señor de edad.

—¿Anton? —pregunté

—Así es hijo, te contaré una historia:

Era incansable el andante andariego, dueño de parajes desolados, quien recitaba sus versos mirando al suelo y sacudiendo sus manos: “Se deben acariciar las palabras, sin corromperlas, sin atribuirles un sentido estético erróneo, se deben adornar, se deben respetar. Nosotros los amantes de las letras, nos preocupamos por hacer de ellas lo mejor, les damos alas, para que puedan exigir libertad y total pureza. Y las palabras se fueron desmoronando, quedando tan solo letras que el escritor fue recogiendo y fusionando, creando nuevos sonidos, nuevas palabras nunca vistas, nunca escuchadas. Los aldeanos se sintieron intimidados y lo enviaron al exilio. Lo peligroso de ser diferente. De pronto en la

lejanía, perdido en su mundo, o más bien encontrado consigo mismo, descubrió el desapego, allá en el desierto, bajo el contacto de la naturaleza, vio su alma en la transparencia del río que a carcajadas burlaba cuantas rocas se le atravesaban. Y así, en compañía de los animales que le transmitían su sabiduría, aprendía a leer sus secretos, cantando pensamientos eternos y auténticos que se escuchaban a millones de kilómetros; encerrado en su libertad, aprendió a darle un sentido a su condena, en su diferencia de un solo segundo, que hace el artista cuando simplemente se mimetiza con su entorno, con la naturaleza, cuando se es un todo, como simplemente átomo, simplemente universo. Después de largos años, fue muriendo, feliz en soledad, rescatando de la naturaleza lo infinito, retornando a su propio Dios, al paraíso espiritual. Se hizo ceniza entrando en sus palabras, cremado en ellas”.

—¡Interesante! Es la historia de nuestro reencuentro, que alegría volver a verlo. Estos son mis secretos señor Isaaksonin. —Su-surré a su oído 9 palabras en mi lenguaje nativo.

—COMLOT, no estamos lejos para marchar, ¿sabes dónde estamos? En los límites de Libia, aquí hay conflictos bélicos, debemos estar conscientes de nuestro alrededor.

Me gritó Anton y recordé cómo su hijo Charles lo imitaba, burlándose siempre de él.

—El crimen, sin castigo, no sería lo mismo, un hombre sin espíritu es quien gobierna sin justicia, malditos hábitos alienantes los que nos venden las órdenes.

Dije, escupiendo al suelo con rabia.

—Te das cuenta Wolf, toda la basura en que estamos sumergidos es la enajenación involuntaria de lo que nos hacen creer ellos como “instintos”, es mentira, pero poco nos importa la justicia o la injusticia, ellos no saben lo que merecemos, es hora de reír. ¿Un abrazo? (Risas).

—En realidad me hace falta, ¿me ha notado cabizbajo, delirante o desvariado? Me pregunto ahora, si alguien más se pregunta lo que me pregunto.

—Sí, eso solo se halla en lo que llamo “ejes subconscientes compartidos” y está reflejado en el poder social de una gran idea, estamos entrelazados, como sus signos, tal vez como los poetas incompletos, atrapados. Pero, ¿entiendes lo que es libertad? Es ser incomprendido, como era mi hijo. Ay no Wolf, tenaz, tenaz. Pero no pasa nada, cuenta siempre con nosotros, ya sabes que en mi casa serás siempre bienvenido.

—Ha dicho caballero, ahora brindemos. Le contaré lo que me socava, lo que significaba para mí el romance que se ahogó, algo diferente para ella:

Aquel hogar solo era iluminado por un tesoro, el cual se hallaba enterrado, y así era la única forma en que alumbraba por un momento, así permanecía de pie la torre, aquel secreto era la base. Se había encontrado, pero se había vuelto a perder, ahora que lo he hallado simplemente he sacrificado los pilares que lo sostenían. Se ha derrumbado el techo por haber salido por un momento, ahora será imposible ascender, ahora no vale de nada el esfuerzo, todo detalle será en vano, pero el recuerdo, el recuerdo brillará en mi espíritu, mis alas lo traerán, solo espero el éxito aquí solo en este desierto.

¡Qué calor más infame hacía! Una rana que se deslizaba por la arena sostenía en su saliva el veneno, esperando que yo me alejara para no verla escupir, qué pena tenía el animal, qué tímida era, ni corría porque quería evitar el cansancio. Y allí cerca un espejismo, ¡qué bueno una fotografía!, pensé. Anton llevaba en su hombro una cámara. Él fumaba una sustancia que extraía de los sapos, obsequiaba vino a sus amigos animales. De lejos ambos buscábamos dos rumbos diferentes y encontrábamos en nuestro vínculo signos paradójicos que lógicamente se interconectaban. Aun así aquel mundo seguía siendo hermoso, la blanca arena sublimaba nuestros pies desnudos de peregrinos, que frágiles al viento entonaban alabanzas al Sol. Al caer la noche, los planetas siempre alertaban con sus colores.

Por la ubicación del sistema en cada temporada, sabíamos que vendría el invierno y ni siquiera se asomaba el más mínimo indicio de lluvia. A pesar de tanto, nuestra salud no se alteró, nuestros cuerpos fuertes se mantuvieron en pie y estrellas fugaces encendieron nuestros motores dejando en el cielo llameante el brillo que indicaba el camino hacia nuevas islas. Las nubes en derredor se oscurecieron y la silueta que la luna dibujó, destacaba las grandes formas y rostros que se escondían risueños y burlones en el firmamento. Lo que no sabíamos era que debían emprender la marcha en dirección opuesta, al norte.

—Esta es la información que necesito para encontrar una nueva idea, necesito digerir todo indicio obvio y tácito, solo así hallare la mejor solución, la respuesta. Ahora surgen las preguntas, ¿Dónde está el tesoro y como haré para encontrarlo?

—Iré en dirección opuesta, si encuentras algo enciende una alarma de humo.

—Anton, mi espada es la única esperanza de ubicación, si se quema me apagaré.

—Ahora estamos solos Wolf, y locos también. (Risas).

Reía como siempre, no paraba, corría en reversa y mientras más se alejaba, su voz se volvía más gruesa. Y así se escapaba. Yo gritaba su nombre en mi idioma, pero él parecía no entenderme. Parece que un loco habla más idiomas de los que existen, pensé.

La roca que traspasa la arena

No habíamos pensado en flotar, parecía ser más largo el camino hacia arriba que hacia adelante. Había que mirar hacia atrás, para ver lo que habíamos recorrido. La superficie representaba la lejanía irreductible. Era extraño que entre más profundo nos encontráramos, más calor hacía. El fondo oscuro y gélido del mar no era el límite de los hombres ahora. Teníamos que pensar en alejarnos, hasta toparnos con algo. Pasaron una cantidad enorme

de meses, hasta que nos reencontramos. Allí en la playa por fin brillaba la arena con el agua cristalina. El agujero blanco por el cual atravesó Anton lo transportó a otra dimensión, había desaparecido. Yo tosí, desplomándome en la entrada de una playa. Me encontré con una mujer que me pareció conocida, me miró con desvelo y extrañeza, sujeta a la misión de rescatar al sujeto infeliz en que me había convertido.

–Estás loco ¿Qué haces aquí? –Preguntó la dama.

–Solo eres un reflejo de mí, así de hermosa es la mujer que estuvo encerrada en mi cuerpo. Cárgame por favor, estoy rendido.

–Soy una sirena sin nombre, no me lo pongas, solo te he esperado, estoy cansada, no sé qué hago acá. Mi padre ha muerto, era un alcohólico.

–¿Cómo murió? –Pregunté. Ella respondió fría:

–Se ahogó, estaba ebrio.

–Lo siento mucho.

Lloraba sin siquiera sentir. Al parecer la vida no le sabía a lo mismo, el agua era para ella dulce en abundancia, aburrida y monótona.

–¿Crees que las personas vivirán por siempre, que siempre estarán? Te hace falta soledad. Hay algo que es cierto, no hay que pensar que siempre habrá alguien al lado, la vida es desapego, y para quien se le dificulta superar el dolor, se le dificulta estar solo y aprender más de sí mismo, después de todo, solo uno quedará y se irá, es triste pero cierto. Igualmente te admiro mucho, mujer.

–Deja de decir que me admiras, no soy alguien de admirar solo soy alguien débil que llora en privado y sonríe en público. Y más bien me ha sobrado soledad, porque acepto y me acostumbro a que las personas entren y salgan de mi vida. –Respondió ella furiosa.

–Todo ser humano lo hace. Eres mujer, siento decirte que no llores, antes aprovecha que puedes.

Cerré mi ojo débil y marginado. Ella acercó su rostro y me dio un beso en la frente, fue bajando por mi nariz y derramando sus lágrimas sobre mis párpados, iba purificando mi piel seca; abrió mis labios y regó las gotas de sus pupilas, refrescando mi paladar.

—El alimento más puro y sano viene del interior, lo que sea obsequiado con llanto y transparencia, será lo único que salvará. Te extrañé querido.

En el ocaso, cuando las olas escondían por pena su excitación, la tarde difuminó el color de la arena. El sol que seguía enviando sus rayos, se estrelló con las ondas del mar, reflejando el cielo purpura que se desnudaba entre las nubes, mientras la pequeña mujer lucía su cabello que con la brisa oscilaba, despidiéndose de mi amargura de viajero errante. Se levantó levemente, roció con arena mi cuerpo y caminando hacia el agua, se negó a volver su cabeza. El movimiento de las olas, se confundió con sus caderas. Pronto aquel espejismo volvió translúcida la imagen de la única retina que observaba. Detrás de una roca, que parecía el dedo de un gigante petrificado bajo la tierra, se escondía una dama que vigilaba nuestro amor y que se acercó a levantarme. La dama trajo consigo un par de cangrejos crudos que me obsequió sin dudar. Se me hizo conocido su humor. Era la prima de aquella ingrata mujer que se había marchado. Estuvimos en la orilla platicando sobre el encuentro, le conté que había perdido al amor en la amistad, mientras que ella compadecida, hablaba de la desaparición de su tío en un crucero, tras una retumbante tormenta.

—Busquemos a mi hombre, a él debemos un regalo, o mejor muchos. —Dijo la prima.

Yo sonreí exclamando:

—Se me ocurre una idea: hacer con la arena un plan, un modelo de embarcación, solo así nadarán las olas debajo de nosotros.

—Pero duraremos mucho tiempo.

—Es cierto, pero, ¿cómo más saldremos? Este será nuestro obsequio para él, un barco, el más resistente y rápido. Habría que

remar con sus alas y habrá que quemar su vela. Las cenizas nos guiarán por el camino correcto. Irás en busca de alimento, mientras yo construyo la barca y nuestra choza de árbol.

–*Primero tú debes aprender a guiar, para emprender nuestra marcha.* –Dijo la mujer desorientada. Yo siempre me caractericé por mi auténtico optimismo, sosteniendo un pedazo de palma que utilicé como bastón y sonriendo le expliqué:

–Sí, solo así podremos darle sentido y no oponernos a nuestro destino.

Durante la larga estadía, me alimenté de frutos y del agua de los fresnos contiguos.

Las secuaces de la serpiente

Bajo las grandes palmas y el color aguamarina de sus hojas que esperaban como puertas que se abrían hacia el paraíso, se escondían algunas brujas, que con sus manos tejían las circunstancias de los vivos no apaciguadas ni con el tiempo, ni con la voluntad. La mujer glorificada se sorprendió de tanta crueldad y audacia, ¿cómo es posible que estén tan felices de tanto desdén? Se cuestionó ella. El infortunio era aquí la máxima para iluminarse de sabia grandeza. Los gigantes acostados se ahogaron en los mares que tenían alrededor, eran las islas y las costas, aquellas que perdidas y separadas renunciaron a la evolución, se rindieron ante la inmensidad de la serpiente del mundo, aquella que vigilaba las aguas más profundas, y que solo cuando se desafiaban a las brujas, corrió en busca de guerra sin tregua ni victoria, solo con veneno. Una cobra suplicó por la venganza de los hombres, la dama asustada retrocedió y su proceder era tanto más desesperanzado cuanto menos positivo, como siempre. Pero, ¿qué había allí en aquellas ramas que se cortaban? Se preguntó ella. ¿Acaso eran sellos mágicos? Se había presentado ante aquel círculo de mujeres, con el nombre de Vittoria, una de ellas dijo:

–Tienes nombre de guerrera, hueles a hombre, tal parece que has traído en tus andanzas la marca de un amor.

Entonces otra se precipitó:

–Toma, defiéndete, hiere a ese amor, te obsequio la lanza rúnica, trae un solo mensaje que brillará solo cuando poseas la sangre de aquel guerrero.

Y la última exclamó:

–¡No lo dejes ir, clávale el filo en el costado, así veras si es tu héroe o no te merece!

Pero qué locura parecía aquella autentica visión, pensó ella. La dama fue en busca de madera, frutos, hierro, hojas, armas, rocas, animales, tesoro y mensajes que brindara la naturaleza con sus cuatro elementos que en la unidad se proclamaban como un solo signo de luz, como guía de redención. Esta vez la figura femenina, se alzaba como la serpiente y protegiendo sus secretos y visiones se abalanzó contra mí. La mujer fue en busca de un nuevo roce, solo había encontrado ramas, plantas, rocas y su arma; eso fue lo que me llevó. Detrás de ella se escondió la serpiente, en los arbustos, a la espera de la mirada de aquella luna sobre la lanza.

–¿Cómo vas Wolf? mira lo que traje. Y desplegando sus manos me mostró lo que había hallado.

–Es exactamente lo que había pensado. ¿Pero, a-ca-so que que tra-es a-a-ahí mu-mujer, un arma?

Dije tartamudeando. Yo no sospechaba de sus ojos, pero en su mirada se notaba una duda. Fue la inseguridad y el temor a ser mal juzgada, la razón de su crueldad inspirada por aquellas brujas de la isla.

–Pero, ¿qué tipo de sellos mágicos se enterrarían en una tierra árida y ardiente? Esta es una buena lanza, debe tener su historia. ¿No crees amigo?

–Resulta que el sol ha llegado en forma de fuego, en forma de luz y mentira, no es blanco el sol verdadero es opuesto, nuestro

antecesor. En un ocaso, un pasado, esta misma isla fue una península helada. El sol ha derretido todo, ya nada ha sido disecado como en la antigüedad, en la Edad Clásica.

La dama sin pensarlo más proclamó la victoria de los mares. En la profecía que recordaba, se hallaba al hombre como víctima del mar y del cielo, aunque estuviera con los Dioses. La muerte no era el fin, solo un camino enredado en lo desconocido, amarrado en el fondo del mar. ¡Qué impensable era la esperanza de desatarse, tanto que los primeros hombres sabían acudir a ella como el descanso eterno! Solo aquellos cobardes se quedaron bajo tierra. En realidad, nada de lo imaginable tiene fin, ni siquiera lo real que pueda ser el desconocimiento del inmenso océano. Decía las bellas palabras que su amante le dedicó alguna vez, mientras enterraba el filo en mi costilla. En realidad, la serpiente había mordido mi corazón, sin que ella se diera cuenta, lo había vuelto piedra con sus colmillos. Una anguila se acercó como imán, a los pies descalzos de la mujer, agarrándole los dedos y estrangulándolos, traspasaba su corriente por el metal y así veía mi sangre derramándose en la blanca arena. Sin embargo, aquella energía que traspasaba el arma a la herida, era una corriente que despertaba al Dios Interior. Pronto en la tormenta, los truenos titilaban brillando en el mango de madera de la lanza, y al fin el mensaje se podía leer en el filo de la lanza: *No temas a la muerte.* ¿Tan solo esto? Cavilé. Más allá de las palabras, había un dios, dueño del cielo y la guerra. Su nombre llevaba la inicial en forma de lanza. Había más, me esperaba una lucha que debía creer interna. Una vez más estaba mi amigo saliendo de mi boca:

Suéltame, me tienes enredado en dos mundos, es hora de que me dejes ir. Tu mundo no es mío, tus palabras han sido en vano, no te puedo leer, si quieres escúchame, este amor no es más que del espíritu. Estaremos cerca de nuevo si me sueltas, ¿no ves cómo estoy? Tengo los brazos extendidos sobre la grieta que separa la vida de la muerte, he pensado en quebrarme un brazo y dejarte solo mi mano para cuidarte.

Es todo, abandóname, sabré la hora exacta para regresar, si quieres solo imagina lo que es eterno: el amor que no se vive.

“La fuerza de tu espíritu, te da la libertad”. Frank

Reconstruyendo el hogar, me recuperé de la herida. Vittoria llorando corrió hacia un abismo de rocas, encima de la montaña. La perseguí, porque Paul me lo pedía, nuevamente la salvé, sujetándola tan fuerte de un brazo. El vacío se asustó, al borde se desmoronaban unas pequeñas piedras que se dividían de su altura. La estreché en mis brazos y mirándola a los ojos, sacudí su cuerpo esbelto. Nuestros labios estaban tan cerca, que parecían los brazos equivocados. Yo siempre sabía adueñarme de lo que creía mío, pero al parecer todo se unía para darnos un sentido, un solo significado. Bajo miles de figuras, el amor se hallaba latente. Enfurecido, besé con ardor a Vittoria y luego le dije:

—Escucha, no importa lo que hagas, ya he sufrido mucho, me he convertido en un guerrero de hierro, nada me hace daño. Solo si lo veo con mi ojo, solo si sé qué es lo mejor para mí, lo hago mío, por ello sé acoger con determinación lo que me entreguen, tú no me has dado amor, pero sí odio, eso es mejor, pero después de todo me tendrás para tu apoyo, después de todo solo puedo ser débil con la mujer, solo con ella puedo sentir compasión, créeme que no he hecho daño a tu prima, tú misma sabes cómo la he amado, y ella se ha ido así, me ha dejado hasta las palabras que le he dedicado.

Ella respondió con frialdad:

—Me quedaré, éste será mi hogar, ve solo, y que los Dioses te acompañen. No me vuelvas a decir que busque a mi amor, si me dices que lo deje, más dejaré de abandonarlo, intentaré zafarme sin olvidarme de él, intentaré vivir, cosechar el futuro del mundo y predecir tu destino.

CAPÍTULO XI: MISERICORDIA Y COMPASIÓN

Detrás del Gran Árbol seguía la mujer que aguardaba siempre el mensaje de los signos y que en la noche volvía a ser cobra. Volví a la orilla, era de día. Habían pasado nueve meses y era ya la temporada para viajar, era invierno y el frío hacía falta para el fin de mi mundo. El calor era extraño allí, el fuego no se vislumbraba “*ni por tierra ni por mar*”. Tan pronto me preparé para marchar, una mujer semidesnuda se me acercó, preguntándome que si podría acompañarme.

Me explicó:

—Tan solo hasta llegar a Catania, estamos en Malta y me sé el camino, traigo una brújula y unos cuantos paquetes de comida, sé que los necesitarás, también he sido viajera y me he perdido, pero aquí he encontrado un hogar hermoso; aunque ya es tiempo de volver, mi esposo me espera con mis hijos.

Los dioses se pondrán furiosos si saben que voy a casa con una mujer. Pensé, tan indeciso e incrédulo como siempre. En mis adentros, me dije: ¡Al diablo con aquellos pensamientos! Debía aprovechar la dicha que me traía aquel ángel. La felicidad inundó de lágrimas mis ojos, cuando la mujer me contó sus historias. Era realmente encantadora, alemana, cabello corto y rubio, ojos grises, pecas en su pecho, una buena estatura y piernas albinas y tersas. Nunca supe su nombre, ni me interesó saberlo. Sabía que todo aquello que esté bajo una denominación, mantiene la posibilidad de ser ultrajado y ensuciado de perjuicios, corrompido con las palabras.

—El amor se ha convertido en literatura, en plena ensoñación descriptible, lo que no debería ser. —Dijo ella.

Ardía la herida que finalmente se convirtió en una infección demasiado dolorosa, la lanza estaba oxidada. Recordé cómo el

filo reflejó con tanta nitidez el vientre de Vittoria, quien sonrió macabramente.

—La vida cobra, la vida y obra de nuestras manos.

—¿Qué te acaba de suceder? Estás agonizando, estás muy pálido.

Dijo la mujer con quien viajaba. Acariciándome el torso, me deseaba tan cerca. Enamorada de mis palabras pidió que le dedicara al menos uno de esos poemas que se me ocurrían, le encantaba la forma en que yo hablaba. Yo me resistía. Ella afirmaba haber vivido algo anteriormente conmigo, decía que había disfrutado tanto, que había sido tan feliz de haber vivido tanto conmigo, que recordaba lo que le escribía y que quería repetirlo. Quería irse a vivir conmigo, yo únicamente deseaba soledad, terminar de hacer mi novela y leer mis libros junto al bosque y los animales, pero ella quería acompañarme. Después de un momento me resigné y empecé a deliberar: imaginaba que corríamos desnudos por la selva, que teníamos animales: yo un conejo y un lobo, ella solo un jardín enorme. Que disfrutábamos de un lugar con un clima helado, pero ella interrumpía:

—Quizás las flores se congelarían, pero entonces así no morirían. Exijo calefacción, quiero sentir calor cuando me hagas el amor, no basta con tu cuerpo.

Estar junto a ella contemplando los delfines que saltaban en el agua formando arcos, era lo que alabábamos y compartíamos, juguetones y risueños. Un halcón venía de pronto con sus garras a adueñarse de su presa, pero se sorprendió al ver a un pez gigante, aun así no se rendía. Permanecimos atentos a la escena. Las escamas rasgadas teñían el mar, el pez era muy pesado, el halcón decidía arrancar de él tan solo un pedazo. Las aves blancas formaban en grupo un triángulo, picaban las olas, pocas encontraban alimento. Se iniciaba un viaje extenso sobre las aguas, hacia Italia, todo lo que se asomaba en el esplendor de aquel horizonte desolado era grandioso, las aves danzaban al compás de las olas,

rodeaban el sol del alba, tan radiante que atraía a las águilas en sus brazos y ellas orgullosas buscaban formar el contorno de las nubes que se extendían. Todo era una maravilla cuando se alzaba la vista. La compañía de una mujer que sintiera la misma dicha que yo, de contemplar el sublime espacio celeste, la más espectacular arquitectura de los genios y magnos magos divinos, es una alegría enorme. *¡Cuánto gozo hay en mi corazón por ser el único maravillado con gran éxtasis de contemplar esas nubes iluminadas de mis muertos, sus colores y esos espléndidos atardeceres, es vuestro mejor arte, desde la divinidad, hasta la humanidad!*

‘El viajero y la inquilina’. Así nos llamamos, fingiendo un papel en una novela. Sosteníamos nuestras miradas profundamente, en silencio nos deseábamos, aunque por timidez no lo insinuábamos. Ella soñaba con practicar ‘Tantra’. Ella solía pensar que todo lo habíamos vivido antes, que todo debía ser tan perfecto como alguna vez lo fue. Dijo que me conocía desde hace mucho, inclusive nombró a Dave (esto me inquietó bastante), aseguró haber estado con él un tiempo, durante un viaje que tuve. Ella quería que todo fuera como antes:

–¡Cuando en realidad te excitaban mis besos! –me dijo, y continuaba –pero la última vez no fue así, sino un simple impulso pasional tuyo y un rotundo sí a todo lo que el amor te brindara. Extraño tus poemas. ¿Por qué no me recitas uno nuevo, uno solo para mí, el último que puedas dedicarme?

–Purifícame el cuerpo con el cáliz de tu boca, extiende tu lengua bífida, más cerca. Ahora entiérrame tus colmillos, extrae el veneno. Estoy contaminado, pero es tan necesario como la dicha de purificarme con tu pócima.

–Ahora me toca a mí.

Se subió encima de mí y me besó con frenesí. Era otro nuevo fin y el comienzo de una nueva historia que pronto tendrá otra consumación, buscará por sí misma el destino. Termina un ciclo

aquí y en espiral continúa otro. Tal como rotan los planetas, así rondan las circunstancias que hacen eternos los cuerpos finitos. Se acerca ya el final, siempre que todo se acaba, se piensa en lo que no perdura, como con la muerte, siempre que se consume lo perecedero, se recuerda lo que puede ser perenne. Ocho es infinito y es la serpiente en su laberinto que devora su cola en un ciclo perpetuo. Es la fecha de la primera muerte, también del primer renacimiento. Por fin podría conseguir Wolfgang su sueño más esperado: el de morir en un sueño, o mejor, vivir en él.

El viejo Dmitri

Llegamos a Catania y allí busqué un lugar donde hospedarme, fui a un hotel con la dama desconocida del viaje. Mientras ingresaba a la habitación con ella, me crucé con un anciano alto y decrepito, acompañado de una mujer de una belleza extraña y un poco parecida a Vittoria. Se me hizo raro ver a una mujer tan joven al lado de un viejo moribundo. Recordé que una semana después, tendría que viajar junto a Michael para visitar a Dave quien se quedaba en Milán por unos días con el fin de ofrecer un espectáculo de guitarra. Había ahorrado bastante de mi trabajo, para recorrer gran parte de Europa. Allí, Dave estaba con su mujer, una prostituta que conoció en aquel bar donde decidió pedirle que fuera a vivir con él, y como era millonario, ella no tuvo el menor problema en dejar su trabajo y dedicarse a él. Después de tanto buscar en los periódicos una ocupación y en las calles de la ciudad del sur, encontré La Catedral Central, una iglesia gigante. Esperé que culminara la celebración sin antes percatarme de que allí se encontraba el mismo viejo horrendo, pronunciando los avisos parroquiales y comentando que les hacía falta la figura de un pianista. Me acerqué al sacerdote.

—Buenas noches, lo vi en el hotel hace unos días.

—Exijo que no se meta en mi vida, nadie puede saberlo.

—Lo sé. ¿No cree que ella podría ser su hija?

—Ella es mi hija, cómo se atreve a insultarme, infeliz, ¿Quién es para juzgarme?

—¿Quién es dios para juzgarnos a nosotros mortales transgresores?

—¿Se le ofrece algo en especial, o vino usted a insultarme no más? Puede retirarse de inmediato si eso es lo que pretende.

—Vengo por el trabajo de pianista, aún recuerdo algunos oratorios, aunque se me han perdido muchas partituras.

El viejo Dmitri me aceptó y se convirtió en mi consejero. Cuando terminaban las ceremonias, nos quedábamos en la parroquia hasta la noche, tomando vino. Los domingos íbamos al bar de la mujer de Dave, a beber y bailar, allí lo conocí verdaderamente, asegurándome de que no era del todo católico. Me enseñó también a cantar. Eventualmente me preguntaba sobre asuntos obscenos y personales. Me contó que se había masturbado pensando en la mujer de Dave y recordando el show de aquella noche, y me preguntaba si yo lo hacía. Le dije que tenía a alguien que lo hacía por mí, él me miró envidioso. Era enfermo, viejo y soltero. Era muy extraño, cuando bebía olvidaba sus creencias, pero cuando estaba dentro del templo, el hogar de su Dios, hablaba como el redentor y mártir que representaba a Cristo. Le conté de nuestro amigo Paul, que era un héroe, también crucificado, porque él, como una alabanza a los dioses que había encarnado, se afirmaba a sí mismo. Hablamos del Gran Hacedor.

—No es tan simple describirlo ni definirlo y no entiendo porque el hombre lo concibe, pero por lo menos para mí, como para muchos, Él es una de las tantas teorías que no existen, sino que se le ocurren a ciertos ingenuos, es como un genio maligno, que rige las leyes de este mundo. Quizás haya planetas distintos, mundos opuestos.

Él no me da miedo, porque no lo acepto, porque me acepto a mí, pero es difícil zafarse de Él, debería decirle que se niegue a perseguirme, soy un ser más elevado que los que se acobijan en el

miedo a la muerte y no encuentro en Él las virtudes que deben instruir a un guerrero, al contrario, pues nosotros, como fugaces astros, nos dirigimos a otros cielos, siempre pensamos en lo que esté más lejos y menos habitado. Dije mientras tocaba una parte de la pieza fantástica de *Ralph Vaughan Williams: Greensleeves*. Después de contar la escena de mis amigos desaparecidos, el cura respondió:

—No notas que Él lo es todo, a Él debemos nuestras suplicas, para que las almas conozcan su gracia.

Me negué rotundamente.

—Estás confundiendo a Dios con *El Totem*, todo ha sido tergiversado. No me ofusque, no necesito rezar para estar seguro de ellos, ellos no merecen el cielo, sino el verdadero paraíso, pues no merecen la tierra que es una imitación del verdadero reino.

—Es necesario que asistas a estas ceremonias y no como pianista, te invito a conocer a Dios, no sabes lo que te inspire, no lo has vivido.

—No lo necesito y ellos tampoco a Él, ya tuve demasiado con mi infancia, mi familia siempre fue muy creyente, además orar y pedir que merezcan el premio de la eternidad en la bienaventuranza sería dudar de lo que ellos fueron. No necesitan ser encomendados, no fueron asesinos ni ladrones, vivieron sin pensar en castigo ni en gracia, solo en la vida y se fueron así, sin conocerla, es por eso que a estas instancias ellos lo saben todo.

Dmitri se quedó callado al oír estas palabras de mi boca. Luego gritó afirmando que yo era un demonio, su eco se escuchó por toda La Iglesia, estábamos solos. Me tomó por el cuello, estaba sudando y sus manos se empaparon de rabia. Muy en lo profundo de su espíritu, él sentía aquella incertidumbre, odiaba que le hiciera caer en cuenta de lo que él inconscientemente sabía. Su oficio religioso no era de corazón, sino de manos, era usurero, le gustaba más recibir que dar, era un avaro con el dinero.

—Huele a diablos aquí adentro y no fui yo, ¿cómo quieren ustedes vivir libremente si más que pensar en dios piensan en los

demonios que hay que esquivar, sin siquiera derrotarlos?

Me pidió que me largara, y rezando pidió tener solo oídos para dios. Comprendí que perdí mi tiempo discutiendo, sin embargo me dijo:

—Mañana a las nueve de la mañana lo espero en este templo.

Fingí irme y tras una columna vi a Dmitri agarrando una escultura de la virgen y arrojándola contra una pared, desahogando sus penas y luego llorando mientras recogía cada pedazo de cerámica. La amistad con esa persona se acabó con mi trabajo, cuando me percaté de que quería tener algo conmigo. *Como raro, personas que fingen ser inocentes, terminan siendo más dementes que uno mismo.* Pensé mientras repudiaba a ese peculiar, grotesco y horrible personaje. Así fue también como renuncié a la labor, al parecer la maldición de la ausencia de un músico nunca se acabaría en su Iglesia. Cuando regresé al hotel donde me hospedaba, comencé a dialogar en silencio con *Zoroastro*. La extranjera se había ido sin avisarme ni nada. Aquello no me inspiró tristeza, solo me decepcionó. No me dormí, el profeta me abandonó, el cansancio dispersó mi atención. Salpiqué mi rostro con agua y me acosté, acerqué la biblia que me había obsequiado el cura Dmitri y la abrí. Leí los versículos que narraban *La Pasión de Cristo*, medité por un momento con los ojos cerrados y me invadió el sentimiento de identificación, pero esta vez de una manera diferente, de una forma heroica, no decadente. En aquel momento y por primera vez, un pensamiento se hizo emoción:

Alguna vez, quizás escribí estas palabras, no lo recuerdo cuando leo, sino cuando

escribo, algo me dice que lo hice, creé personajes y como dioses me superaron, pero al fin y al cabo, seguían siendo mi vida, mi existencia. alguna vez cargué una cruz, o el brazo de un árbol, fue cuando muchos me abandonaron. Vi entonces el color de la traición, al ser yo mismo traidor y egoísta. Nunca me hice ver como víctima, fue por eso que la muchedumbre mantuvo su indiferencia ante mí, algunos se

burlaron, me empujaron, otros me apartaron de sus caminos, nadie me ayudó y mi madre solo sollozaba. Mi padre me dijo: es la fase por la cual se volverá más hombre, es otra de sus aventuras. Y así lo veía yo, como una odisea, caminé velozmente, con aquel fragmento de madera sobre mi hombro, nunca bajé la mirada, si no era para descansar y reposar mis manos sobre las rodillas, haciendo que el sudor goteara sobre la arena. Fui un guerrero, el héroe de muchos, porque mi condición lo demostraba, mi alteza, mi frente, mis ojos en el alba, mi piel rostizada por el sol. Me hizo más moreno por la tierra y por la estrella, me ensucié riendo. A veces algunas mujeres me brindaron comida, descansaron en mi lecho para luego continuar con mi carga, el tiempo se extendió, a medida que el camino se hizo más corto”.

Wolf terminó de contarle a Michael.

—Son muy buenas historias Wolf, eres joven y has vivido harto.

Margarette y la extranjera

Era el cumpleaños de algún prometido que tuvo Annie, Wolf acompañó a su amiga, a la morada rústica de la abuela de Nikolay. Aquella vivienda contaba con un sin fin de adornos vetustos y clásicos, su piso era de madera. Cada paso hacia rechinar las astillas que producían un sonido peculiar, parecía ser una escena macabra y de suspenso. El ambiente se tornó oscuro y las figuras adheridas a la pared eran la mimesis de algunos retratos de hombres reconocidos. Tapetes opacos, color vino tinto, adornos de porcelana y metal con formas de caballos, bailarinas de ballet, cuadros hechos por la abuela, pinturas que representaban paisajes tétricos; eran algunos de los elementos de ese rincón del mundo. En una repisa donde se ubicaban algunas reliquias, objetos obsoletos y de colección, se encontraba un teléfono muy antiguo, lleno de telarañas y polvo, el cual ni siquiera daba una señal de funcionamiento. Y en una de estas paredes, al lado de la ventana, se divisaba un cuadro. Era el retrato de un payaso melancólico, que llevaba lágrimas negras, el rostro sucio de pintura y mancha-

do de tristeza. Wolf se detuvo frente a aquella imagen que por cierto parecía un espejo. Annie también se detuvo y le dijo:

–Parece tu rostro en este momento. –El hombre sonrió, al parecer estaba excesivamente conmovido con aquella coincidencia.

–Parece más bien el retrato que hizo Margarete a Charles. Sabes, ella siempre estuvo enamorada de él, se disfrazaron de *Joker* el día que lograron acercarse frente a frente. Ves sus facciones, es muy simétrico, todos sus rasgos parecen decaer, de seguro el artista lo hizo con aquella intención, todos los trazos van en declive, descienden: los párpados, los ojos, sus ojeras, el corbatín, los labios pintados de rosa.

–Oye, tienes razón, recuerdo aquella ilustración, ella parece tener un pensamiento demasiado vertical, por sus trazos se puede notar que su proceder es estricto y fundamentado en el raciocinio, sus ideas muy perpendiculares. ¡Sí, está claro, es una obra demasiado trágica!

Cada día eran más sorprendentes aquellas “coincidencias” y aún más, la capacidad para vincular un signo con otro, aunque no tuviera relación o si no fuera de mucha importancia. Aquella facultad innata de admirar era para él saludable. *Siempre en alguna parte se aprende y el mejor método para recordar es relacionar*, decía él. Entrada la noche, los dos caballeros y la dama fueron al hogar de Michael, allí estaba Marien, Margarete, su hermana, que nadie conocía y Loraine, el primer amor de Paul, Michael y su familia. Margarete era una pequeña dama, muy tierna y especial, con la cual Wolf había sostenido una relación, al parecer la más larga de su vida. Ella siempre llevaba unos anteojos sobre su nariz y nunca se los dejó quitar por él, él le agradaba demasiado. Wolf era el único que conocía a la hermana de Margarete quien le pidió excusas, le rogaba que lo perdonara, sin saber por qué. Parecía conocerla desde hace tiempos. Nunca supo su nombre, solo sabía que podía entenderse perfectamente con ella, sus conversaciones eran demasiado interesantes y excéntricas, los sueños que conta-

ban tenían demasiada sincronía. Pero al recordar que ella había sido su amada en algún tiempo, le produjo náuseas pensar en volver a sentir aquello que era un amor semi-platónico.

Margarette hablaba con Annie, mientras Wolfgang cantaba algunas canciones al oído de Marien, Margarette miraba al hombre, lloraba por la pérdida, por el abandono, por la felicidad que Marien sin una mirada le inspiraba a él. Annie escuchaba atenta. Hasta que en un momento, Margarette salió corriendo fuera de la casa. Wolf se quedó petrificado, estupefacto. Luego decidió salir a perseguirla. Annie miró a Marien con rabia, adivinó que ella se mantenía indiferente y eventualmente esbozó un gesto de hilaridad. La noche les sorprendió con una lluvia torrencial, el hombre fue hasta la estación del tren para recogerla, se devolvieron a la casa y no hablaron mucho, alcanzaron a rozar sus manos, él estaba triste, ella tan solo lo consolaba. El miserable se aprovechó de su condición y se hizo una vez más la víctima, el culpable de que sus amigos desaparecieran, ella solo profería: –No es tu culpa, –mirándolo con ojos brillantes y llorosos y tratando de tomar por última vez su mano. Annie se lo contó todo a Wolf.

–Ella estaba triste, pero se sentía bien al verte feliz con quien querías estar. Margie no se arrepiente de su decisión, pero ha llorado por ti, al mirarte, y tú solo te burlaste.

Él asentía, aunque pensara más bien que las lágrimas de Margie se debían a la partida de su verdadero amor, de quien (según Wolf), nunca obtuvo un solo beso: Charles.

El muro

Aquella hermosa mujer creyente y devota de Dios, siempre desconfiaba de Wolf por su carácter de payaso y bromista; al punto de asegurar que no podía tomarlo nunca en serio, o que por lo menos le costaría mucho.

—Yo tratando de conseguir un rato agradable y romántico contigo, pero tú siempre sales con tus disparates. ¡Si me haces reír! Por cosas como estas me cuesta tomarte en serio.

Y aun así el bufón le respondía con simples carcajadas extensas y acogedoras, al tiempo que le decía cuantas frases seductoras y tiernas se le ocurrían. Nunca le aburrió estar con ella, así estuvieran callados, siempre reían, así fuera por los errores que el hombre había cometido contra ella. Por ello la apreciaba tanto, porque en ese catastrófico momento, podría dormir a su lado, podría cerrar los ojos y en un parpadeo todo se paralizaba, el tiempo ya no corría y solo estaban los dos en sus corazones, nadando e ignorando la sensibilidad delicada y débil que la desgracia les brindaba. Era una noche del año 1981, Wolf fue con Marien a la cabaña de la familia de Charles, donde también estaba Dave, luego de ver el estreno de la película de *Alan Parker*, director británico de *'The Wall'*. Eran miles los misterios que el filme revelaba, los cuales se procesaban en el cerebro de Wolf, como recuerdos veloces que corrían por su mente. Wolf leyó un fragmento de la novela que Anton, el padre de Charles había preparado el mismo día. A Wolf le conmovió la infinita relación, la apariencia intacta y pura de la hermosa Novella, hija del señor Isaksonin, con su hermano de espíritu, Charles. Wolf salió a acompañar a Dave a su casa, la cual quedaba cerca de la cabaña de la familia Isaksonin. Al regresar, se encontró con una mujer. Desde lejos la vio sonreír, con su gabán negro, una capota sobre su cabello, tacones altos que hacían ver aquella figura femenina provocativa y sensual.

En la silueta de la sombra, se divisaba el cuerpo de la mujer. Wolf no hacía más que mirar al suelo, la sombra le recordaba que la mujer vestía de luto, pronto la reconocía, era Marien, tan imprescindible y oportuna como siempre. La dama acercó su mano a él, dijo que no quería que se devolviera solo. Fue un gesto de cordialidad inmenso que él agradeció de una manera cariñosa y amorosa, tal como ella no quería. Se devolvieron a la casa de Anton. Wolf no quería entrar, tan solo quería estar con ella, besarla,

llorar en su hombro, ella no lo entendía, entonces pensaba mejor en estar solo, ir al bosque, recordar a sus amigos, beber una cerveza y hablar con sus fantasmas, lejos de las energías cargantes del mundo y de los habitantes conocidos.

Aquella noche la prometida de Wolf se besó con su otro amante, cosa que ni Wolf pudo saber. El hombre confiaba tanto en Marien, que su actitud hacia ella era tan libre y tranquila, que ni siquiera pensó que fuera a sorprenderse de la audacia de aquella mujer. Había una especie de barrera entre ellos. Él sentía impotencia, el hecho de abstenerse de besarla terminó por hacerle pasar una hora junto a ella. Mientras descansaba en el sofá, él contemplaba los trazos de su rostro blanco y estático, que dibujaba una y otra vez en un cuadro de su hogar, hasta lograr perfeccionar de memoria sus rasgos y pulir su talento de pintor. Con un abrazo se despidió el primer amante aquella noche, entregando a ella los dos corazones de cera que talló con la llama de una vela, le entregó el más pequeño, el de él, sin miedo, confiaba tanto en ella que esperaba que si se rompía, lo reconstruiría con el fuego de su corazón, que guardaría el amor cuando él fuera vencido por su instinto, su impulso de no soportar más las heridas de la vida. Sabía que ella debía irse pronto, podía sentir el aroma de la desolación. Era un 4 de marzo, Marien había nacido en esta fecha, Wolfgang dejó una carta con flores y una pintura de Jean Paul en su alcoba, ella llegó a su casa en la noche, porque en la tarde estaba con su otro amante. Se entregó a él, olvidando a su admirador, a quien ignoraba, aquel amor era el más fuerte que podían entregarle y ella lo despreciaba. Ese mismo día, fueron de noche al cementerio, Wolfgang se arrodilló ante ella. Miraba la lápida desolado, no lloraba, le importaba, pero fingía, estaba solo, pero siempre con ellos, nada más valía. En la noche fueron a la lujosa mansión de Dave. Wolf se asomó en el balcón para llamar la atención, el amante de Marien estaba con ella en el sofá de la sala, ella era la única que se dio cuenta de lo que Wolf planeaba. Él tan solo parecía admirar el precipicio desde un sexto piso.

Dave estaba con Fred, un amigo de la facultad de Paul, quien también lloraba. Michael les avisó de la situación. Marien sujetó a Wolf en los brazos, y le dijo:

–No te preocupes, estoy contigo.

Luego tomó su barbilla, levantó su cabeza, lo besó con delicadeza y propiedad, advirtiéndole:

–Aléjate de ahí, me da impresión verte cerca del abismo, no quiero que te pase nada.

Wolf bajó la cabeza y exclamó sollozando:

–Dime la verdad, no me beses más, estás conmigo por lástima, por miedo a que me hubiera ido con ellos. Si lo que sientes no es real, no necesito que me acompañes, si estoy contigo mientras me engañas, te aseguro que pronto moriré. ¿Cuándo le dirás a Michael que me quieres a mí, cuándo lo dejarás?

Ella no respondió, corrió hacia el amante y a través de la ventana de la terraza se divisaba a la pareja dirigirse hacia el interior de un baño. Todo estaba claro.

Cuando Marien llegó a su casa, llamó a Wolf.

–Te lo agradezco mucho, es perfecto te quedó hermoso.

–Solo es un regalo y me alegra que te haya gustado. Respondió él, fingía corresponder, pero en realidad reía sarcásticamente.

–Lo tengo claro, me conquistaste. Ven al norte, tengo una sorpresa para ti.

Él, con una actitud pedante dijo:

–Lo siento, estaré lejos, debo ir al sur.

Aquí acababa la mentira, solo había espacio para la verdad en los Alpes helados de Italia. Un hombre que lucha solo, solo se construye, solo se va y vuelve, porque no tiene a quien mostrar dolor, porque nadie siente sus miedos, porque su debilidad solo la reconoce él, nadie sino él sabe adquirir poder, fuerza bruta sin compasión para avanzar, para auto-dirigirse en el camino per-

petuo. El mundo que hace imposible la vida, es el destino del espíritu, aquel sendero que sus huellas eligen.

Soledad es mi compañía, soledad, terrible tristeza errabunda, incertidumbre peligrosa, soledad es única, es el alma y la sombra, el soliloquio demente, aquella que comprende, soledad es mi conciencia fiel, indiferente y paciente, es ausencia en su presencia, soledad es una, que nunca falla y siempre es necesaria, no se espera y llega sin estar, su vacío llena la mente de ideas profundas, soledad como expectante guía e introspección plena, somos en ella mientras nadie este, mientras ella sea la realidad y al tiempo no exista. La libertad solo se halla en ella. Soledad es y no es y es el ser aquella ironía. Ahora libre está aquella compañía.

* Fragmento de una carta a Marien, de un día en el que Wolf se sentía tan afligido.

Una semana antes, Wolf sostuvo una dura conversación con Marien.

—Has hecho hasta ahora poco trabajo amiga mía, si en realidad ha sido todo fingido, lo sé, no me tomes como un idiota. ¡Me río de cómo me tratas ahora!

—Solo quería saber cómo estabas, para ello te he saludado, querido.

—Solo digo estar bien para creerme fuerte ante los demás. No solo es usted como cualquiera, usted hace parte de los demás, quien quita que también aquí esté yo mintiendo al vulgo.

—Entiendo, solo en sus libros sabré entonces la verdad, porque en ellos no habla a alguien en especial.

—¿Prefiere saber con “certeza” conformista una mentira, que ahogarse austeramente en la verdad?

—¡La verdad, no le entiendo!

—No quiero que me comprenda, cuando escribo solo espero que me interpreten, algo que a usted no le agrada. Nadie debe enseñarle a leerme, es eso lo que me impulsa a continuar escribiéndole.

—¡Qué bien, me harás inmortal!

—Como quieras pensarlo. Lo cierto es que siempre vi en ti la mujer a rescatar, pensé que podrías entregarte a nuestra redención, nunca fue así, nunca te tuve, ni estuvimos.

—¿Qué ha sido lo que hemos vivido? Lo has olvidado y ha sido al parecer porque has querido.

—Mujer, solo te pedí que te dieras a mí, que yo te devolvería la vida, lo que busqué fue inmortalidad, resurrección, no eternidad. Solo deseaba viajar junto a ti, tú dentro de mí, pero mírate, estás afuera, mirando la oscuridad de la sombra que ahora está en mi rostro, has hecho que esconda mi cabeza.

El hombre siempre pensó que era el mejor momento para apartarla de las garras del amante, pero ella sostuvo una gran duda durante el lapso de amor, aparentemente dios se le aparecía nublado y turbado en su corazón, porque estaba ahora con Wolf y para exhibir su interés, proclamaba su escepticismo ante él, pues sabía que Wolf era un hereje, que había estado a punto de ser quemado en la hoguera durante su vida pasada y de ser ahogado en el mar mediterráneo, atado a un ancla. (Esto era lo que recordaba Wolf de aquellas vidas anteriores, datos que había extraído de alguna cita que le programó a Wolf, en donde la bruja que realizaba regresiones. Casualmente Marien no estuvo presente aquellos días en que él fuera hipnotizado, tal vez ella era la bruja).

CAPÍTULO X: CUANDO LAS PALABRAS EMANCIPAN

Los siguientes tratados son extraídos de algunas notas escritas en hojas sueltas del cuaderno negro de Wolfgang, se dice que muchas agendas fueron destruidas por agentes secretos de la autoridad, otras fueron malinterpretadas y traducidas, pero las más importantes, no habían sido publicadas, debido a la aflicción que le provocaba el hecho de que todos lo conocieran.

1. Las ideas se liberan cuando son dirigidas a la nada, a la muerte, son frases banales que en cuanto se escriben, pierden su valor, porque dejan de depender del dolor con el cual se engendran. Hermano, dime si la muerte es bella. La lluvia lo es y tú lo sabes porque la alabábamos, esas gotas eran la gloria, esa alegría que nos empapaba de risas.

2. El recuerdo más inefable es la sangre que me ha embriagado, es el legado inmarcesible que han impreso con tanta violencia en mi pecho, es la reverberación perpetua de aquellas carcajadas, aquellas dulces sonrisas, el mismo eco prohibido que han estampado en mis manos, en mi ropa, en mi rostro, en mi inescrutable espectro sensible y aunque de sus labios se desprenda el más gélido silencio, sé que logran escuchar mis delirios, aunque sus ojos ya no estén, ustedes están en los míos.

3. La lágrima ardiente de la debilidad, es una espina que aun no ha podido rasgarme la piel, quisiera no percatarme de aquella condena que no cesa ni con un renunciamiento, ni con una resignación, simplemente porque no se puede olvidar, ni se debe superar, ni siquiera se desvanece.

4. Que ustedes ya no existen es quizás lo que aún no creo, lo que no he querido escuchar, es que aún estoy en la turbación, con ustedes, como en un purgatorio onírico, en el que aun escucho, abrazo, siento aquella cercanía, aquella solidaridad, y en este pe-

queño momento es donde me siento más solo, donde me siento con ustedes en los confines de la perennidad. Por eso mi mayor anhelo es inmortalizar las vidas, las historias, los caminos, las andanzas en mis memorias y cristalizarlas en mis designios.

5. Era yo quien seguía matándolos, era el único que no podía tener la esperanza de volverlos a ver, porque como fiel a la vida, desconfiaba de la muerte, mientras que otros creaban hasta nuevos cielos que se parecían a la tierra y entonces enviaban sus ánimas a esos utópicos parajes, así ustedes no lo quisieran. Otros reían y con rencor los enviaban al averno; mientras que a mí ya se me hacían desconocidas sus imágenes, opacas y frías, como quien deja de ver un amigo y se olvida ya de su rostro, o como quien vuelve a verlo sin notarlo, sin reconocerlo.

6. Nacidos para ser escritos. Muertos para ser leídos.

*En los fragmentos de las cartas a Frank y Fiodor, escritas por Wolfgang Swensson un 9 de febrero, se puede evidenciar el pequeño capricho infantil del autor y su correspondiente locura o tortura, los papeles manchados de sangre y vela, fueron recopilados por un escritor anónimo antes que fuesen enviados al fuego, pues en una nota como pie de página, se exigía que fuesen quemados.

Prodigio siniestro

El tiempo pasaba y todo estaba cada vez más tranquilo, aunque el dolor y la tristeza que le invadían no se habían detectado con certeza, Wolfgang ni siquiera lo había asimilado del todo, es que quizás nunca creyó que jamás los volvería a ver. Empero, seguía disfrutando cada momento con los actores invisibles que hacían parte de la obra, que simplemente se hallaban allí por compañía, por compartir sus lamentos, excepto dos o tres mujeres que hacían parte de la trama y por su puesto los miembros de la familia de Paul y Charles. Su amiga más cercana: Annie, representaba ahora la piedra preciosa del río de sus llantos, el efecto de los seres iner-

tes, la causa y la esencia de su mundo y el de ella. Así nunca estaba solo, Annie siempre estaba a su lado, sin importar si la contagiaba de tristeza o dolor. Aquella bella mujer de cabello rojo oscuro, cara redonda y rojiza, mejillas picaras, piel albina y ojos verdes claros como el reflejo de las radiantes hojas en el río, era también una personilla privilegiada de conocimiento y llena de curiosidad por la verdad. Lo acompañaba en sus delirios y siempre estaba presente para tratar de alegrarlo, preparando para él espléndidas sorpresas y dedicándole hermosos versos llenos de vida.

En *La Gran Tragedia*, de Michael A. Orff, Vittoria era una dama intelectual y delgada, de cabello rojo y largo, cuerpo esbelto y una figura armoniosa. Ella también se encontraba muy sentida, pues Jean Paul era el único amor que le quedaba (ya había perdido otro hombre anteriormente). Tarde o temprano, la actriz cambió su rumbo existencial, e hizo volcar sus pensamientos en un escepticismo macabro y peligroso. Lloraba como si hubiese perdido a un hijo, un padre, un hermano y un esposo. En realidad, tanto Jean Paul como Charles, tenían muchas admiradoras, tantas que era difícil contarlas o nombrarlas, pues eran unos verdaderos caballeros. A veces a Wolfgang le era difícil recordar, después de tantos golpes, tantos días y tanto trabajo hecho, todas las fechas junto a ellos, las palabras, algunas reinventadas. Transcribir le era un trabajo arduo y más contar algo que en realidad no estaba seguro de haberle sucedido. Siempre es egoísta extraño. En realidad cuando alguien se va, queda un yo incompleto y es eso lo que extrañamos: a nuestro pedazo de ser que se va con los otros, pero a ellos no, a ellos que se los lleve la gravedad y a nosotros que nos sostenga la tierra. Vemos siempre como es de absurdo extrañarnos, es extraño también el que ellos no estén con nosotros, pero es aún más raro que nosotros seamos quienes no están allá. Pensaba el escritor uno de aquellos terribles días de demencia.

¿Qué significaba la desaparición? De pronto la escapatoria, el anhelo de conquistar el universo, de saltar por varios mundos, o el hecho

de unirse a Abraxas, a nuestro espíritu, a nuestra mujer total, engendrando al gigante hermafrodita del tiempo inverso.

Así continuaba un relato quebrado en llantos, rociado de lágrimas de alcohol, gotas de dolor, que cremaban rostros incesantemente evocados. Anotaciones acompañadas de tragos amargos y fuertes, que nunca más serán los mismos. Océanos ardientes llenos de sangre y repugnancia de lo absurdo, torpe y terco del destino. Quizás aquello era lo que el actor y guionista sueco Wolfgang Swensson, pensaba hacer con sus víctimas: Charles Isaksonin el filósofo ruso y el psicólogo inglés Jean Paul Tesla, los cuales significaban para su vida un tesoro del futuro, una joya impredecible y un fenómeno imprescindible de locura y tortura psíquica que le brindó su amor a la sabiduría y el anhelo de erudición. La víctima de aquel drama era aquella persona, la más querida por las mujeres, la más mimada por su familia durante su infancia, la persona digna de recibir compasión por parte de sus allegados, que ni siquiera se percataban del valor que ellos tenían para él. Llegaba a vomitar a su casa y a llorar en los hombros de su madre y su hermano, porque no podía hacer más, y ellos se disponían a acompañarle en sus pesadillas, a cuidarle de sus sueños, y proteger su descanso. Wolfgang solía visitar al señor Anton Isaksonin, cada vez que lo necesitaba. Wolfgang mantenía su voz muda, el viejo era bastante orador, como su hijo Charles.

—En realidad he sentido bastante arrepentimiento por no haber educado de la manera correcta a mi hijo, yo solía obligarle a ser juicioso, de la peor manera, quizás si no lo hubiera castigado cada vez que se emborrachaba, no lo haría tan seguido. Mire Wolfgang, usted no se imagina cómo fue mi infancia, yo era peor de loco a él, pero mientras uno crece se va enterando, desgraciadamente, que no todo lo que uno quiera pensar, tiene que creerlo como algo real. Nunca pensé que Charles me superara en razonamientos, lo sigo admirando, pero si me hubiese encantado haber tenido más confianza con él, después de todo, es ese el trabajo de un padre y ahora me siento demasiado culpable, y por esto

he tenido que cambiar. Anteriormente llegaba a mi casa ebrio a maltratar a mi hija y también a Charles, no quiero que alguien se entere de esto, hace mucho tiempo que no lo hago, tal vez desde que mi hijo desapareció, pues desde entonces todo ha sido diferente. Pero si no hubiera sido así, Melissa no estaría estudiando, sino trabajando como siempre y mi mujer tal vez continuaría discutiéndome. ¿Pero qué fue eso que salió de mí? Me pregunto cada instante que lo recuerdo. ¿Acaso una maravilla de ser, que no dispuso del tiempo necesario para compartir su saber? Esa fue nuestra maldición, por cierto, no su existencia, no la desaparición, sino el tiempo y el desinterés, el egoísmo, mi prepotencia y esto que hago en este instante con usted, el hecho de no escucharlo. (Risas). Lo importante Wolfgang, y tú lo sabes: es la consciencia, siempre estar consciente. ‘Prohibido prohibir’, dice en la entrada de mi casa. Y, por último, el límite: las estrellas.

CAPÍTULO IX: ELOGIO A LA SENSIBILIDAD

¿Pero sería acaso lícito hablar de las fibras sensibles, aquellas que para todo hombre eran instintos y pulsiones que harían sentir a un ser realmente vivo?

Comenzaba Wolfgang a cavilar en el pensamiento de Wilhelm Baudelaire, el post-existencialista, maestro de Filosofía del Instituto Filológico de Milán, quien supo instruirlo en los mayores exponentes de la historia del saber, donde se inscribió con sus dos mejores amigos, Paul y Charles, antes que sucediera lo inesperado. Wilhelm no dejó de ser para Wolfgang, aquel docto profesor que exigía de su alumno lo mejor, porque siempre esperaba que él diera algo más. Lo acompañaba en sus aventuras fantásticas, de bosques y mares, peregrinaciones y liberaciones al aire libre. Era un hombre entregado a su amor por la naturaleza, prefería estar en cercanía de aquello que callara hasta el mismo silencio: la introspección, el autoconocimiento, el desprecio de la cultura y todas sus divulgaciones alejadas de las verdaderas costumbres. Aquel caballero ilustrado lo acompañaba y le ayudaba a llevar la carga de la vida. Así le dijo alguna vez:

—Usted no solo lleva tres vidas, querido amigo, sino dos muertes encima y le han dejado el peso de la tristeza. Tiene el derecho de llorar, a sentir lo miserable del ser social. De Charles, puedo decir, según lo que recuerdo, que era un hombre sensible, alegre y demente, un desquiciado y frenético, un vago que no tenía necesidad de estudiar para saberlo todo. Aunque en mis clases se interesaba bastante, eventualmente dormía y mientras soñaba me contaba que escuchaba e imaginaba todo lo que le dictaba. En alguna oportunidad en la que estuvimos platicando acerca de temas polémicos y trascendentales acerca de la vida y el mundo, Charles me contó que estaba escribiendo una novela en metáfora de su vida. Me interesó bastante y le pedí que me la enviara, agra-

deciéndole tal hazaña y demostración de confianza:

—Charles, no se sí me merezca tan grato privilegio, me emociona inmensamente tener esta gran oportunidad de conocerlo más.

—Profesor, me interesa mucho su opinión, simplemente léalo.

—Una prueba de artista, este es su borrador, ha puesto en mí una responsabilidad enorme.

—Al principio creí que podría ser un diario, hasta un secreto solo para mí, es más me asusta que lo vean los demás, pero puedo creer en esas personas que sí se merecen la amistad.

—Gracias, lo considero un atrevido.

—Si lo edito algún día, usted sería a quien primero le agradecería, por ahora necesito su colaboración.

—A la edad que usted tiene no se me pasó nunca por la mente semejante osadía. Personajes como usted están en vía de extinción. Me alegra haberle conocido, usted es una de las razones para continuar en este oficio tan mal retribuido.

—He adquirido mucho conocimiento gracias a usted, a pesar de la destreza que me caracteriza. Y no se preocupe por el dinero sino por lo que deja en los demás.

—Le voy a contar algo de mí: alguna vez recogí a una amiga que llegaba de Múnich. Fui al aeropuerto, estaba lloviendo bastante. Ella me dijo que recién había muerto su hermana. Traía un libro: Pensamientos de un viejo, de Fernando González. Desconsolada me dijo que no quería estar en la casa de alguien. Pasamos la noche con dos botellas de vino, leyendo el libro hasta quedar dormidos.

—Mujeres de ese tipo son bastante escasas. Conozco una que es mi perdición y temo verle porque creo que yo logro amar más allá de la vida y la muerte, siento como si mi historia con ella fuese profética.

—¿Cómo se llama?

—Después le cuento, voy a pintar un retrato de ella y le enviaré una fotografía.

La gélida región del sur

Alguna vez Wolfgang hizo un paseo con su maestro Wilhelm. Chile era el destino esperado. Las olas del sur aguardaban ser ahora espejismos del protagonismo espiritual y divino. Un país lleno de parajes místicos donde el gnosticismo se despertaba en experiencias alquímicas del ser y la naturaleza. Una vez más un dios natural se alimentaba con el panteísmo de los magos. El sabio y su discípulo escalaban las cimas de montes y nevados, a través de bosques rociados del fresco invierno. Valparaíso, el centro de Chile. Recorrido que fue en secreto, para que Wolfgang pudiera descansar en paz del hastío social, que le enseñó el incomprendido de Jean Paul, quien ni se percataba de aquel viaje. Allí en las alturas del *Nevado del Plomo*, los dos sujetos divisaban cualquier cantidad de objetos voladores, que se confundían con intactas estrellas y las opacaban. En las noches salían y acampaban al aire libre. No se podía saber qué tipo de espectáculo se preparaba en el cielo, lo cierto es que por la escasez de luz, se podían observar todos los astros y constelaciones que Wilhelm le enseñó a su alumno. El maestro siempre quiso ser astrónomo y decía que si algún día lo fuera, enviaría a Wolfgang al espacio para estudiar el cosmos sin aire ni gravedad. Wilhelm nunca le guio en los caminos escarpados, jamás le ayudó a subir una roca empinada, sin embargo, Wolfgang siempre lo perseguía, imitando sus pasos. Aquellas noches en que salían juntos a tomar fotografías celestes y se preparaban para registrar los movimientos fugaces de algunos cometas, Wilhelm le contó de un amigo de la universidad que era pintor y arquero de fútbol:

—Un artista demasiado maniático y apático, pero era tan insensible, que el dolor le llamaba, era como un masoquista dema-

siado adicto. El sufrimiento le inspiraba tanta pasión, que pronto el suicidio le llevó a la serenidad. Me dejó una pintura hecha con su misma sangre, la última que hizo, aún la tengo y en ella está impresa su propia muerte, por eso soy testigo de su ejecución.

Algún día en un espectáculo abierto de fútbol en el campo, el pintor se desnudó y fue a buscar el balón que había caído en un lago, tuvo que pasar un sendero de alambres de púa y mientras su cuerpo daba giros como si se estuviese asando, el tipo se reía. Esos amantes de la estética siempre presentan públicamente sus desdeñosos proceder, parecen megalómanos, pero en realidad están enfermos.

—Lo que han hecho del arte muchos artistas ha sido falsificarlo para usarlo como medio de auto-consolación —decía Wolfgang, a lo que su profesor respondió:

—El que no conozcas algo que haya hecho un artista, no significa que él no lo haya hecho.

Wolfgang meditó por un instante y recordó a su amigo Charles, encontrando ciertos rasgos similares a los del pintor, inclusive su psicosis. Mientras tanto, Wilhelm encendía una pipa que contenía una medicina que le habían obsequiado unos indios en su viaje al Himalaya para los dolores que había sufrido en un accidente que le ocurrió cuando recorría la India en su motocicleta. Allí conoció a un médico que tuvo que operarle, el cual le recomendó unos sujetos que practicaban la *Transmutación polar de la conciencia* en las cimas del Monte Sacro. El médico le relató a Wilhelm una de sus peripecias cuando joven, recordando que en algún transe que tuvo, dejó fallecer a su padre como obra de la naturaleza y de aquel *Laissez faire* del sueño a la conciencia.

—Yo estaba haciendo un experimento en mi alcoba mientras mi padre agonizaba en la habitación de al lado, vociferando desesperadamente. Manteniendo mi pasividad, dejé que aquella fuerza voluntaria y mortal de mi padre invadiera mi existencia. Minutos después decidí recogerlo para cremarlo, un ritual pecu-

liar y simbólico de mi cultura. No le miento Wilhelm.

Wolfgang quedó atónito ante las historias y se reía pensando en lo ridículo del proceder de aquel hombre poco común. Era extraño que su profesor conociera personas normales, porque ni siquiera sus alumnos lo eran. Después de haber estado casi en la cima de la montaña, apareció una tribu de indígenas oriundos de Chile para tomar las pertenencias de los turistas, incluido el equipaje y las cámaras. En aquella osadía, Wolfgang se resistió frente a un indígena que tenía una lanza de dos metros, igual de alta al que la llevaba y que lo enfrentaba en el instante en que otros miembros de la tribu sostenían a Wilhelm del cuello con una daga en la aorta. Wolfgang no tuvo otra oportunidad que abandonar su valentía e ignorar su temeridad. Aquel suceso les obligó a buscar compañía de otra tribu para perseguir a los ladrones. Ambos fueron por diferentes caminos. Perdidos, cada vez se olvidaban del propósito que perseguían, pero por lo menos peregrinaban hacia el mismo lugar. Pronto se acercaban a Viña del Mar.

De la quintaesencia perdida

Wilhelm se accidentó mientras escalaban un monte, Wolfgang exageró al pensar que había muerto, olvidando que los grandes hombres requieren golpes demasiado fuertes para ser vencidos y que el riesgo tan solo hace que el guerrero sea entrenado necesariamente. Pero como Wolfgang siempre esperaba de todo lo peor, para no llevarse malas sorpresas, lo asesinó en su mente y lo revivió con la energía de sus fibras musculares, presionando su pecho con un golpe seco de nudillos. Wilhelm duró una semana en camilla, para recuperarse y volver a subir el monte.

—No, aún no estoy listo, creí poder controlar el dolor sin medicamento, pero me faltó concentración.

—Siempre es complicado profesor, pero saber que somos en parte biológicos, nos lleva a pensar que el cosmos está en plena unión con el espíritu humano, como un sincronismo.

–Ahora yo soy su alumno, lo escucho, cuénteme más.

–Creo mucho en el poder de los astros y la influencia en el destino humano.

–Claro, naturaleza y cultura.

–Aunque seamos finitos, hay una energía infinita que se moverá cíclicamente sin detenerse, eso hará que las circunstancias se repitan, tanto que parezcan eternas.

–Wolfgang, en realidad todo ello está encerrado en un mundo sistematizado, así que no son más que leyes, donde el azar solo se encuentra en los hechos que deban repetirse por cada época, cuánticamente hablando, la incertidumbre crea temor y nos hace permanecer propensos a caer en el laberinto.

–Tal vez tenga razón profesor.

–El hombre ha creado tantas cosas en tan poco tiempo, que ha forjado una aproximación a la idea de cultura, pero nos ha alejado tremendamente de lo natural, de la esencia y la espiritualidad humana, cada día somos menos nosotros.

–¿Y no son esas ideas propias del hombre, estrictamente naturales? Esta es la gran paradoja profesor, que es un concepto creado por el hombre y para el hombre.

–La desnudez sería desde lo primitivo, una condición natural, pero desde lo cultural, sería una forma de vestir mal vista, por toda la carga ética y moral de la sociedad, el ser culto se alejó de la instancia natural del hombre para pasar a ser un estado de apariencia del sujeto que se aproxima al conocimiento, pero se aleja de él mismo. Entonces llegar a la esencia misma de lo natural, partiría de la sencillez y de la humildad.

–Hemos dejado de ser eternos profesor, nos hemos sometido solo a un círculo social que no puede ser más superfluo y efímero, hemos salido del mismo origen natural del cual solíamos provenir. Esas son las razones de la crisis existencial que tanto tortura a la cultura, y afuera miles de escritores contando sus historias,

también ellos encapsulados. Pero me alegra saber que aún nos queda la fantasía y la imaginación para adentrarnos en un libro, más que una mera distracción absurda.

—Mientras el mundo muere y se destruye. Es una de las fórmulas de escapar a la presión del sistema. Wolfgang, ¿qué tiene planeado para mañana?

—Profesor, ya me importa poco la humanidad, buscaré salvarme, el resto puede morir, porque El Erial fue construido para pocas personas como nosotros.

En otra ocasión se encontraban discutiendo a cerca del materialismo, mientras sentados en el suelo, preparaban una fogata dentro de una caverna, cerca al Volcán Chillán.

—El apego a lo material o a los seres vivos siempre terminan mortificando las emociones de los sujetos.

—¿Entonces por qué la gente tiende a querer lo que sabe que no va a durar? Si el dolor y la alegría se llevan de la mano como pareja enamorada. Profesor, estuve de viaje mientras usted se recuperaba y conocí mucho del río, los árboles, el sol y las aves, inclusive alcancé a sentir cómo un dios que me hablaba en aquel libro mágico, *Narciso y Goldmundo*, me traía tantos obsequios solo para mí, para que pudiera sentir una conexión con el todo.

—Al roble, al Sauce, a la tierra, la lluvia, la hoja, la gota, la espora, lo que no vemos pero está latente en ella, la naturaleza. No estamos solos, sino con ella, ella es más compañía que los seres humanos.

—Pero, tan solo es una parte de ella, una pequeña, porque ella completa es imperfecta, hay que encontrar lo que es en ella nómeno, es esto lo más bello, lo que está en silencio afuera, pero grita por dentro. Ser nómada, ¡ay, profesor cuanto desearía una vida así, por un momento sentirme animal ser un peregrino y no tener hogar, no apegarse a nada! ¿Qué sería del miedo si todo horror humano y natural se conoce?

—No existiría el miedo. El precio de la libertad muchas veces es la soledad, cautivadora y embriagante soledad humana, ¿por qué no estamos solos? Prefiero la compañía de un buen roble, una majestuosa montaña, más que seres humanos.

—Pero no es vivir solo en ella sino vivir con ella, también es embriagante lo que se esconde detrás de una mujer, eso también es naturaleza, una amistad, un amor. ¿Entiende? No es solo vivir alejado sino también buscar aventuras, brisas que inquieten, que tienten la curiosidad.

—Claro Wolfgang, la reflexión reacciona frente a un sistema que objetualiza al ser humano, me permite la exploración sin discriminación, porque podría estar perdiéndome de algo extraordinario.

—De hecho lo perdemos, siempre perdemos mucho, siempre que nos quedamos pensando y no actuamos.

—Así sea pecado, mal visto. ¿Quién dice que algo es bueno o malo?, discípulo. Hay solo reglas convenientes al sistema, a los grupos de poder.

—Pero así también aprendemos de la misma cultura profesor.

—Aprendemos lo que realmente nos construye como seres humanos y no lo que los grupos de poder exigen que nos enseñen. Seamos nosotros por un instante porque la vida ha quedado en fragmentos. Estos momentos hay que vivirlos intensamente.

—Como si fuésemos obligados a ser felices, siendo que nos han arrebatado hasta la verdadera definición de la felicidad.

—Pero en el fondo seguimos siendo peces Wolfgang, muy en el fondo.

—Pero hemos evolucionado, ya somos algo demasiado grande como para rebajarnos a lo ínfimo de la historia de La Tierra. El ser se ha construido con el tiempo y con él, el pensamiento y la pasión. Aún podemos sentir a las mujeres, eso es lo que más me place, aun si somos diferentes, así quieran llamarnos locos,

continuamos en cercanía con la corriente, con el reflejo de las nubes movedizas en el agua, con los pájaros que juegetean con las flores, asustados por la crueldad humana. También nosotros hemos de sentirnos así, pero tenemos el don de reírnos, reírnos de ellos, y entender al pez, al ave. En esto se fundamenta el arte de vivir.

–Va más allá del arte mismo, querido alumno, es la esencia del ser humano, hace rato la perdimos.

–Pero por el arte lo podemos imitar, la esencia puede llevarnos al arte. Aunque es cierto, el hecho de contemplar ya es expresión de una unión entre cuerpo y espíritu.

–Wolfgang, yo creo que el término arte no es una palabra nueva dentro de la historia de las culturas, para proponernos qué es bello y qué no.

–Pero eso ya viene con la estética, el arte en sí es diferente.

–No creo que las intenciones de muchas culturas se hayan basado en la voluntad poco simbólica y ritual que tenían las culturas antiguas.

–Sin adornos, es expresión misma del alma profesor, por el arte puedo expresar lo que siente mi esencia.

–No se podría hablar de una estética general, ya que todas las culturas se han desarrollado de forma diferente, entonces el concepto de lo bello y lo feo indudablemente cambia, sería mejor hablar de estéticas particulares.

–Profesor, lo subjetivo es la experiencia estética.

–La estética igualmente es un término inventado por el hombre moderno, muchas veces para marginar a los grupos marginados. Prefiero hablar de belleza, que se puede encontrar inclusive en aquellas cosas que disgusten a la vista, pero que se encuentran en armonía con su entorno.

La Epístola

Wilhelm Baudelaire desapareció en un viaje hacia Egipto. Decía que ya estaba demasiado cansado de vivir, y que la muerte quería atraerle al centro del universo, para ser de nuevo un astro y para que sus alumnos pudieran verlo y confundirlo con cualquier monte, de ese modo no sería recordado y no se molestaría en volver a la memoria de cada uno. Quizás quería que su cuerpo se confundiera con la civilización perdida en las pirámides del fondo del Mar Mediterráneo o las momias del Mar Rojo. La última carta que Wolfgang recibió de su maestro provenía desde muy lejos, temía decirle, porque quizás iría en busca de él. Wolfgang conservó el escrito y después de la muerte de su maestro, lo publicó. Siempre fue recordado por su espíritu juvenil y aventurero, como soñador consciente y alma que ensalzaba la vida y la naturaleza de la Tierra.

Cuando un amigo se va, queda un espacio vacío, que no puede llenar la llegada de otro amigo, no hay algo que lo reemplace, nada se olvida ni se supera si tanto se ama, en silencio también pienso y le hablo a la muerte, en vano. Somos seres que vamos más allá de la sensibilidad, a veces pienso que pertenecemos a otro espacio-tiempo, pasado o futuro, no sé, pues este tiempo que nos correspondió no lo entiendo y nos trata muchas veces de forma cruel, quizás nuestro espíritu cuando entienda la crueldad, irá a ese lugar: la eternidad, saltará las condiciones de toda experiencia y toda sensualidad.

Hoy es un día poco común, me embarga la tristeza hasta el último céntimo de mí ser, lo siento así sin más ni más mi querido pupilo. Es cosa de todos los días, pero desde ahora espero que esos días sean diferentes, hoy tan solo quería compartirle unas palabras, palabras banales. El sufrimiento es algo que no se puede describir. Sigo reflexionando, pero el corazón hace sus piruetas, no es algo diferente a lo que sienten los demás, lo diferente es que estoy sintiendo como los demás: disputas entre la razón y las

emociones, y el corazón aparenta sentir lo que la razón no quiere reflexionar, porque no puede, no se puede luchar contra la emoción, mucho menos imponerle un carácter racional.

Más cuando me encuentro en actividades en masa, siempre es satisfactorio sentirse diferente, pero siempre es peligroso. Hay que encontrar una especie de equilibrio entre lo único, la esencia de uno, y lo que es el hombre, para que el ser humano no niegue su naturaleza. Me pregunto qué le pasaba el último día en que nos encontramos, su expresión no me dejó conforme.

Muchas cosas llegan sin ser buscadas, como más muertes, a veces me invaden malos pensamientos, pero todo cesa al fin y al cabo. Sigo estando aquí, en silencio.

Un abrazo.

CAPÍTULO IIX: EL SACRIFICIO DE OTRA ERA LEJANA

Como narrador he dejado hablar al protagonista, me lo ha pedido, pero no me ha rogado, no suelo compadecerme de nadie; ahora pienso que he tomado esta historia como si yo hiciera parte de ella, y esto me parece un riesgo enorme, pero como soy Anónimo, prefiero que lo conozcan a él antes que a mí. Así que pensé que como Wolfgang también escribe, lo mejor es dejar que él mismo termine:

Hipótesis inconclusas

Me encontraba sentado al frente de mi escritorio, escuchando lo que me comunicaba *Tomaso Albinoni* en su *Adagio en G menor*, y esperando la llegada de una botella de whiskey en la cabaña en la cual vivía solo en una aldea de iglús en Alemania por un largo tiempo, quizás hasta que terminara mi novela.

A veces siento que lo que hubo aquí en un tiempo, fue la intercesión de dos espíritus de un mismo destino, es como si hubiesen llegado del más allá dos mensajes, escondidos en dos cuerpos. Como siempre, la vida y la muerte se bifurca, y aún sigo preguntando si esa fragmentación merece definirse en más de dos partes o no, después de todo seguirán siendo extremos. ¿Qué hay en la mitad de ellos, seré yo quien ocupe ese lugar?

Aquellos mensajes que heredaron son ideas incompletas, hasta ahora en crecimiento. Es difícil saber la verdad, intuir la objetividad o más allá de eso, analizarla. Haremos pues el simple trabajo de entenderla sin interpretar. Siempre que hay un rastro de objetividad, todo se vulnera, se corrompe, es como una gota de sangre en un charco, como el agua de la lluvia en el suelo: hace que el reflejo ya no sea traslucido.

Estaba tan cansado la noche del 27 de enero, que estaba empezando mi novela y ya quería renunciar a seguir escribiéndola, porque estaba destinado a rehacer la mayoría de los diálogos. Caí desplomado en mi escritorio, frente a la máquina. En ese entonces estaba de viaje como el exótico andariego que era. Soñaba que vagaba por el mundo, recorría España junto a mi amigo Jean Paul, íbamos a un bar de gitanos donde se encontraba un grupo de bohemios cantando flamenco y bailando sobre las mesas. Uno de ellos estaba ya pasado de tragos y comenzó a maltratar a los meseros mientras bailaba, era Charles, ese loco trotamundos. ¿Qué hacía allá? Se preguntó Paul. Luego yo desperté en mi escritorio sudando. Soñándome ahora acostado en mi alcoba boca arriba, respirando intranquilo. Mi corazón mantenía el pulso de un compasillo, el reloj que marcaba la hora como metrónomo, se confundía con el tiempo que llevaba la pieza que escuchaba en el tocadiscos de mi habitación: Canon in D menor de Pachelbel. De pronto me levanté de la cama y me asombré al verme recostado sobre el escritorio, mi anima salió del mi cuerpo físico, tomé mi hombro y decepcionado me dije en la mente:

Así es como te dejas de sentir insaciable y libre, mientras los otros solo creen estar tranquilos y buscar la manera de no pensar en eso que rodea tu cabeza, porque ni siquiera eres tú quien piensa en eso, sino es la tragedia misma la que abunda en tu mente. Desgraciado, así te quería ver, rendido ante el cansancio, es que no puedes ser más conformista porque la gente te apoya, esperas tu recompensa siempre, porque de seguro que piensas que le debes algo al destino, que te faltan homenajes para obsequiar a tus dioses como sinónimo de culto, que debes sacrificar tu vida para que ellos logren algo de lo que anhelaban, ser o hacer, ¿y dónde quedo yo? ¿Dónde quedamos nosotros? ¿Dónde está tu egoísmo?

No eres más que un fracasado y te entusiasmas porque los demás te dicen que eres maravilloso, te vanaglorian por tu talento y halagan tu pensamiento, tratas de atribuirle a los milagros nombres que inventas, y aun así crees tener la suficiente inspi-

ración para continuar, ¡estás loco! Tus penas se ahogan ahora en aquellos escritos, que ni siquiera son sinceros porque no tienen lágrimas. Sueñas demasiado, tu condición de místico no te deja ahora hacer lo que siempre quisiste, ves ahora demasiado difícil pararte a conversar, a producir, eres un indolente, te estás quedando mudo, te escuchas y no me atiendes, te crees personal y subjetivo, objetivo y sabio, no haces más que depender de los libros, oyes criticar y te parece eso sincero.

Levantas la cabeza y aseguras que la forma de las nubes es arte de ellos, tus dioses, todo triunfo lo dedicas y asignas solo a ellos, ni siquiera a ti, ¿dónde está tu dios? ¿Y dónde yo? Aun esperas que te despierten, que otro te diga qué debes hacer, lo oyes y sigues dudando, seguro quieres dejarlos ir, nunca te has querido despedir, dices que ellos no te entienden, que debes sentirte así para que los demás noten el vacío, tienes siempre mucho que decir y no lo compartes, solo lo ocultas en una hoja. Ya es tiempo de volver a nacer, piensas en la muerte siempre y a menudo te acecha, no estás todavía ni un poco seguro de ti, por el contrario, cuando sientes miedo ni siquiera te sientes, solo sientes la fuerza de tu enemigo, que no es más que tú mismo ser.

¿Qué clase de demonios pasan por tu cuerpo? ¿En realidad hay tanta gente allí dentro de tu cabeza que no sabes nunca a quien elegir? Que sosegado eres, ¿tienes mucho sueño? Porque eres débil, si no detienes esto, pronto me iré. Veo tu cuerpo tambalearse, debes estar desesperado, no te puedes mover, lo mejor será ayudarte, aunque no suelo ser piadosa.

La nostalgia de lo no heredado

Muchas fueron las noches que pasé en casa de mis padres después de lo ocurrido. En una de estas, mi madre recordaba la pesadez que sentía su hijo, quería comprenderme y como un gesto de solidaridad y empatía me compartió una experiencia que no fue nada agradable para ella:

–Wolfgang, sé lo que sienten las madres, yo lo he vivido, yo iba a tener una hija y no nació y esa es la hermana que tú ahora buscas, es como si te arrancaran parte de ti, sientes cómo un alma se va de tu cuerpo. Recuerda que somos almas múltiples, se han llevado algo de nosotros, pero aún nos queda mucho, mucho por vivir.

–Es el más triste adiós, ¿en dónde quedaron nuestras conjeturas filosóficas? Parece que se fueron a la misma nada. Todo, todo ha quedado inconcluso, es la misma sensación nostálgica de lo olvidado, ignorado y repudiado.

Decía yo, llorando en mi alcoba, después de recitarle a mi madre un fragmento del escrito. Mi madre lloraba por mí, como lo hizo en mi infancia cuando le dije:

–Mamá, ¿cómo he de conocer a alguien que no existe, cómo he de extrañarla, cómo he de anhelar que estuviera aquí, que pudiera describirla, que pudiera sentirla, amarla.

–Hijo, busca y encontrarás en ti mismo la imagen perdida de aquella mujer. Hay señales, yo también las he sentido, aunque no las vea.

Es esto lo que me sucede a mí, Wolfgang, mírame, ten presente, siempre llegan palabras cristalizadas en otro tiempo, en otra alma, recuerda, estos son signos de aquel indicio de existencia, que conlleva a reafirmar: existimos, alguna vez fuimos verdad y otra vez simplemente los otros fueron nosotros, ahora somos nosotros ellos. Aunque ya no esté cerca de ustedes, aun escucho a mi hermana, ella te acompaña, cuidala por mí. Me grita, me hace llorar y entonces llega la lluvia, he dado mis palabras a ella. Fiodor

Buscando algún signo que me uniera a mis fantasmas, encontré justamente aquel papel que Charles me entregó un día que se había ido de viaje a Milán, cuando borracho se arrepintió de haber escrito porque decía que era basura lo que sus manos decían a su cerebro. Lo leía una y otra vez, era lo poco que me había dejado, desde que se fue a su viaje por los escondites re-

motos de la muerte. Juntos sacrificaron sus vidas para que dos gemelos nacieran en total armonía. No sin antes heredarles un legado, gracias a un pacto de sangre que se profesaba en aquella época. Precisamente no murieron combatiendo, sino discutiendo entre ellos, después de una noche de barriles colmados de cebada y lúpulo, una cena adornada de cordero y res, cerca de sus amigos y lejos de sus amantes: Vittoria e Iris, recordadas siempre como aquellas mujeres que perdieron a sus congéneres de la manera más estúpida que se pueda imaginar. Dos mujeres unidas a dos héroes guerreros: Frank y Fiodor, que se fueron de la tierra rescatada, de la manera más absurda y ridícula. Quizás fue la burda terquedad del rubio bufón y el amor que le tenía su allegado, el barbado salvador, la brújula, el guardián y espectro, el espíritu femenino, encerrado en un cuerpo poco robusto y resistente, acompañante del camino hacia la trascendencia. Ciertamente fueron vidas pasadas, antiguos ancianos que tuvieron que cumplir con una misión y regresaron para vivir en los demás, para renacer en un destino, una vida que les figuraba, un misionero y su víctima, un salvador y su mártir, un héroe y su discípulo, nombres que obligaban a llevar una historia circunstancial del ser, espíritus llenos de fugacidad. Empero, existía la compañía de un sujeto que sabía narrar cuantas aventuras se les ocurría hacer, cuantas osadías se les atravesaban por la mente, un discípulo de las doctrinas que elogiaban la locura, la dificultad y la elocuencia de aquellos grandes seres, yo. Quizás Charles y Jean Paul visitaron el purgatorio, recorriendo cientos de lugares espectrales, en busca de respuestas para devolverle al universo.

Rasgos Protagonistas

Es menester, comenzar con los que serían las eminencias de una comedia trágica, una obra de broma a la vida, un elogio mortal. Dos actores que luego serían expulsados de la cinta, por su carácter de dementes. Era el nacimiento de dos semillas, la muerte de una tragedia, en un tiempo en que se absorbían los embriones

y se exiliaban al siguiente paso, a la sensibilidad. La nostalgia y el dejar de ser querido y esperado, se convertía en el deseo de volver a sentir el origen, sin pensar en una inserción de la idea de vida. Para ellos hubiese sido mejor haber avanzado al siguiente paso, el cual sería igual al comienzo: serían igualmente queridos, añorados, anhelados y de nuevo extrañados, pero nunca desterrados. El haber nacido de nuevo en la muerte de un amigo, es decir, en su primer nacimiento, fue un trauma que por siempre irrumpía el pecho de Dave, otro de los muy allegados, que por cierto se salvó de un ataque directo al corazón, víctima de una agresión con arma blanca en una tarde en la que Charles le salvó la vida. El accidente mortal de los dos mejores amigos entonces había ocurrido el mismo día del nacimiento de Dave: en las tinieblas de un diluvio del 8 de febrero. Al parecer lo habían hecho para mantener a su amigo en el mundo, ya que se habían dado cuenta de que él sería una eminencia para el musical de la obra preparada, y para el mundo entero.

Entendido, un exilio es permitido en un mundo, en una vida, una trama, pero en absoluto será eterno, ya que la existencia supone la presencia de una esencia de donde provenga, pero no explica la ausencia de la nada, en el todo nunca hay algo, ese algo solo estará en algún lugar, no en ninguna ni en toda parte, para ser confinado es necesario poseer un destino a donde tener que ir.

Hemos aprendido a ser fuertes, sobrepasar límites, ser ídolos reconocidos, queremos que se levanten efigies en nuestros nombres, que se nos haga homenaje a nuestras muertes, que se nos lea junto a una vela en una noche de tormenta. Lo hemos aprendido de estos escritores, hemos de querer ser más seres en uno, más humano e híper-especie. Seremos dioses como ellos, entonces veremos al todo, con los mismos ojos, a la misma altura de nuestros hombros y no esperaremos ayuda de ellos aquí abajo, solos podemos vencer si tan solo ellos nos vigilan.

He aquí uno de los escritos de la autoría de un pensador intemporal, que hoy nos llevan a la turbación, he aquí un hombre

demasiado hombre, un sabio e idóneo iconoclasta, que de haber vivido más, la humanidad habría dejado de ser. Charles Isakson, un muchacho gallardo y extremadamente inteligente, con una mente espléndida e inagotable, cabello rubio ondulado y largo, ojos verdes oliva y barba bien definida. El Bufón de la Trinidad lo llamaban sus amigos, de la Unión Mística, de la Amistad Sacra y privilegiada. Poseído por la sátira de un espectro hecho ángel, su ironía artística envolvía al mundo en un escenario, donde su obra sarcástica y despiadada, emanaba de la vida hecha un instante de mofa, un corto momento de chanza y burla de la misma personificación de un pequeño ser elegido, un niño desconocido que negaba el mundo como su escondite. Todos estos rasgos conllevaron a arrancar de sus pensamientos, de sus manos, de su espíritu, aquella vida plena y llena de cosechas. Todo árbol que se sembró en su camino quedó intacto en un segundo, se volvió roca y luego se pulverizó, y sus cenizas hicieron finalmente parte de las nubes, del infinito azul del espacio que las aves mismas surcaron. Aun hasta después de la agonía del descanso, después de la asimilación de aquella realidad por mi parte, yo seguía siendo su más grande admirador.

Pero aquello no era todo, en aquel accidente insensato, logró participar aquel hombre mujeriego, un revolucionario del saber y del amor. Jean Paul Tesla, un hombre bohemio con un corazón gigantesco, que despertó en su familia y en sus prójimos graves delirios y paulatinamente provocó en mí, hermano putativo, la crisis de la enajenación y la vehemencia, al punto de pensar en hacerme un psicópata. Muchas veces pensé en presenciar la muerte de aquellos personajes malditos y repugnantes, que eran mis enemigos: Dave y Michael; pero me retractaba de mi demencia y mis pensamientos irreverentes y cínicos, porque, aunque estuviera loco, nunca olvidaba mi juicio y la necesidad de la presencia de quienes me enaltecieran. A pesar de todo, caía siempre en cuenta del papel tan importante que jugó mi ídolo Paul, el de salvar la muerte y abandonar su bella vida, era un héroe,

realmente era el protagonista de aquella obra teatral. De ahora en adelante debía encargarme del fin de la obra, actuar a favor de ellos, por y para ellos, debía ser el actor líder, el nuevo Mesías de la Tragicomedia, debía importarme solo aquello, y por ello quizás hasta me volvería millonario y ayudaría a mi familia y a la familia de ellos, como gratificación por haberlos traído al mundo, así ellos no hubiesen querido, por obligarlos a llorar y enseñarles a reír, por cultivar en ellos grandes costumbres y concepciones de amistad incondicional.

CAPÍTULO VII: SE ABRE EL TELÓN

En Noruega, conocí al dueño de la industria cinematográfica y director de la obra trágica, Michael Angelo Orff. Que de hecho ya lo conocía porque alguna vez estudiamos en el mismo instituto.

—Señor Swensson, he leído los manuscritos que me ha enviado, su creación es una total genialidad, será una novela espectacular y me gustaría proponerle una adaptación cinematográfica.

—Sería para mí un honor aceptarle, de verdad que me halaga.

—¿Cuándo piensa publicarla?

—Estoy trabajando aún en ella señor Orff.

—La verdad es que yo conozco a un editor, si gusta podríamos programar una cita. Aunque a mi parecer el libro no prometería un éxito tan enorme como el de una cinta.

—¿Qué me aconseja entonces?

—Wolfgang, si gusta, además de ser el guionista, puede ser el actor principal.

—Tendré que pensarlo detalladamente, le agradezco su propuesta. Mientras tanto contacte al editor y me avisa.

Recordé esa conversación que tuve con Michael cuando yo era un joven ingenuo. Así fue como decidí hacer un guion de la historia y dejar a un lado mi novela. Luego de reunir a todos los personajes, se inició un viaje a Italia, en donde Charles ansiaba convertirse en actor profesional. Por otra parte, yo era un sujeto tímido que no solía sobreactuarse ni creer tanto en el papel. El personaje que debía interpretar me causó tanta paranoia y aflicción, que su libreto marcó mi vida por completo.

Debía actuar como un extraño, hacer cosas extrañas y cuando practicaba el guion, sentía que mis bellos se mecían con el contacto del viento, como caballos cabalgando sobre enormes

praderas amarillas del paraíso donde estaban mis amigos desaparecidos. Un día tenía que disfrazarme de mimo, escribir un monólogo e interpretarlo con los mismos gestos de Charles. En otra escena tenía que pintarme la cara y los labios y prestárselos a Charles para que me diera las respuestas que tanto me preguntaba, pero nunca, nunca pude descifrar el código. Otras veces era el director de una orquesta, tuve que aprender a escuchar música clásica y no tan pronto entendí que para comprender una sinfonía, debía tener un oído amplio, una concentración certera y desligada del mundo exterior, quizás los sueños escondían lo invisible como la reliquia de un conocimiento olvidado y remoto en el más allá.

En el escenario reía y gozaba, me destapaba, mostraba mi elogio hacia ellos, personificaba cuantos bufones pudiera, me convertía en una bestia, cuando paseaba admirando por mucho tiempo la luna, encima de los bosques y cabañas de árboles. Entonces el público se conformaba ahora con verme. Aunque estaba destinado por siempre a hacer reír a Paul y Charles, mientras ellos cuidaban de mi cordura existencial. Entonces caía, me hería, pero no me dolía, era el títere de aquellos espíritus, el muñeco al que ellos hacían brujería, era el simple intérprete y ellos los verdaderos guionistas, los creadores de la mágica y hermosa obra, simplemente nuestra, tan solo mía y de ellos. Aunque a veces volvía a despertar y pensaba en sus espíritus ¿Qué sería de ellos? Por cierto, Charles siempre me dijo: *Yo nunca me formulo esas preguntas existenciales*. Pero nunca comprendí por qué él no lo hacía, aunque siguiera sus órdenes sin desvariar. En la obra ellos me hablaban con sus seudónimos, Charles como Fiodor, Paul como Frank, por medio de memorias, por medio de frases sabias como las de Frank:

Muchacho no pienses que la vida es un paso, que es tan fugaz que se va en un minuto, piensa que todos los días son tan largos y que puedes vivir cuanto puedas, que la vida te alcanzará para ser y hacer de las tuyas por doquier.

Y así Fiodor correspondía: *Antes de dormir, siempre pienso en todo lo que hice hoy, así recuerdo cada momento como si fuera eterno y lo mantengo intacto en la memoria, nunca olvido qué larga es la vida.*

Estas enseñanzas me llevaban a vacilar y cavilar sobre las rutinas, la monotonía de lo mecánico, lo aburrido que podía llegar a ser mi trabajo. Aunque estaba seguro de que mi oficio no siempre era el mismo, pues las andanzas variaban siempre, representaban un devenir, porque provenían de aquella inmortalidad cambiante, aquel flujo de la vida y de sus propios sentimientos, emociones y estados de ánimo, y eran una reproducción incesante. Cada vez que interactuaba con una persona, mi personalidad se extendía, se prolongaba en cada palabra que compartía. Y era a la vez la víctima de todas mis denominaciones, los dibujos que retrataba se convertían en mí, era una caricatura, un personaje de cómic.

Cada vez que hacía un retrato de Paul, me venía a la mente la imagen de aquella noche de viernes de festejo, en la cual me encontraba con ellos, rogando tener una cámara para fotografiar un esplendido fenómeno: la neblina fundiéndose con el humo del cigarrillo que pintaba formas fugaces y se elevaban hasta el cielo, confundiéndose con las nubes colmadas de lluvia ácida. Así iba entendiendo poco a poco, que aquellas palabras que quería oír de ellos se hallaban en el transcurso mismo de la escenografía, de los lugares más remotos del mundo, paraísos, parajes incógnitos y enigmáticos como yo.

Movía mi cuerpo por inercia, mi lenguaje puramente corporal era una especie de autismo. Realmente me había vuelto loco, tanto que de la vida real solo veía una película, una trama, una cinta que giraba hasta marearme, hasta hacerme caer de nuevo al abismo de la serenidad. Tal como lo hice una vez, en aquel capítulo escrito por mí, aquel suceso que ya creía acercarse. Aquella noche la recuerdo siempre por la incesante lluvia que no congelaba, que se confundía con mis lágrimas, hasta el punto de hacerlas invisibles. Concluí que yo había sido el culpable de que ellos no estarían en la obra. Me sentía señalado, miserable, solo quería quedarme

con el recuerdo de ellos, porque después de todo, aquellas vidas me pertenecían tanto como sus muertes.

El Yo que nunca duerme

No bastaba con ver los rasgos de Charles en tantos rostros callejeros, porque aun así seguía odiándolo. Hasta se me pasaba por la mente el hecho de que esa misma noche, el títere hubiera pactado su destino, haber hecho un convenio de agonía, con su amigo Paul. Y ahí se me desataba la furia, rompía muchos escritos, destruía mi propia historia al pensar que podía quedarme solo en el escenario.

Cada nacimiento de un nuevo retoño era para mí una tragedia, sentía miedo, por la marca rojiza que perduró en mi piel durante la obra. No sabía cuándo era el tiempo de abandonarlos. A veces pensaba: ¿qué estarán haciendo ellos en estos momentos, si quien se hubiera ido hubiese sido yo? Fue entonces el momento póstumo en el que pude ver imágenes en mis sueños:

Deambulaba entre aguaceros, cruzando las fronteras delineadas por calles rocosas y sedientas de agua. Caminaba con gran esfuerzo, como si la lluvia inundara mi vestimenta, como si fuera la arena movediza, aquella que me esperaba. Me tendí sobre el suelo, como ellos lo sintieron, vi las gotas fugarse ante mis ojos, me nublaban la vista, como las nubes al cielo. Apareció Charles como un espectro, a la espera de alguna reprimenda de mi parte, entonces aguardaba, y no dejaba agarrarse, pareciera que lo mismo le hubiera pasado a Jean Paul, pues el hecho de que él no pudiera sujetarlo, impedía a mi voluntad el querer hacerlo. Charles seguía en silencio, con ojos melancólicos y penosos, no podía hablar, solo moverse, era un fantasma, ya de él tan solo quedaba lo que no se podía palpar. Posteriormente Paul apareció y me dijo:

—“Amigo, he vuelto, me han desenterrado y solo esa persona que he encontrado, solo él hubiese podido ser capaz, mis padres le enviaron la razón de devolverme y mi hermano, que está aquí a

mi lado, me ha traído de vuelta, porque allá lo he visto, nos hemos puesto de acuerdo, para venir a saludarlos, y a ver a mi madre, que tanto quiero”.

Seguía sin entender. Y me preguntaba: ¿por qué dentro del subconsciente podía ser consciente de la realidad, es que acaso también la verdad se halla en una ilusión introspectiva? Tantas irracionalidades se me cruzaron por la cabeza, hasta la idea de la muerte, sin saber si en realidad aquel suceso indefectible, representaba una idea o si en realidad nunca parecía por ser tan ininteligible.

Pensaba a veces en sus existencias, en un destino diferente, en sus culpas, en las noches tenebrosas y alegres que me hacían temblar de frío paralizador, en la presión de mi pecho y las contracciones de mi corazón por el terrible dolor. Cada mañana despertaba inquieto, desesperado y triste por aquella ausencia, pero al tiempo me sentía guiado por una fuerza, una energía colmada de inteligencia y amor que me apasionaba al recordar la lealtad que sostuve siempre con ellos. Sentía un gran júbilo al saber que seguía vivo, que podría montar en mi monociclo y recorrer todas las historias que me esperaban, tras ser dirigido por los astros brillantes que siempre me perseguían.

A veces huía de mi oficio, parecía encontrarme con los demás, con otras personas que no pertenecían a la obra, a este mundo escrito al revés; porque no podía evitar que la belleza de las mujeres me acompañara para consentir mi cabello. ¿Qué iba a ser ahora de mi vida? Me preguntaba. ¿A dónde iban a parar los fines de semana de juerga y alcohol? ¿Dónde iba a quedar mi bella costumbre de tomar cerveza cada día, de absorber el humo del cigarrillo, así estuviera harto de contaminarme?

¿A dónde pararán las conversaciones filosóficas y extremadamente reflexivas que me formulaba en compañía de ellos? Pareciera que no hubiera servido de mucho, porque al fin y al cabo de ello no se concretaba nada, quedaban siempre abiertas nuevas posturas, pero siempre la discusión más absurda y sabia de aque-

lla amistad, era el amor por la sapiencia. Ciertas veces, para calmar la angustia, me encontraba con la que alguna vez fue querida por Jean Paul: Lou.

Con ella me relacionaba de una manera excepcional, las risas siempre acompañaban los momentos con aquella dulce dama, que por su puesto me recordaba a Paul, porque alguna vez alcanzamos a sostener varias discusiones por ella, pues era muy bella, vanidosa y provocadora con la mayoría de mis amigos y más con él. A quien tenía como un héroe, pues alguna vez le salvó la vida de la manera más romántica y admirable:

Cierta noche nublada de noviembre en una calle llena de charcos, mientras cruzaba la avenida e iba a ser alcanzada por una camioneta enorme, Tesla me sujetó de los brazos y con un gran giro, logró alejarme del peligro. Era una noche, una noche solo para nosotros, el episodio en que mis labios por fin rozaron los de él. Tú te hallabas en un concierto al parecer esencial para ti, turbado, olvidado del mundo, de la vida, de la obra, volando en las notas melódicas y armoniosas del Gran Tributo, El Homenaje a Bach, tu compositor favorito.

Familiares alientos hostiles

El círculo social estaba inmerso en una esfera inconsciente del elixir onírico, en un limbo atenuante, en la estela del sueño más profundo, aquel lugar real donde la mayor dificultad era aceptar y asimilar algo tan desconocido y antagónico de la vida.

Aun así el trauma marcó la desesperación, haciendo que yo me preocupara como nunca por la vida de Lou, más que por mí mismo, y así cometí unos cuantos errores: mi entrega estaba por encima del bien o el mal, el valor de mi propia vida se dispersó, en la medida en que no podía encontrar el amor más sino en aquella belleza a la que prometí proteger. Así ella estaba en su sueño, el sueño hermoso de la vida y tenebroso de la muerte, y yo en el mío, la condición “aparente” de la vida y los milagros. Una noche en la cual nos separaron, ella fue a compartir una tarde junto a

sus amigas y yo con los míos. Lo que yo no sabía, era que ya entrada la noche, ella se pasó de tragos y de nuevo volvió a sus ojos el delirio mortal. Ella pensó en quitarse la vida, lloró atacada en el suelo, sin mi presencia, o mejor sin la de él. En esos instantes en que yo no quería preocuparme de nada, pero aún así esperaba siempre lo peor, le dije:

—La banalidad del suicidio se sustenta en la fragilidad de la grieta que dividen dos muertes de una vida. Tú misma lo dijiste un día, después de dos puede haber más.

¿Acaso aquel vínculo era tan estrecho, que aquella decisión fuera razonable? Ni por más que las relaciones sean tan cercanas, la cobardía sería la opción más viable, pensé. Nunca me entendió y yo nunca la entendí a ella, ni al fantasma de mi hermana que me hablaba sin estar: “*Regresa, vuelve a mí, juguemos a vernos, a ser ellos, aquí estamos, aquí te esperamos*”. Annie, era quizás una de las pocas que me entendía, como ninguna otra persona, como yo mismo. La noche del 8 de febrero, sentados alrededor de una mesa redonda, ella me consolaba, decía ser *Sinclair* y en mí veía el rostro frío de *Demian*. La historia de *Hesse* se repetía, pero no de igual manera. Allí en la compañía de dos velas, se proyectaba la figura de cada uno de ellos, *Demian* jugaba con su llama, como un niño en peligro, mientras *Sinclair* lo alertaba del peligro:

Cuidado, que ante un ventarrón fugaz, tu fuego se apagará. ¿Acaso ya no existe tu fobia? Es el vértigo de ignorar los miedos, es el temor y la aficción, lo que no te ha dejado llegar a las alturas y aun así has podido ascender. ¿Cómo has hecho? Has olvidado tu propio trauma, eres un afortunado y te has burlado de tus propios padecimientos, solo para no sentir dolor cuando de ti se rían, dime, ¿cuándo se reirán? Ahora yo te miro sosteniendo un espejo y de ti no he de soltarme hermano, recuerda, estás aquí, piénsalo solo por un momento, y en un momento, podrás fugarte. No bailes tan rápido, puedes esfumarte, mira mi flama, está intacta. Me has llevado, es nuestra hora.

De Frank

Para Fiodor

–Apaga las velas Wolfgang, debes dormir.

Dijo mi madre preocupada por su hijo, con su alma destrozada, por mi dolor. Un adulto sabe que aprender de la vida, es dejar de pensar como un niño. Por eso quien entiende el mundo, deja su infancia, deja su mundo.

–Mis padres Annie y mi hermano, me han hecho llorar, es terrible, jamás lo había hecho con tanto fervor. No quiero comer, todo lo vomito. Mira, mi traje está envuelto de ellos, sus pieles son mi abrigo, me han dejado unas cuantas misiones.

–No quiero que estés triste, tú eres demasiado fuerte debes superar todo.

Decía Annie, llena de misericordia, débil, de alma y espíritu.

–No quiero superarlo, nunca, jamás quisiera olvidarlo. Imagina, solo quiero que pienses cuánto desearían ellos seguir, ¿Por qué he quedado yo solo?

Estaba arrepentido, lleno de rencor y remordimiento hacia mí, hacia ellos, hacia el mundo, hacia los hombres. Gritaba con desesperación:

–Basta no quiero más compasión, desde hoy pensaré en aquellos predicadores, no odiaré más a los hombres, que se han sacrificado por el bien del mundo, y han dejado en nuestra vida el caos, para renacer de la tierra. Nos han quitado cuanto han querido, solo para que por nuestros propios medios lo encontremos, encontremos a ese nuevo ser. Sí, así será y florecerá aquella simiente que ahora vive bajo tierra, y yo la rociaré con mi sangre, tú simplemente acompáñame, iremos por el puente sin fondo y con nuestro peligro buscaremos en el corazón los signos del destino, ya que estamos vacíos, esta es la Nueva Era de Nuestra Legión.

Aquella noche dormí junto a mi hermano de sangre, el futbolista sueco Arthur Swensson. ¡Qué raro sentí su compañía! Qué extraña obligación tenía de entregar mis suplicas a un mago que

solo existía en la mente de él y de mi madre; por fortuna tendría a mi padre como el mejor ejemplo a seguir. Y las voces lejanas de un cuento que cantaba mi hermano, marchaban en la reverberación de las cuatro paredes, era el eco de su habitación que no me dejaba descansar, pero que acompañaba sin cesar, con inocentes tonos y matices: *“Difícil será intentarlo, pero necesario será lograrlo, ahora bien, será complicado acostumbrarse. No hay que escapar de esta obra de teatro, ellos han sido los creadores, con esto se deben ganar los respectivos méritos”*. La historia iba desmoronándose y yo me preparaba para culminar mi novela y enviarla a la Editorial La Hoguera.

CAPÍTULO VI: SEÑALES EN EVIDENCIA DE OLVIDO

Era el 6 de febrero de un año perverso: 1981, en la ciudad de Roma. Las noches eran cada vez más hostiles, los sueños de una pequeña e inocente alma infantil y femenina, se entrelazaban con los de su madre: reflejos de un hijo desamparado, espejos rotos que masticaban el sabor de la muerte, donde se hallaba un ángel sin dientes, única imagen que escondía miles de presentimientos desgarradores. Horas después, un hijo prodigo se despedía de su abuela, la cual rogaba por su bendición, confiaba ciegamente en el rostro angelical del muchacho, tanto que al dar la espalda, la anciana proyectaba desde su mente, un haz de luz celeste que iluminaba la aureola del joven gallardo. Poco después, se encontraba en la mansión de su amigo, para celebrar su aniversario de nacimiento número 26, junto a sus queridos allegados, otros dos jóvenes de su misma edad.

El joven veía una vez más sus manos vacías paulatinamente. Sus huellas se iban borrando, olvidaba su identidad. El impulso perdido de ebriedad lo llevaría al caos, las líneas características que recorrían sus manos reseca y su piel árida, se iban desvaneciendo y sus dedos secando. Apaciguado y confiado se encontraba Anton Isaksonin, su padre, que resguardado en su alcoba, fumaba un tabaco y bebía un vaso de whiskey, cantando a la luz de unos pocos cabellos claros y rizados de su hijo, con los cuales se quedó al momento de despedirse. *“Volare oh oh, cantare...”*.

El hermano de Charles, Giovanni Isaksonin, cantante italiano, moreno y delgado, quien le enseñó a jugar el deporte más excelso de la época: el fútbol; se destacaba también por su capacidad de luchar sin protección, instruyó al joven en el arte combativo, su objetivo fue siempre crear en el muchacho el hábito de la defensa personal, así que cuando llegara una guerra, todo estaba preparado para emprender la marcha y no caer ni con la muer-

te. Giovanni (quien se encontraba esa misma noche dormido en casa de Carmina, madre de dos hijas y dos hijos, en las montañas de los Alpes de Italia), veía en sus sueños una llanura espesa de su inconsciente, su propia imagen secuestrada por una multitud de ratas que ascendían por su torso, como si fuesen a devorar su lánguido cuerpo.

7:00 p.m.

La última vez que me vi con Jean Paul, habíamos quedado enalgo: *A las 6 donde Dave*. Sonríó y llegó a celebrar el natalicio de mi enemigo Dave. Le he llevado una botella de Ginebra, me sorprendo al ver en su mesa de centro de la sala con bordes de madera ocre, unas ocho botellas de alcohol: Whisky estadounidense, Vino chileno, Vodka sueco, Aguardiente y Ron colombianos. Lo único que hace falta, pienso, son las cervezas, Jean Paul se ofrece acompañarme.

—Hoy el ambiente es propicio para discutir sobre nuestros muertos, ¿no crees Wolfgang? Algo de, *Novalis*, *Dostoievski*, *Rimbaud*, *Baudelaire*, *Rilke*, o *Jung*.

—De acuerdo, tenemos toda una noche, porque hay licor de sobra para nuestra riña. Espérame aquí, ya vuelvo. —Voy a pagar las cervezas y Paul dice:

—Un amigo espera a su amigo aun cuando todos se van.

—Será el primero en recibirme una, bien pueda señor Paul, escoja la más fría.

El octavo diluvio

Es una noche como cualquier otra, Charles sale tarde de su casa, a las 8 horas con 40 minutos. Comienza a llover, el sujeto levanta sus hombros, haciendo un ademán ridículo. Va caminando torpemente, tropieza con ladrillos, pero no se cae. Llega a las

21:12 a la mansión de su amigo Dave. Ingresa a la buhardilla. Yo le recibo con un abrazo, estiro mi mano y le ofrezco una cerveza, ¿qué otra bienvenida querría él para acabar con el día?

Parecía estar algo ebrio, había bebido con un músico al que veneraba. Veía a su alrededor tantas botellas y ningún ebrio. Dave le sirve un vaso de whisky, también a Paul, yo ya he acabado la bebida fría con esencia de madera que tanto ameritaba un cigarrillo.

Todos tan seguros de que Charles planeaba un asalto, todos desconfiando de él, pero confiándose de las circunstancias. Hay tanto alcohol, seguro que en este día pasa algo, piensa el loco del libro que lee Charles: *Si no me mato me llevo a alguien*. ¿Era loco o suicida?, se pregunta él y se ríe gritando:

—No me gustan las probabilidades ni los matices, no me gusta elegir, pues sé que lo puedo hacer todo al tiempo. (Risas).

Y así era. Levanta la mirada al vulgo que celebraba ansioso, ríe y le informa a Paul que ya se acerca la hora. Paul se siente indispuerto, pero no tiene otra opción. Charles le da un abrazo a su amigo y lo lleva al balcón a fumar. Paul tiene sus piernas agarradas a su torso, Charles sentado en la barandilla de la pequeña terraza se balancea como si fuera un niño sujeto a su padre. Sufre de vértigo y está algo ebrio. Lo último que ve mi amigo que estaba al lado de ellos, son los pies de Paul.

Tan pronto como salgo al balcón, mi amigo me informa que mire hacia abajo, pero sin lanzarme, sin equivocarme como él. Charles lo hace con Paul, sin querer tal vez, Paul es obligado a cumplir el capricho de su amigo.

Yo los acompaño, también están otros tres muchachos, uno de ellos me dice que cuide a Charles, con un gesto irónico y amenazante, entre chiste y seriedad. Esa maldita noche termina con el suceso más estúpido que se convierte en mi peripecia, termino siendo el dramático protagonista. No soy observador directo del accidente, pero si lo hubiese sido, quizás no estaría contando es-

tas historias ahora.

Bajo las escaleras corriendo, mientras pienso que nada es real. Seis pisos han sido recorridos en dos segundos, la caída es inminente, no aguardo muchas esperanzas, sin embargo, pienso que aun respiran. Allí estaba el parqueadero, ahí yacían tendidos. Tomo la cabeza ensangrentada de Charles, trato de detener la hemorragia, amarro mi chaqueta a la cabeza de él, Dave exclama desesperadamente:

—¡Se nos fueron!

Dando respiración boca a boca a Paul. El cuerpo agónico extrae sus últimas reacciones, un impulso súbito obliga a Dave a alzar la cabeza que sujetaba, Paul tose sangre, y expulsa espuma blanca de su boca. Llegan otros amigos a sostener a los nuestros. Dave suelta a Paul, inmediatamente abrazó al héroe vencido, sin antes advertir que Charles tenía una herida abierta en su cabeza. Dave se pone de pie y me mira detenidamente.

—Usted debe entenderlo más que nadie. ¿Por qué no se conmueve? Sigue ahí con el mismo rostro impassible.

Dave, me amonesta sarcásticamente (nótese el odio entre hermanos, ya a mi propio amigo deseaba desgarrarle las entrañas, pero hoy no era una buena noche para ser el psicópata despiadado y sanguinario que era Charles, por su puesto que de él aprendí. Había olvidado mi uniforme, sin él no podía ser el personaje maniático).

No puedo matarlo sin él. Pero si puedo al menos azotar su cabeza contra la puerta de su palacio, eirme de inmediato, y bien sé que la noche no acaba allí. Dave vomita en mi camisa, lo tumbo al suelo, y así empieza el combate. Tiene en su mano una botella rota, yo le escupo en los ojos y mientras él se limpia, arrojo mi camisa en su rostro y con un puño sentencio la pelea. Dave queda en el suelo, con la ropa sucia, yo me voy lentamente, dejando mi camisa, y un anciano que pasa de largo y es testigo de la lucha me obsequia su abrigo.

El retrato

—Muero feliz si conozco a Pavarotti.

Escuché a Charles decir a Paul, hablando de nuestros artistas favoritos, Charles además estaba interesado en el rock n' roll, y lo bailaba muy bien, a diferencia de Paul. Al parecer por poco Charles cumple su sueño de conocerlo. Era el último día de la primera semana en la Institución Nacional de Italia, en la facultad de filosofía, donde Charles dicta clase. Se encontraba Lucio, su compañero, también maestro, pero de música.

Charles salía el primer viernes con él. Lucio tenía los rasgos físicos semejantes a *Pavarotti*, un Tenor que para Charles era la eminencia de la ópera clásica. Charles tuvo la oportunidad de haber sido instruido por el maestro cantante, Lucio había participado en una obra para interpretar a su personaje, por lo que tenía mucho dinero y en este caso lo invitó a beber unos tragos, como lo hicieron la vez que se conocieron en un concierto de la filarmónica de Londres en Italia.

Los dos ebrios cantaban *Vesti La Giubba* mientras recorrían las calles con una botella de vino en mano y una guitarra al hombro.

—*Ridi del duol! Che t'avvelena il cor!*

Charles se encontró con Melissa, su hermana, en un bar de karaoke y había invitado a su amigo. Lucio miraba a Melissa con deseo, tan pronto la vio, le dedicó *Oh sole mio*, con su propia voz. Charles tomó la guitarra y lo acompañó, ella reía mientras fumaba un cigarro, dejando las cenizas en la copa de Lucio.

Paul se encontraba cerca del lugar y había llamado a Charles para que se encontraran. Lucio miraba atento a su musa, mientras Paul llegaba alegre por ver a Melissa. Se saludaron, Paul pidió una copa de whisky e invitó una a la dama. Charles cerró los ojos sintiendo la música y meneando la cabeza. Paul sacó a bailar a la mujer, y tropezándose le empapó el vestido azul de la dama con su bebida dorada.

Melissa exclamó:

—¡Estúpido!

Él se disculpó, tratando de limpiarla con picardía y sutileza. Pero ella fue a ver a su artista cantar y a su hermano feliz, llorar de la emoción. Fue esta la efigie que Jean Paul nunca pudo envidiar más. Paul no sabía qué más hacer, bailaba solo sin saber por qué.

—Cuando aprendas los pasos de este baile, saldré contigo, de lo contrario ni te lo imagines.

Retumbaba en su cabeza la voz ligeramente ronca de la mujer. El poeta se preguntó, por qué ni siquiera podía imaginarlo, quizás así engendraría una imagen más hermosa de la escena y se quedaría con su deseo, sin ser nunca saciado por la realidad. Su ensueño era más grande que la verdad, porque siempre el acto sería el producto de una refinada imaginación, una aspiración que por ser tal, siempre tendería a enaltecer.

Tantas veces tendré que practicar el baile solo, sin recibir sugerencias de un experto, ni siquiera de mi madre porque vive cocinando. Paul pensaba esto, mientras entristecido se bebía la botella de vino de Charles. Lucio se quedó al final con Melissa, pero ella nunca estuvo tan enamorada como Paul de ella, aquello pudo notarlo Charles:

—El amor de ella no derrama la sangre necesaria que necesita su enamorado, el cual aunque con estómago lleno, se agita más que el de la esbelta y delgada dama. No demuestra la sensación de vértigo y el vacío en el abdomen, no es en ella la emoción del todo verídica. Es esta mujer bastante inverosímil e impredecible.

Paul, mientras hablaba con su amigo, no podía dejar de verlo con la imagen de su sonrisa que no le permitía dormir tranquilamente, hasta que alguien pudiera acompañarle. El dibujo que nunca vi en vida de ellos, fue el que cerraba las puertas de mi infierno y le dejaba a Paul descansar sin turbaciones, aquel en donde se resaltaban sus lágrimas negras y sus parpados al fin dormidos, diferían de sus dientes, que destacaban esa sonrisa puntia-

guda que apuntaba a sus orejas elevadas, en sintonía con su nariz redonda y roja de frío.

Algo que Charles nunca supo, fue que yo estaba obsesionado con su rostro, lo pintaba transformando su género. Siempre escondía algún misterio, algo muy apreciado por todos, su maldito cerebro tan enorme, por eso en mis representaciones pintorescas, siempre aparecía con la cabeza enorme, igual en las fotografías tomadas por Paul. Tampoco Jean Paul desvelaba simpleza o normalidad, al contrario, las fotografías tomadas por su hermano fotógrafo y psicólogo, ocultaban un rastro enorme de enigma. Noté alguna vez en un retrato, que Paul tenía algo de terrible, el autor de la fotografía describió en él algo sospechoso.

Sus párpados ligeramente cerrados lo decían, llevaba peligros encierra, encerraba los miedos que no eran afrontados por sus observadores, con matices de nostalgia y tonos de ansiedad, de no saber hasta dónde llegará la desdicha, ni cuánto podremos soportar la existencia.

Algo que encubría sus peligros era su rostro observando al horizonte, nunca de frente. Al intentar retratar a Charles, yo siempre dejaba los ojos en blanco hasta el final. El primer día que practiqué el rostro, me corté en un dedo, porque tomaba como soporte un vidrio. Una gota de sangre manchó la pintura y justamente cayó en donde debía estar el iris, no le di mucha importancia, pero tan pronto vi el mismo suceso en la cámara de Paul, comencé a pintar sus ojos rojos en cada cuadro.

Cada retrato de Charles era diferente, en algunos tenía el cabello más largo que en otros, en uno lo hice sin cabello, en otro lo hice con peluca de otro color, pero los ojos nunca variaban. Los retratos tomaban la energía de su personaje, se modificaban y en ese afán por adquirir un valor estético más significativo, se unían en una imagen que rozaba la plenitud, una faz que anhelaba alcanzar la divinidad característica de la mujer congelada, un frío tesoro, con piel tersa y clara, labios finos color rosa y cabellos lacios de oro, pareciéndose cada vez más a Novella, su su hermana, su sucesora.

CAPÍTULO V: EL CUENTERO Y EL CÍNICO

No había mucho qué hacer ante la terquedad de Jean Paul, sus proezas eran indicios de una herencia familiar, sus ideales tenían raíces y aunque no fuera él una persona tan culta, sabía de la vida no como lector, sino como una esponja que absorbe todo lo que a su alrededor encuentra, así fuera basura que liberara rápidamente. Era la década en que el género musical denominado Metal, hacía su primera aparición en vivo, una banda británica y otra estadounidense se presentaban en un evento al que asistiríamos Dave, Paul y yo. Charles fue a ver a una agrupación latinoamericana de metal junto a Michael.

Llegué primero que los demás, con una botella de *Jack Daniel's* en mi mano. Decidí beber un sorbo. Poco a poco iba en la mitad de la botella, mientras esperaba a Dave que estaba con Paul. Cuando ellos llegaron, yo ya estaba ebrio, saludé a Dave, quien me reprimió por acabarme la mitad de la botella. Paul me abrazó, pero yo le solté el brazo y me dispuse a vomitar. Después de varios intentos, me dieron agua y comida y mientras hablaba con un conocido con quien me encontré, logré regurgitar todo lo que había consumido en la semana. Se acercó la hora de ingresar al lugar del evento y yo seguía bajo los efectos del licor. Indudablemente se reservaron el derecho de admisión, pero yo había pagado la boleta, así que mi exigencia fue escuchada, y si no fuera por Paul que había intervenido, no me hubieran dejado ingresar.

—Yo me encargo de que él no provoque ningún disturbio, se lo aseguro.

Dijo Paul al guardia de seguridad, Al mismo que escupí cuando me pidió que le soplara un ojo para asegurarse de que no estuviera tan tomado. Ya estábamos bastante amenazados, si éramos responsables del más mínimo problema, seríamos expulsados del

evento. Entramos a ver a las bandas y a bailar con violencia como solían hacer las personas en aquellos ambientes. Comencé por quitarme la camisa e ir al círculo donde la comunidad de cabello largo esperaba ser herida a voluntad propia, siendo esto un método de desahogo y un modo de extraer la ira acumulada de una manera más lógica, bailando con la música de fondo. Nosotros creíamos en lo mismo:

Cuando la ira está en reposo, no sirve de nada dejarla acumular en el rencor. Si no se libera en el momento indicado y con la fuerza necesaria para ponerla en acción, se convierte en odio y venganza.

Entonces íbamos a luchar, siempre atacábamos sin defendernos, nos producía una jaqueca tenaz el hecho de dar tantas vueltas en el círculo, nos mareábamos y a veces caíamos, el suelo era deleznable por causa del vapor que emanaba del sudor del vulgo, que solía recogerme del suelo siempre que perdía el equilibrio. Minutos más tarde ingresó la primera banda, todos se abalanzaron hacía adelante, para ver a los artistas más de cerca, quienes sacudían el sudor de sus cabezas mientras las agitaban. Al público no le importaba. Me di cuenta que estaba solo, hasta que encontré a Paul que saltaba con sus ojos cerrados, sin embargo, él sentía mi presencia. Fue cuando repentinamente se decidió a robar una cerveza de la tarima, una lata que pertenecía a un hombre de logística. El sujeto se enfureció y se dispuso a lanzar sus brazos directamente al cuello de mi amigo, yo no permití que lo tuviera en sus manos, entonces me impulse, anticipando la reacción del individuo. Fuimos expulsados de nuevo del lugar, nos apartaron de la masa entre cinco sujetos del personal. Yo estaba afuera con mi pecho desnudo, Paul volvía a ingresar para recuperar mi camiseta. Los minutos pasaban lentamente afuera, pero adentro se estaba preparando la otra banda para comenzar a tocar.

Me dispuse a conversar con el único guardia que tenía una actitud altruista. El personaje, al ver que el frío era terrible y que yo no tenía abrigo, empezó a interesarse por mis preocupaciones. Paul salió con mi camiseta y se disculpó con el otro guardia, yo

seguía tranquilo hablando con el personaje. Era un sujeto con un amplio estómago y una alta estatura, tenía barba y bigote y sus brazos estaban todos tatuados. Me pareció vulgar y grotesco, me había dicho que había orinado en la llanta de uno de los autos del parqueadero y me había permitido hacer lo mismo en otro carro, tal vez en el que había dejado la botella de whiskey debajo de una rueda. Paul logró que nos dejaran ingresar de nuevo. Mi amigo tenía un poder de persuasión enorme, una viveza increíble y una audacia mágica, siempre se hacía la víctima y cuando convencía a la gente, se burlaba a espaldas de ellos.

Entramos al teatro y detrás de nosotros, con la mitad del traje oscuro, caminaba uno de los guardias que nos seguía, sus ojos proclamaban un instinto de rectitud estricto, el cual podíamos percibir con sus pasos acelerados y dirigidos a nuestras espaldas. Tan pronto como nos preparábamos para correr, el sujeto se adelantó, nos tomó de los brazos, obligándonos a disfrutar del espectáculo en el segundo piso. Ascendíamos como animales domesticados, atendiendo a las órdenes de los superiores. Paul se alistaba para encender un cigarrillo y justo cuando buscó su encendedor, arrebaté el cigarro de su boca y lo partí por la mitad. Paul enfurecido me empujó hacia la pared, yo reí asustado, y con desilusión me dijo que era el último, entonces dejó de hablarme por unos minutos. Un guardia que estaba detrás de nosotros nos ofreció cocaína. Reímos pensando en la desfachatez del individuo. El concierto pronto se acabaría, faltaban tres canciones. Me separé de Paul, retrocediendo hacia un sofá y una mesa, alejé los objetos que tenía en frente, disponiendo del espacio para saltar y azotar los brazos y las piernas al viento. Estaba realmente ansioso e intranquilo, me agitaba al ritmo de la música, luego Paul me siguió y le dije:

—¡Voy a lanzarme desde aquí hacia la multitud de abajo!

—No lo hagas Wolfgang, nos sacarán de aquí.

—Entonces bajemos, es la última canción.

Llegamos al primer piso tan rápido como nuestra respiración exaltada, entramos al círculo y empezamos a golpear a los que estaban dentro de él. Sin darme cuenta estaba golpeando a una mujer, fue cuando un hombre con la cabeza rasurada se me acercó gritándome en la cara: ¡cobarde! El sujeto me provocó risa, quería buscar una excusa estúpida para que lucháramos o quizás para hacerme abandonar el concierto, entonces pensé que no valía la pena escucharlo. Continúe en el baile, dirigiendo algunos puñetazos y patadas hacia él, pero no recibí nunca la venganza, así que me tranquilicé hasta que el espectáculo acabó.

Sin saber dónde estaban Paul y los demás, decidí esperarlos afuera. Salí a la calle y volví a sentirme como en la tarde, pero esta vez no podía vomitar. Caminaba bastante adolorido para encontrarme con Charles y Michael, los saludé para que me contaran las experiencias del concierto. Me quedé sentado en una esquina sin hablar con alguien, mirando a un punto fijo y con la mente en blanco. Luego regresé a mi hogar y descansé, no podía caminar bien y me dolía bastante la cabeza. Nunca supe las sensaciones ni experiencias de mis amigos, no podía pensar en otra cosa más que en mi indisponibilidad.

Días de descanso

Alguna vez hablé con Paul acerca de la música clásica, en aquel tiempo no sabía mucho de ella. Dije que aquella música era la más pura, que era imposible atribuirle una interpretación, a menos que sea interpretando un instrumento, él me respondió que la música era el reflejo de una interpretación de la vida, pero pensé entonces que eso sería infinito, que ese reflejo o esa interpretación, tenía millones de máscaras más. Esa noche, después de tantas cervezas, luchamos con palabras y él ofendía a uno de los dioses que me había presentado un poeta alemán, esto me ofendió un poco y prefero no ahondar mucho en el caso.

—¿De verdad la música clásica tendrá sentimientos o se dejará

llenar por emociones? Nadie sabe y menos lo que han querido expresar los grandes compositores, a través de la historia y después de tantos siglos, pues para saberlo habría que sumergirse en el lago de la melancolía y ahogarse en la sangre que hoy ha secado el hombre con la ignorancia y el olvido.

Queríamos aprender de música, y la educación que recibimos en el conservatorio no nos bastó para aprender a escuchar, así que tan solo disfrutábamos las melodías, nos creíamos locos danzando, siguiendo las notas desconocidas con el índice de nuestra mano derecha, recordando aquel director de orquesta que con los ojos cerrados esperaba que le siguiéramos, imitando otra obra más del pasado, repitiendo tantas veces hasta cansarnos de ensayar, entendiendo que aquella vida de artista, era miserable e irritante. Nunca quisimos ser lo que éramos en el tiempo en que nos conocimos, pero siempre quisimos saber lo que conocíamos, yo quería ser futbolista, Paul nunca supo, ni le interesó, Charles quería ser humorista, lo que él no supo, fue que siempre lo fue y siempre lo será. Todos querían seguir un prototipo y aquel tan solo quería ser único y no querido, ni alabado, como una vez fue un dios que cayó a la tierra y se hizo hombre.

Hoy el mejor actor es guerrero y dueño del saber, loco y polifacético y sobre todo un magno pensador, porque al pensamiento solo le gustan las ideas fuertes. Una vez Jean Paul nos invitó a su casa, yo estaba con Charles escuchando *Beethoven*, admirando la mágica pieza que le dedicó a una mujer ciega, contándole como se veía la luna en el silencio. Leímos la historia, luego apareció *Bocelli*, cantamos, regocijados bebiendo cerveza. Paul me pidió que lo acompañara al trabajo, en ese entonces Paul dictaba clases de literatura en una universidad italiana. Esa mañana no me había bañado y él se acicaló para que las estudiantes lo miraran. Por suerte yo tenía un libro de *Nietzsche*, me hice fuera del salón y las mujeres empezaron a mirarme, veían tal vez algo interesante, el libro. Yo tenía mis anteojos, me di cuenta que eran damas hermosas, con sus ojos clavados en un pobre diablo, un desaseado lector

que creía ser intelectual y no era siquiera inteligente, ellas no sabían qué era lo que miraban, ni yo que era lo que no les gustaba de Jean Paul, aunque tampoco me interesó mucho.

Ese día en un lapso de receso, me contó que la noche anterior había ido a visitar a sus vecinos llevando cerveza y cigarrillos para ellos. Paul Ingresó a la sala donde estaban bailando y bebiendo y lo primero que observó con detenimiento, fueron los ojos de una mujer de unos 35 años. No me dijo su nombre, solo me llamó la atención el hecho de que fuera mayor que él (Paul tenía en ese momento unos cuantos años menos, aunque aparentaba más) y más aún, que hubiera aceptado un beso tan pasional, eran esos besos que exigían algo más, algo carnal y excitante. Ella era la novia de uno de los que estaban presentes y solo aprovechó un momento para llevar a Paul a la terraza y encerrarse al aire libre. Después de tal aventura, Paul se sintió superado. No volvió a saber de ella cuando despertó, porque no recordó el apartamento al que había ido y amaneció con golpes en el rostro. Salimos de clases, Paul encendió un cigarro y me mostró un lugar secreto para beber cerveza, era un sótano con un ambiente bastante bohemio, todo lo que era él. Hablamos del libro y de la nada; poco es lo que entendemos de *Nietzsche*, pero a nuestro modo interpretamos. Una hoja se me había extraviado, la 45-46 de *La genealogía de la moral*, había subrayado varias frases en ella, jamás la volví a ver, ni a mi lápiz.

Nunca supimos qué era aquello que nos llamaba a querer saber todo, siempre discutiendo del lenguaje y del modo en que hoy en día se utiliza, para expresar algo contradictorio.

—Como la expresión “*No hay nadie en este lugar*”, la cual si se analiza bien, significa que hay alguien allí, el negar la nada era afirmar el todo, pero, ¿cómo sabíamos si existe la ausencia de la nada? Sabíamos que en ningún lugar que se pueda conocer, no se encontrará, es igual que el todo.

—Paul, no hay gran diferencia entre el vacío y la totalidad, perfectamente los extremos pueden juntarse para no caer al abismo,

pueden sujetarse y juntos sobrevivir, pero si no existiera todo esto, habría nada, y no habría alguien que se percatara de su existencia.

—Pero Wolfgang, decir que existe es reafirmar que es algo, que es existencia y por tanto nada, que es impensable igual que el universo, inimaginable, y nosotros tan solo queremos un pedazo de él, contando únicamente con un pedazo de nuestro cerebro.

El día siguiente era sábado. Hacía una hermosa tarde de mayo. Mientras yo iba a visitar a una amiga que vivía cerca de Paul, lo vi sentado en una banca, tal vez esperando a su prometida. Atardeció y el sol se fue. Tembló la brisa en sus manos. Encendió un cigarro, la llama se reflejó en los lentes de sus anteojos. Guardó el encendedor en el pequeño bolsillo de su blazer. Extrajo de su maletín un pequeño libro. Fumó y leyó atento y con voz alta:

—Imaginando cada párrafo después de leerlo, exhalé el humo con los ojos cerrados, la ceniza caía en la historia, el viento extendía el carbón sobre las palabras, cada cigarrillo era una página. Se terminaba la novela en cuanto gastara la caja. Las hojas volaban como las aves en el firmamento, yo mientras respiraba profundamente el aire puro y el que leía me repetía.

Despertó una estrella roja, era hora de partir. Antes de cerrar su libro, me encontró, de reojo pude ver que había terminado subrayando el último párrafo del final, entonces me pidió el favor de que se lo guardara, pero yo lo tomé prestado sin permiso. Guardó la caja de cigarros y me dijo:

—En otra ocasión no leeré mi vida sino la contaré.

Otros secretos relatados

Paul era un joven que profesaba el amor como enseñanza primordial de su familia. Su entrega incondicional hacía de él un amigo auténtico, irrepetible, irremplazable. No asistía a clases, por ir a jugar billar, fumar y beber alcohol, parecía gustarle la filosofía, la psicología, la literatura, y la soledad. En sus momen-

tos más grandes de inspiración, fumando tabaco con el profesor Wilhelm, le explicaba todo lo que había aprendido y así resumía toda la clase, el profesor se quedaba aterrado de todo su conocimiento y no entendió nunca el hecho de que en su ausencia también aprendía, parecía tener sus oídos en todo lado. Paul y yo éramos los dos dementes más destacados en la clase de Wilhelm Baudelaire. Una media noche, caminando hacia su casa por un callejón, Paul estaba ebrio y yo mareado acompañando su ira. Él sentía rabia y pateaba cuanto encontrara en el camino. ¿Se preguntaba por qué lo hacía? Jamás, nunca tuvo explicaciones, él se entendía, pero no lo sabía, la ebriedad le enmudecía, le llenaba la boca de espuma, saliva blanca que vomitaba en las calles. Tal vez fue una noche difícil para él, aquella que fue su mujer en algún momento: Loraine, volvió a hablar con él, que como un estúpido, seguía enamorado de ella, sin saber que no era de su conveniencia, que se había acostado con un hombre que le gustaba en su Instituto. Yo mientras tanto cantaba, distraído, pensando en que nunca me interesó la manera en que mis amigos querían llamar la atención, simplemente me reía, aventando una botella de cerveza contra el suelo. Aquel día no se escuchó una palabra más, únicamente susurros y suspiros del llanto infantil de Paul, risas mías, que también eran las de un sarcástico y pobre diablo. Llegamos a la casa, todo estaba opaco, no nos veíamos, nos perdíamos buscando cerveza y comida. Aquellos días en que la madre de Jean Paul permanecía despierta hasta que él llegara. Ella ya estaba entonces un poco mayor y seguía trasnochando a la espera de él. Allí se nos apareció el dios en el que Paul no creía, ese que era la vez un demonio, el que se veía como un resplandor en las tinieblas, con cabeza de gallo, dos serpientes en vez de patas, un látigo en llamas en una mano y un escudo gnóstico en la otra. Verlo fue aterrador, casi quedamos ciegos, huí mi habitación tropezándome con todo. Pero Paul no podía dormir sin antes fumar un cigarro, así que se asomó por la ventana, encendiendo la noche y sin que ella se lo apagara, como si el frío también deseara un poco de humo. Al siguiente día, todo como si nada, ningún

recuerdo, ningún rastro. Y así un ciclo de tantos días, tan monótonos y parecidos, como cada vez que salíamos con nuestras mujeres. Paul era altruista y al tiempo prepotente, la soberbia le amaba, como las mujeres que se creían dueñas de su barba. En las noches, su insomnio era la dosis para apaciguar el temor a descansar, no quería dormir, tenía miedo de quedarse acostado para siempre. Tendía a descansar demasiado de ese mundo suyo que le presionaba el pecho. Era bastante negligente. Cada vez que tenía algo nuevo por contarme, lo hacía con la más sincera desfachatez, siempre descubrí en él cierta burla hacia lo que era su desnuda personalidad, tan sinvergüenza y desinteresada.

Otras veces en el jardín próximo a su casa, veíamos la fuente mientras él me contaba otro de sus amoríos con una mujer del Instituto de Psicología. Era una mujer comprometida, pero deseaba más a Paul que a su hombre. Yo atento veía cómo se llevaba la cerveza a la boca, haciendo una ligera pausa, como si fuera ella quien lo interrumpiera, ni siquiera yo. Charles siempre se anticipaba y se enteraba antes que yo de los cuentos de Paul, cuando tomaban juntos. Por otro lado, Charles afirmaba teletransportarse cuando estaba ebrio, porque siempre despertaba en un lugar diferente en el que estaba, y lo hacía tan rápido como un parpadeo, un despertar de esos ojos alcoholizados que hacían ver opaco el panorama y al tiempo tan sosegado, que parecían ser instantáneos. Nadie sabe aún, quién era el que lo llevaba siempre a su casa, porque ninguna cosa jamás le hizo regresar solo. Durante el lapso en el que Charles se encontraba trabajando cerca a mi casa, una mañana amaneció en una cama junto a dos mujeres del trabajo y como raro, el no sabía qué había pasado la noche anterior, trató de no hacer mucho ruido para no despertarlas, pero una de ellas le contó toda la aventura.

—Empecé con una ligera caricia en tus genitales, tú estabas de espaldas, mi amiga giró su cuerpo y empezó a besarte, mientras yo te desnudaba. Durante el acto hiciste un gesto algo extraño y pudiste continuar con la misma constancia, e inclusive un poco

más rápido, fue sensacional, lástima que tengas quien lo disfrute más que nosotras.

—Pero si mi novia aún no me ha insinuado nada de eso, tan solo me ilusiona y me excita, para decirme que tiene muchas ganas, pero yo sé que al final no sucederá nada. Excúsenme, esta fue una equivocación por causa de malos tragos. ¡Con su permiso respetadas señoritas!

¡Ay, el hermoso Charles! Tan caballero como siempre, respondiendo con cinismo. Y fumando su cigarrillo, me contaba más a cerca de la mujer que tanto toqueteaba sus miembros y luego se hacía la difícil. Yo recordé los días en que tuve a una mujer extranjera que lo hacía con mucha frecuencia, pero la verdad nunca me ilusioné, o por lo menos ella no logró hacerlo.

Lo que nadie cree y lo que no olvidamos

Un 13 de enero, celebramos el natalicio de un amigo, esa misma noche Michael nos llamó a Charles y a mí para grabar un cortometraje, en ese tiempo tan solo hacíamos prácticas como actores, Michael contaba con nosotros, siempre que tuviera que hacer una producción. Yo nunca fui buen actor realmente, y nunca superé a Charles. Tuvimos que levantarnos muy temprano la mañana siguiente, pero el día anterior sucedió algo inesperado. Antes de salir de la mansión de Dave, en donde se haría la fiesta, tuve un pequeño dilema con Paul, dicen algunos que no era raro que nosotros termináramos discutiendo. Dave me contó algunos secretos sobre sus tatuajes, lloró al frente de mí y dijo que alguna vez yo le había quitado al amor de su vida, (siendo que él había sido quien me quitó una novia mientras yo viajaba, inclusive fue permitido por mí, en ese entonces éramos mejores amigos y esa mujer nos era infiel a los dos). Volvamos con el conflicto con Paul. De nuevo despertó en mí la pasión por las artes marciales y Paul se iba contagiando lentamente de ello. La riña empezó porque él me había prestado su cámara y yo sin recordar, ya se

la había devuelto, de modo que todo fue debido a una broma de él, quien sostenía que yo lo había robado. Lo tumbé al suelo y al golpearlo contra el piso, lesioné algunos huesos de su espalda, él ebrio comenzó a sollozar, yo me burlaba y Dave me decía que le pidiera disculpas, pero mi orgullo no estuvo dispuesto a hacerlo. El alcohol había terminado, era hora de regresar a casa, por supuesto, los mismos tres de siempre, recorriamos las calles de Milán en penumbra. Siendo cerca de las 2:30 de la madrugada. Paul predicando como siempre la piedad, Charles caminando como ebrio y adelantándonos con zancadas desequilibradas, yo manteniendo mi altivez, como un aristócrata burlón, que poco le interesaban las lágrimas de su amigo. En un momento repentino, Charles se detuvo a comprar algo de comida y nos dijo:

—¡Ya dejen de pelear inmaduros! Más bien cómanse una pizza.

Como quien simulaba su penoso estado. Paul, sin despedirse de mí ingresó a un auto que lo esperó en una esquina de la calle. Yo me dirigía a la casa de Charles, para salir temprano a trabajar al siguiente día. Madrugamos sin bañarnos y fuimos a actuar como extras en el corto de Michael. Nos llevaron a un lugar muy lejos y conocimos a dos mujeres que nos acompañaron durante todo el día en la grabación. Almorzamos junto a ellas, mientras yo les contaba la historia:

Después de dejar a nuestro amigo Paul en el auto, vimos a unos sujetos en la parte baja de la colina que debíamos atravesar para llegar a la casa de Charles. Los cruzamos, caminando con la frente en alto en medio de ellos. Ya al bajar la montaña, cerca al lago, Charles se devolvió y comenzó a balbucear hacia lo alto. La multitud bajó en seguida de la montaña, eran aproximadamente 10 individuos alcoholizados y drogados. Uno de ellos empujó a Charles, quien hacía un sonido bastante irritante para aquel sujeto, era un gesto burlón de coquetería. Después del segundo empujón, me atravesé y defendí a mi amigo, y fue cuando comenzó la riña, esta vez Paul no estaba para ayudarnos. Esto sí era real, pero era algo que aún no asimilaba en el momento, porque

también tenía síntomas de ebriedad. Yo simplemente no quería luchar, pero fui obligado, aunque lo único que quería mi cuerpo era escapar del peligro.

Charles luchaba contra dos, mientras que yo estaba solo contra uno que tenía una estatura menor a la mía. Perdí el equilibrio, comencé a dar patadas desde el suelo y fue cuando se cayó mi billetera. Las autoridades venían en camino, huimos por el camino opuesto de los ladrones, ellos al occidente y nosotros al oriente. Tan pronto como llegamos a la casa de Charles, me di cuenta que algo se me había extraviado, entonces nos devolvimos. Corrimos en dirección a la colina y esta vez los vimos al otro lado. Charles había tomado una roca grande del suelo y con gran esfuerzo, la aventó hacia abajo, los maleantes tomaron pedazos de ramas de árboles del bosque, látigos de enredaderas y piedras, que nos lanzaron desde abajo. Algunos se quedaron a un lado de la colina, mientras otros corrían por debajo de un puente para atraparnos al otro lado. A Charles se le cayeron sus documentos, pero alcanzó a cruzar la montaña y acercarse a su hogar, yo quedé solo y me agarraron entre cuatro de ellos, con ramas y estacas, puñetazos y patadas. Me devolví y bajé hacia el puente, pedí ayuda, pero nadie me escuchó, en este momento estaba consciente y parpadeaba pensando que estaba soñando.

Entonces volví a correr, y ellos seguían persiguiéndome, gritando:

—Nos han dicho que somos ladrones, pues vengan por sus pertenencias si tanto es que les pertenece la necesidad y les hace falta eso que solo es una maldita carencia.

Me cansé de correr, ellos escaparon, pero en realidad no se notó ningún rastro de presencia de los ladrones, solo mis gotas de sangre y las gotas de sudor de Charles, quien según él, estaba aguardando mi llegada detrás de unas rejas de un conjunto de casas, preguntando:

—¿Dónde dejaron a mi amigo?

A lo que ellos respondieron:

—¡Lo matamos!

Así pasaron varios minutos. Disputas en medio de rejas, escupiéndose entre sí, lanzando las estacas entre las barandas de metal. Por fortuna encontré a Charles acompañado de un amigo de su hermana Melissa, quien parecía estar armado, pero apareció cuando ya había culminado todo. Ingresamos al hogar al fin, afortunadamente yo no estaba muy golpeado, solo me salía sangre de la nariz y tenía un pómulo levemente inflamado. Pero Charles sí estaba bastante mal herido, tenía dos golpes en su frente inflamada y ensangrentada y su rodilla sentida por una caída. Tomé una moneda y empecé a frotarla en forma circular sobre su frente, le pedí que respirara profundo y no pensara en el dolor, sino en la cura, entonces dejó de quejarse y amaneció mejor, tal vez sin saber por qué, tan solo con una costra desinflamada. Aquí aprendí que algunos escritos que guardé en mi libreta que se encontraba junto a mi billetera, nunca los iba a recuperar, así que debía olvidarlos y si tanto querían volver, tenía que recordarlos. Pero nunca lo hice. Y todos aquellos mensajes de amor, que algún día fueron reales, eran hoy mentira, todas las cartas que también guardé allí desaparecieron, sin haberlas quemado, ni haber querido, las palabras de una tierna dama con la que estuve en aquellos tiempos, habían sido arrebatadas por aquella peripecia.

Durante la grabación, algunas mujeres coqueteaban con nosotros, recibíamos miradas excitantes de algunas damas bastante bellas, pero solo con ellas dos nos quedamos hasta el final. Al terminar la tarde, Charles se quedó con la dama que vivía cerca de él, y yo, acompañé hasta su casa a Lorraine, la más bella. Vivía muy lejos, pero me interesó tanto que fui su compañía mientras descansaba, porque con ella sentía una conexión demasiado satisfactoria, los temas fluían entre risas y gestos sugestivos. Se acostó sobre mi hombro, mientras yo acariciaba sus cabellos rojos, era pequeña pero muy hermosa. Al despedirnos, acercamos un poco los labios y nos besamos suave, lenta y delicadamente cerramos los ojos, para no volvernos a ver jamás.

CAPÍTULO IV: HUMOS DE CERVEZA

Eran oscuros esos días, como nosotros, eran solitarios los caminos donde andábamos, era la noche en nuestro espíritu, luz de rostros encendidos de insomnio. Y era el humo lo único que nos relajaba, lo que nos distraía de afuera.

Vivíamos un poco encerrados en nuestros mundos, aislados, y por lo único que salíamos era por cerveza. Había muy pocas noches en las cuales variábamos de destino, pero siempre eran diferentes las palabras, soñábamos con viajes sin dinero, leíamos la historia de una pareja que con tan solo unos pocos euros, recorrió el mundo humildemente, como peregrinos y forasteros. Queríamos eso, pero nos daba miedo salir, incluso de nosotros mismos. Durante una tarde de abril, estuvimos en el lago cerca de la casa de Charles, junto a Michael y Jean Paul. Loraine, el primer amor de Paul, nos había invitado a almorzar en su casa y debido a la cercanía, habíamos decidido tomar un descanso en un parque de Milán. Era el momento preciso para una sorpresa. Dave llamó a Novella y le avisó que Charles, su hermano, estaba a punto de morir, ella no supo qué decir, pronto Michael tomó el teléfono y le preguntó a Dave en dónde se encontraban, Jean Paul alzó el dedo índice para señalarlos, allí estaba Dave borracho, tratando de alzar a Charles en sus hombros, pero debido a su estado, no fue capaz de hacerlo. Dave estaba llorando y no podía mantener bien el equilibrio, Melissa le gritaba en su cara: ¡Miserable!

Charles no estaba muerto, tan solo inconsciente, murmuraba palabras sin sentido, y se quejaba con un timbre de voz estruendoso. Dave seguía sin saber lo que había hecho, pronto se cansaría de la reprimenda de Melissa, con mayor razón. Novella sollozaba, sin intentar al menos darle un vaso de agua. Loraine puso una cobija sobre el pecho de Charles. Jean Paul me ayudó a vestir a Charles, pues tenía los pantalones en sus piernas y su camisa levantada, debíamos colocarlo encima de las anchas piernas de Loraine. Empezamos a proporcionarle alimento al enfermo,

pero aun así no reaccionaba, tan solo musitaba y solo unas pocas veces gritaba: ¡Mamá! Parecía estar soñando que recordaba su infancia, entonces lo que esperaba era el beso de su madre. Al siguiente día, Charles no despertó, estaba encerrado en una alcoba en la casa de su madre. Michael, la noche anterior me había acompañado a dejarlo donde vivía Carmina, cerca de los Alpes. Desafortunadamente la abuela nos vio cargándolo, le contamos que por poco no encontramos un automóvil que nos transportara hasta allá, con aquel joven en ese estado y sobre nuestros hombros. Cuando nos vio, preguntó preocupada que si por casualidad sabíamos si él consumía algún tipo de droga, nosotros contestamos la verdad: un rotundo no.

—Tan solo tomaron seis cervezas marca *Amstel*, cada uno pero como tenían 12 grados de alcohol cada una, el efecto era desastroso.

Charles tuvo que pasar todo un día en cama, a la mañana siguiente aún tenía sueño, sus músculos endebles le impedían reponerse. Su memoria permanecía en blanco. Después de unas dos horas, Carmina entró a su cuarto con un caldo y un pan. Charles fue al baño, se acercó a observar su rostro en un espejo roto y llegaron pequeños instantes fragmentados a unirse con sus recuerdos de sobriedad. Se asombró al verse con moretones en sus mejillas, ojeras verdes que parecían golpes y después de unos minutos, soltó una carcajada. Estos fueron los primeros síntomas de narcolepsia y el vestigio más perspicaz del comienzo de su demencia. Al ver en el reflejo sus costillas irritadas, sus labios resecos y negros, cayó en cuenta que aquella representación se parecía cada vez más al personaje que quería llegar a ser, sin saber que lo había sido desde el comienzo, pues había ido olvidando su naturaleza por imitarle. Su cabeza era siempre un rompecabezas que él no podía armar solo. Por eso siempre tuvo psicólogo, pero nunca asistió a sus terapias. Charles era su propio médico mental, pero eventualmente sus amigos le ayudaban a recordar, o más bien le contaban sus hazañas.

Confesiones confusas

Un mensaje de Dave en el mensáfono de Charles decía: *no más cerezas*. Olvidando una consonante.

—¿Cerezas, que es lo que han consumido? Mataré al que te obligue a hacer algo, y a quien te ponga un dedo encima.

—Dave quiso decir cervezas, Melissa, no he consumido nada extraño, solo he perdido el control, lo que bebí parecía un veneno, pero sí que sabía delicioso.

—Michael y Wolfgang te trajeron alzado, ¿qué te ha pasado, acaso te has paralizado?

—Algo peor, me he olvidado de todo, el vaso seguirá vacío, por lo menos no tengo mi taza rebosante, he venido aquí a escuchar, aunque calle y le grite a mis amigos.

—¿Por qué te has ido con Dave? ¿Cómo puedes ser amigo de ese vulgar e insensible inglés?

Preguntó Melissa, la hermana del joven.

—Hermana, Jean Paul estaba con Wolfgang y con Michael, Dave se sentía solo y al final fue en busca de compañía, yo no quería que él sufriera, lo acompañé tan solo lo que pude, querida.

—Nadie de nosotras querría estar con él. ¡Charles, qué susto me has metido!

—Agradezco tu protección hermana, y llegará el día en que me toque hacer tu trabajo.

Melissa sabía bien de la vida, aquellos que tienen etapas en la infancia tenaces, se les dificulta crecer sanamente, pero son ellos, espíritus de riesgo, quienes más saben del peligro y de las atrocidades del ser humano. Conocen, los dos extremos de todo y un poco de sus matices. Melissa y Giovanni, hermanos de Charles y Novella, habían vivido una niñez opuesta a la bienaventurada y no muy común a la que la mayoría de las familias brindaban a sus hijos. Estas personas mayores ya no sentían temor a equivocarse

y habían cambiado porque los vicios habían dejado de traerles tranquilidad y desahogo. Melissa había perdido a su mejor amigo por sobredosis de heroína. Desde aquel día, dejó de consumir cualquier droga y cualquier dosis de alcohol, por más mínima que sea. Giovanni, su hermano mayor siguió los pasos, solo cuando Charles se fue de este mundo. El siguiente día que sucedió la tragedia del mejor amigo de Melissa, ella me compartió un escrito de su autoría, que posteriormente, Giovanni adaptó a una de sus canciones.

Estaba compuesto por las siguientes frases.

Pienso seriamente en dejar las drogas, luego me pregunto, ¿dónde dejarlas? O si quizás ya las he dejado, ¿pensaría en un mundo sin ellas, destruiría el que ya conformé? Lo cierto es que nunca las dejé, ni lo volveré a hacer, porque nunca las tomé. Así que siempre lo hice, siempre pensé, pero no actué. Ya no me agrada mucho pensar en usarlas, ni siquiera en dejarlas, pero pienso siempre en mí. Creo que es hora de pensar en ellas, y que ellas piensen por mí, para no hacer nada más. En realidad tampoco pensé en ello, ni lo dejé, nada dejo, nada pienso, nada soy, todo observo. Al final, vuelvo a preguntar, ¿cuáles drogas?, o, ¿dónde las he dejado? ¿Si aún me esperan en algún lado, o es que las tengo y consumo sin darme cuenta? ¡Magnífico! Si es así, entonces nunca se acabarían. Dicen que al drogarse todo se siente más. Y que tal ellas estén tan drogadas, que piensen que han sido consumidas, que piensen que han drogado, es eso lo que siento, que aquello nunca lo he sentido. Sí, me hacen falta, ¿Por qué he renunciado? O es que han renunciado ellas a mí. ¡Claro, si me las iba a acabar ya! Ellas no querían extinguirse. Ya no necesitan más mi cuerpo. Sin pensar divago y me pregunto ahora, ¿me han dejado ellas a mí? Lo cierto es que siempre abandonan, siempre se acaban, y lo acaban a uno. Es tiempo de ir por más, solo para saber cuánto más han de durar, si pueden ser ellas tan fuertes como para no dejarse. Al fin y al cabo, siempre sabré que ganaré.

Cuando Giovanni se enteró que su hermano Charles había

desaparecido del mundo, escribió:

He encontrado tantas razones para matarme, pero estas no tienen razón ni validez existencial. La única verdad es que nadie sabe si se vive después, tampoco soy tan valiente como para quitarme la vida, ni tan cobarde como para escapar a la muerte. Lo único que queda es resistir y para eso soy bueno, tengo mucha suerte. A la vida solo sabe amarla el fuerte, así como es ella. Me mataré tan solo cuando encuentre la manera más original de hacerlo, para eso tendré que ver todos los modos que hoy existen para dejar de vivir, mientras tanto, intentaré tantas veces morir, como las veces en que pueda vivir.

Por mi parte, compartí la verdad:

Conocí un día a un villano que se convirtió en mi amigo, y por ser el bufón de la pandilla nunca lo denunciarnos. Su familia veía solo sus lágrimas que en la noche se ensuciaban con la sangre de los civiles aparentemente inocentes. Desde aquel entonces se convirtió en mi ídolo, vestía siempre de traje y atraía a toda mujer bella, pero hubo tan solo una dama que no se enamoró de él, era la que él siempre amó.

Carta a un hermano deshabitado

A Giovanni

Apreciado amigo, la intención de este escrito no es de consuelo. No siento por usted lástima ni piedad. Los espíritus con voluntades altivas no sienten por otros semejantes eso que los desamparados llaman clemencia. Al contrario, el motivo es de admiración, pocos conocen el valor que llevan dentro del corazón que nunca cesa, que nunca se cansa, y suelen ser los más valerosos. Por mi parte estoy orgulloso de hacer parte de ellos. Nosotros compartimos algo, un símbolo de fortaleza. Durante instantes incontables y tiempo fugaces, fuimos habitados por dos hermanos, que no sabría decir ahora en lo que se han convertido, pero sí nos han

convertido a nosotros; también fuimos entonces habituados por la obligación de no volverlos a ver más que en sueños. Yo hasta este momento, he dejado de soñar con ellos y la razón puede ser la misma incógnita de su partida. Hay mentiras que queremos creernos porque nos hacen sentir tranquilos. Es un gran consuelo pensar que hay vidas más dramáticas y mentes más trágicas. También que algunos seres queridos se sacrifican por dar al destino otra salida. Incluso tampoco es verdad que los que se han ido ya, viven mejor que acá. Tenemos que creer en algo finalmente, pero primero, en nosotros, en usted. Hay personas que por más valor que tengan, confunden el término de valentía y se lanzan al aire para creerse libres, dejando que esa libertad, no sea comprendida por sus sentidos. Aquellos seres no soportan el nihilismo, porque ni ellos ni la existencia los comprende, no es eso falta de poder, sino incapacidad para compartir la sabiduría. Hay consejos que se comprenden, esto lo entendí no cuando empecé a escribirme, sino cuando comencé a dedicar algunas frases como consejos a otros, aquellos que tal vez no comprendan mi objetivo, pero si quizás detalles de los que no me percató. A ellos doy un silencio y un abrazo. Es este mi rezo para los valientes, porque luchar también se puede sin escudo ni espada, porque lo que se deja en las batallas es la sangre que al suelo se derrama y que empieza a hacer parte de la historia de una tierra invadida por la adrenalina. El guerrero tan solo cuenta con lo que hace parte de su interior, aquello que nunca puede arrebatársele a nadie, llamemos a esto dignidad o voluntad, es lo que solo se siente y se demuestra, sin necesidad de mostrarse. Hay también palabras que no quieren llegar a algunos, algunos que el tiempo quiere llevarse con el aire pasajero. Pero hay otros más maduros y sensatos que quieren quedarse sobrellevando el sufrimiento, son ellos los dueños del coraje. A ellos son a quienes la vida prueba, siendo ella misma quien al final admite de lo capaces que pueden llegar a ser, sin esperar nunca una recompensa, porque igualmente deben errar y cometer grandes crímenes, sin pensar tampoco en el castigo, a ellos llamo los trascendentes y en ellos también nos encontramos nosotros. Hoy estoy alegre des-

pués de todo, me he desahogado en este arte, como usted algún día lo hiciera con la música, somos aunque utilitaristas con el arte, amantes y adictos a él. Mientras esperaba que se acabara el año que ya se fue y los amigos que ya no están presentes, he comprendido que me he engañado también al olvidar el pequeño detalle de nuestras vidas pasadas, hemos dejado de ser lo que éramos, para dejarles a nuestros hermanos una piel que visten ahora. Lo hemos hecho también como signo de resurrección, porque hemos de ser almas múltiples. Los mortales que viven ahora en la tierra junto a nosotros, se encontraban hastiados de nuestra antigua imagen, por eso la hemos renovado, antes que ellos. Tal vez seamos desconocidos para nuestros amigos que desaparecieron, o quizás tampoco nosotros reconozcamos cuándo sea nuestra hora, tal vez cuando haya pasado lo necesario para que el tiempo envejezca junto a nuestro recorrido, a los que no dejaron de ser niños risueños y alegres; irónico es que los más sonrientes sean los más terribles, peligrosos, reservados, absurdos, desolados y no aptos para ser orientados. Ahora recuerdo a nuestros hermanos, y lo que nos dejaron: el eco ensordecedor de sus risas, y por ellos sonrió, así ya no los escuche, ni ellos a mí; pero para sentir una sonrisa no es necesario verla, ni oírla, sino más bien contagiarla. Que ellos nos recuerden alegría, no es una razón insensata para decir que ya los hemos olvidado o que poco nos interesan o que más bien aquella misión que persiguen hoy sea en vano. No es razón para sollozar el extrañarlos, fuimos condenados igual que ellos, a no volver a nuestros hogares con el alivio de sus abrazos. Alguien que también piense en ellos, puede estar seguro que de alguna manera nuestras lágrimas no solo las derramamos nosotros, sino aquellos que en la tierra no hicieron más que digerir problemas ajenos, beber del llanto de nosotros que nunca les comprendimos, acompañarnos como el apoyo que también necesitaba de la mano de un hermano. Todos los humanos necesitamos comprensión, fue aquello lo último que les brindamos, pero durante aquel momento en que les acompañamos, no fuimos lo que ellos desearon o necesitaron, pero fuimos hasta el final, naturalmente humanos

y hermanos, que en vida no aprendieron a hacer homenajes, pero que por lo menos no olvidaron el amor que una verdadera amistad merece. A ellos viejos amigos, salud por la sangre que compartimos y a nosotros nuevos hermanos, salud también, por lo que compartiremos, por lo que nos espera en los restos del caos. Amigo, los vicios empeoran los problemas, pues los prolongan y los olvidan, gran error es olvidar un problema, porque en cualquier momento puede sorprendernos la nostalgia. Los problemas hay que erradicarlos, pero la única forma de hacerlo es destruirlos desde su raíz, como una maleza de una planta, queremos siempre sembrar buenos cultivos, pero hay bacterias que lo impiden. De lo grotesco puede crearse lo que sea incluso más sublime que la belleza, porque su transformación tiene un valor adicional, el valor de la transmutación, de la naturaleza de su evolución, lo dulce de lo amargo. Igualmente los artistas deben tener algo de infortunio, de otra forma no tendrían algo que decir, o con qué inspirarse de la mejor manera. Todos los poetas somos locos, pero no de igual forma, la locura es el requerimiento para que una mente sostenga pensamientos anormales y absurdos y engendre de ellos, ideas magníficas, dudas aparentemente obvias de las que pocos se percatan. Amigo, nada debes agradecer, ni siquiera lo más puro que se te dé, pues la esencia de la nobleza es siempre desinteresada y los nobles tenemos mucho que dar.

Testigo en la ejecución

Era una noche en la cual Paul salía del trabajo. Quería tomar un descanso de tantas clases que dictaba, un cigarro y una cerveza eran perfectos para la ocasión y por su puesto compañía. En un estacionamiento público, a la salida del instituto, Paul me estaba esperando junto a Charles. Me sorprendí al ver que Charles llegó primero, no me había rendido lo suficiente en mi bicicleta. La luna contorneaba las montañas, Paul fue por más cigarrillos, Charles robó unos chocolates de una tienda y se devolvió con afán,

como si lo hubiesen descubierto, todo para ofrecernos. Charles se desapareció de nuevo para ir al baño. En ese momento me quedé solo con Paul.

—Ayer leí *El principito* junto a mi madre, fue el mejor regalo de aquella tarde y no fue por los rayos del sol que sus lágrimas caían, es mas no caían, era un llanto de ternura y alegría, que no podía derramarse.

—Sabes, Wolf, me sucedió lo mismo con mi madre ayer, pero esta vez ella si lloró de dolor, mi padre está muy mal, tiene una enfermedad terminal, al parecer es cáncer. Alcancé a derramar unas lágrimas por ellos. Hay algo que todavía nos llama a creer en la vida, hay una pequeña pizca en el corazón, y creo que es por nuestra familia Wolfgang, nos han criado y hemos nacido en sus brazos.

—Oye Paul, no te negaré que a veces creo en el alma, pero únicamente por mi madre. Y lo que más nos pesa, es la culpabilidad, pero hay que despedirnos de ella.

—Tienes razón Wolfgang. ¿En qué estamos pensando, en compasión?

—Paul, lo cierto es que por la mujer y por nuestras madres, es menester sentirlo, somos nobles y eso es amor.

En este momento llegó Charles y preguntó:

—¿De qué hablan?

—De nada Charles, voy a contarles algo que me pasó el otro día. —Dijo Paul, y empezó a hablar:

“Tenía la costumbre de salir los sábados en la tarde a la fuente de mi jardín, con mi abrigo oscuro y largo, mi sombrero Fedora negro, mis guantes blancos para el frío, mi caja de cigarros y el Lobo Estepario, de Hermann Hesse. Me senté en una banca del jardín detrás de mi casa, solitario al lado de un gran farol, me postré para hacer la lectura de los primeros capítulos de la novela. Pasando las hojas que usaba como cenicero, iba desperdiciando

mis cigarrillos, me reía y el viento respondía en el vaivén de las hojas de cada arbusto, caían algunos frutos de los arboles sobre las letras. Del cielo opaco, una tenue luz se encendió. Suspiré al comenzar las Anotaciones de Harry Haller. Leí la primera frase: “Solo para locos”, respiré un momento, sonreí triturando la colilla contra una de las tablas ásperas y desgastadas de la silla, alcé la cabeza con mis ojos cerrados y vi que mis parpados cambiaban de un matiz rojo y naranja, a un amarillo claro. Justo cuando los abrí, el farol se apagó, la luna yacía, dispuesta de tal manera que hacía las veces de bombillo. Sentí un gran alivio y una satisfacción de creerme enamorado y escribí el Primer Poema No Dedicado. La afluencia de estas magníficas manifestaciones figuraban solo para mí, para mi escrito (que nunca fue dirigido a alguien), no para cualquiera.

Paul terminó de hablar y yo pensé.

¿Qué diría ese poema, de qué trataba, en quién se había inspirado? Nada se supo, solo el contexto, el lugar, el momento en que nacieron las palabras, pero no las palabras que engendraron un crepúsculo como este. Acabó en tan poco tiempo de leer el libro, inclusive primero que yo, Paul lo terminó esa misma semana que me lo quitó, y lo que él escribió, alcancé a sostenerlo en mis manos: lo hizo como comentario final, sobre las últimas hojas en blanco.

Entonces esa misma noche llevé el liro y le dije a Paul:

—Aquí traje el libro, vi las anotaciones que hiciste, algunas palabras no eran muy claras, el lápiz estaba bastante gastado, así que en parte es interpretado, pero me aseguré que la transcripción fuera lo más confiable posible, las palabras que pongo entre paréntesis son las más dudosas.

¿Será que el lobo podrá aprender a reír? Parece que al fin Harry ha (derrotado) a la bestia, pero para hacerlo ha tenido que sumergirse en el (pecado), a fin de lograr un suicidio que se burle de la arrogancia sostenida por el arrepentimiento y por su condición de burgués.

Paradójicamente, solo al final soñó con olvidar su pacifismo, del que tanto (se quejaba) por los síntomas de la guerra, pero el humor eventualmente le permitía conservar sus (fichas), ellas también reían. El lobo al fin (murió), porque su dueño tuvo que llevarlo junto a él para presenciar su ejecución, de otro modo, no hubiera podido (pecar), y tampoco conocer el (amor), de otro modo, no hubiera sido el, en sus (deseos), sus críticas, sus personajes, sino hubiera sido solo él, Harry.

¿Y quién no quiere acaso vivir acompañado de amigos imaginarios, quien más que el solitario que los recuerda? Aquella (frustración) es un simple capricho que no permite inventar, porque ya todo lo ha (descubierto) y ha conocido tanto su pasado como el de muchos. Goethe y Mozart, Novalis y Nietzsche y más testigos de su muerte, nunca de su vida. Aunque Harry fue conocedor de la existencia, el sufrimiento y la muerte de cada uno de ellos. ¿Cómo no aceptarlos como (amigos)? Habiéndoles conocido tanto como jamás podría conocer un (conocido).

Detestaba el erróneo proceder del sarcástico Goethe, porque bien sabía de él, a quien representaran en una pintura como a un cuerdo, frío e inexpresivo retrato, pero que en sus sueños aparecía como deseaba ser: irónico y (banal), que del nihilismo, la fatalidad, la (puerilidad) y la crudeza de la humanidad, tan solo rescataba el admirable valor de la esperanza y su (cobarde) y delicada proximidad a la divinidad.

¡Cómo admiraba la Flauta mágica, excepto por su supuesta (alegoría) eclesiástica! Una obra tan magna y polémica, en la que el mismo Amadeus se burlaba del enigma de los padecimientos que le condujeron a su muerte. Para aquella luna llena, una noche con la muerte de su (amada) en el Teatro Mágico.

La amenaza del malhechor

¿Cuál será entonces la otra cara de las palabras? Me preguntaba yo. ¿Qué significaba eso de lo que hablaban Charles y Paul que yo no entendía? Aquello de la apariencia y la ilusión, mien-

tras un día Charles me incitaba a mirarlo sin cerrar los ojos que tanto me ardían, él me decía:

—¿Quieres llorar, verdad? Te tengo dominado sin ponerte una mano encima.

¿Cuál era el aura de aquellos espíritus? Un sentimiento de libertad y desconocimiento, el mundo no quería conocerlos, porque no querían estar limitados. ¿Cuál era la palabra exacta para identificarlos, para describirlos? ¿Qué otra diferente de absurdos? Me gustaba tanto esa palabra que me hacía ver como un ridículo frente a las clases de psicología que recibía de ellos. ¡Charles podía leer mi mente, saber lo que yo pensaba! Nunca había tenido más razón en hacerme derramar el llanto, en ofenderme tan cruelmente que no quisiera hoy comentarlo a nadie, ni siquiera sé por qué lo escribo. Fue esa misma madrugada en la que resultamos luchando los tres, y como siempre ganaba yo, por ser más fuerte tan solo físicamente.

Horas antes habíamos salido a la calle los tres, Jean Paul Tesla quería ir por cervezas, así que lo acompañamos. Recorrimos un callejón fuera del conjunto de casas donde Paul vivía, era tarde y la mayoría de tiendas de Milán estaban cerradas y otras cercanas eran costosas. Así que emprendimos el regreso por una avenida solitaria en la cual había tan solo un bar abierto. Ambos fumaban, y yo caminaba en la mitad de ellos, siempre aguardando el peligro y protegido por ellos. Ingresamos y pedimos las cervezas. Cuando Paul recibió el dinero que le sobraba, un sujeto en bicicleta se acercó y observó la mano de Paul, regresamos a casa y el individuo comenzó a perseguirnos, yo tenía un mal presentimiento, el hombre nos acechaba con su sigilosa mirada y su lento recorrido. Charles se mostraba indiferente y Paul se adueñaba de la situación, preguntándole al hombre:

—¿Qué tanto es lo que mira estúpido?

El sujeto respondió mirándome:

—Vamos a matar a alguien.

Solté una risa, Paul me defendía.

–¡Hable bien, imbécil! –imitando su voz con exageración. El sujeto se me acercó, profiriendo:

–Vamos a matarlo a él.

Yo respondí con sátira:

–¡Adelante!

El individuo no respondió, y solo me miraba, Paul seguía balbuceando, parodiando y remedando su voz con bastante mofa, Charles seguía en silencio bebiendo. De pronto el individuo rompió la conversación, e intervino con una exigencia:

–Regáleme una cerveza.

Paul se rio, negándole la solicitud, tomando confianza y fingiendo ser su amigo. El hombre se cansó y se fue, amenazándonos con que nos encontraríamos con una camioneta cruzando la otra esquina y un criminal adinerado nos dispararía. Los tres nos reímos, escondiendo nuestro miedo. Al cruzar la esquina, una camioneta se detuvo, bajaron dos tipos que nos metieron en su interior y persiguieron al sujeto de la bicicleta para atropellarlo. Luego nos llevaron hasta la casa de Paul y como agradecimiento le dimos unas cervezas. Llegamos a donde Paul y empezamos a entrenar lucha libre.

El inconformista

A la mañana siguiente, Charles ya no estaba, se había ido de la casa muy temprano. Le pedí ayuda a Paul para un poema que quería dedicarle a Margarete, una novia que tuve. Su boca era mi vicio, su silencio y sus labios cerrados, eran el enigma más certero y nefasto que me alcanzaba a irritar, así de hermosa era, así de tenaz que hería mis pensamientos, los corrompía, pero ella en su mente y en secreto confiaba en mí. Le di tantos detalles, y aún así se demoró en aceptarme como su novio, hasta el día de la celebración de mi natalicio. De esto ya hace mucho. Paul me guiaba,

escuchando algo de *Telemann*. Era él quien ponía los versos en mis manos, era un regalo extraordinario, en el sentido verdadero de la palabra, algo fuera de lo común, pero que por innovar, caía en el ridículo.

La verdad cuando se lo entregué sentí mucha vergüenza, ella alcanzó a reírse, pero a Paul le gustó bastante. Ese día él habló con ella, sentí celos, pero también el pequeño indicio de que él debía tenerla, aunque estaba algo enfurecido y hastiado de que no me entregara lo que yo merecía. Él decía que yo debía tener una mujer mejor y la única que él esperaba que yo tuviera, no alcanzó a conocerla. A continuación les compartiré el poema descrito anteriormente, del que fue participe mi amigo Paul:

Si tuviera la oportunidad de llevar tu aire a mis pulmones, si pudiera encender la llama de tu esencia que tanto me intriga, si conociera cada semilla que siembras en mi garganta con tu fuente de vida, si regara las raíces de tu cuerpo con mis labios ardientes, para que cada vez que aspire una parte de ti, la transporte a mi conciencia, podría colmarme de inspiración por ti. Si tus besos se inspiran en la exhalación profunda de mi exorbitante inhalación, si me dejaras respirar el humo que emerge de tu silencio, comprendería el sentido de tu sabiduría. Si te extinguieras poco a poco en mis manos, quemarías lentamente mi fragmentada boca. Si las cenizas de tu incandescencia dejaran de caer, sentiría que me abandonas sin explicación alguna, si el crepúsculo de tu flama incendiara mis ojos, iluminarías mi vehemencia, trasladándome a la alucinación más perfecta y tu hálito me alentaría a dormir sin soltarme de ti.

Si tu efecto culminara, entonces sería el más adicto a tenerte cerca de mi boca, serías el vicio más sano y conveniente, entonces podría sentir que mi lengua insaciable supiera insinuar las ansias de enamorarte.

Luego de entregar el presente a la pequeña dama, sin obtener respuesta, me sumí en la confusión que embargaba mi existencia

en aquellos momentos. Por fortuna me acompañó Paul, compramos cervezas, nos sentamos en un parque a beber y se acercó un hombre que antaño había robado a Paul, yo no presté mucha atención a la discusión, parece que habían terminado golpeándose por obtener más licor. Mientras tanto yo pensaba en ella, sin recibir una gratificación, me hallé solitario, postrado en la calle, borracho, y me di cuenta que Paul ya no estaba, me había abandonado. Me tendí en el césped y comencé a alucinar, no estaba inconsciente, pero convulsionaba derramando saliva blanca de mi boca. Grité con voz ronca, abriendo mis ojos llorosos. Nunca en mi vida me había sentido de tal forma, era tan desagradable mi amargura, que en muy poco tiempo me vi desconsolado, angustiado y aterrorizado por la escalofriante escena que había visto de mi cuerpo, lo peor fue ser consciente de eso y volver a la normalidad gracias a mi propia voluntad. Tan solo me levanté cuando mi propia mente me sosegaba y me incitaba a continuar caminando como un vago que no tiene a donde más ir.

Terminé sollozando en la mitad de la calle, aplastando la lata de cerveza con mis manos, rasgándola, partiéndola en dos y tomando el último sorbo que quedaba en su fondo, escupiendo la espuma y gritando: *¡No más, basta ya!*

CAPÍTULO III: AMORES IMPOSIBLES

Un pensador enamorado cavila con su corazón, no le da cuenta a su razón lo que lo vuelve un desgraciado ante el positivismo, un ser despreciable ante la verdad. El amor no siempre es posible, ni es verdad, aunque se sienta o se piense como ello. Ese sujeto de apellido Tesla era la representación del amor más puro, desde toda su familia, hasta sus allegados a quienes también contagiaba con su nobleza.

Sus disparates siempre tenían algo que ver con mujeres, las amaba y era tan caballero, que todas lo adoraban por su ternura. Pero sobre todo Lou, con quien compartía un secreto que yo nunca supe y quizás debía morir sin saberlo, o esperar a encontrarme con mi amigo para que me explicara sus razones y tal vez volver a la disputa por aquellos gustos que tanto compartíamos. Adele fue en un momento importante una amiga muy cercana a Jean Paul, cuando Charles y yo lo visitábamos, ella aparecía como si fuera amante de los dos, dejando sus cabellos sobre las piernas de los poetas, mientras nosotros en nuestras mentes recitábamos versos, haciendo rimas con su cabello, contando cada uno como si fuera un tesoro. Charles no sabía si yo estaba enamorado de ella, pero al parecer Adele sí sentía algo por mí. Un día aprovechando mi seriedad y el momento perfecto en que estábamos solos, hablando de sus mujeres, Jean Paul dirigió las siguientes palabras hacia mí:

—Le sugiero respetado Wolfgang, que tenga mucho cuidado con mi amiga, ella ha sido como mi hermana y yo sé cómo ella se ilusiona, le pido el favor, si a usted de veras le interesa, mantenga la discreción y el respeto que ella merece.

Me reí con descaro, pero en cuanto me percaté de aquella seriedad y cordura, cambié de proceder, tomando el consejo de mi amigo y asintiendo. Una semana después, me vi con ella. Pasamos

la tarde juntos, contemplando las nubes desde el atardecer hasta la noche, sobre las piernas de ella, mientras que ella acariciaba mi larga cabellera y se inclinaba haciendo el ademán de enamorada, con la intención de darme un beso. Yo no paraba de hablar, ambos interesados por la filosofía, nos cuestionábamos acerca del cielo y ella daba sus más lógicas e inteligentes respuestas, como si a través de muchas fórmulas mentales, obtuviera inmediatamente las soluciones exactas y las palabras precisas para justificar. Horas después decidimos ir a comer a su casa. La pasábamos genial juntos, ella reía de vez en cuando con mis ocurrencias, su risa inconfundible, era fuerte, tenía el timbre de su dulce voz, su sonrisa marcaba dos agujeros en sus mejillas, allí podían dispararse mis besos, como balas y luego hacia sus labios risueños, pero todo quedó en mi imaginación. Dos días después, Charles la invitó a su casa, cocinó una pasta, su preferida, Adele quedó fascinada, tal vez por este pequeño detalle, Charles decidió besarla, pensando que así podía traicionar a su amigo, pero él siempre se equivocó. Inicialmente no era esa su intención, sino apaciguar sus deseos de amor que tanto lo obligaban a buscar mujeres que pudieran saciar aquellas ilusiones, era un amante frustrado y enamorado siempre de una sola dama. Pero en este momento, él olvidaba la nostalgia y quería tan solo recordar el amor, a quien de verdad estaba besando. Yo trataba siempre de competir contra los poemas de Charles, pero nunca lo superé. Al parecer la verdadera inspiración emerge no cuando se ama, sino cuando se recuerda lo que es estar enamorado. Pues así era como Charles relataba los momentos junto a ella, con una profunda alegría, una metáfora romántica y envidiable.

El creador de culpas

El día que Jean Paul conoció a la que sería su mujer, yo también la vi por primera vez, juntos sentimos una gran fascinación por ella, era una cantante esbelta y sensual, y a *Cappella* nos deleitaba con un fragmento de una ópera, mientras Jean Paul la veía

con sus ojos negros, oscuros pero brillantes, reflejando la lucidez de la mujer. Vittoria me había dedicado algunos sutiles gestos de coquetería. Yo discutía con Paul por saber a quién de los dos había mirado ella, como siempre, ambos recibimos de las mujeres algo diferente, detalles sentimentales y específicos para cada uno. Estábamos en un concierto, los amigos de Dave se preparaban para tocar junto a él. Charles llegó más tarde junto a Adele. Aquella mujer que se iba a enamorar pronto de mí: Margie, también estaba allí, junto a su hermana. Cuando Charles llegó, alcancé a percibir un ligero gesto de vergüenza en él. Se me hizo bastante raro que esta vez ocultara su fanfarronería y negligencia. A su lado estaba Adele, Charles se sintió algo aludido con mi presencia, extendí mi mano y él me miró risueño y apenado. Yo no le di a la escena demasiada importancia y a cambio de eso, seguí caminando por el escenario para buscar a mis amigos.

—Lo siento Wolfgang, pero yo adoro a esta mujer.

—No hay de qué preocuparse, espero que usted lo haga mejor que yo.

Respondí con ningún tipo de recelo, sintiéndome extrañado por su proceder. Pensé que le importaba poco aquella admiración que sentía hacia ella, pero pronto comprendí que mi relación con ella debía ser siempre aislada. Cada vez que yo iba a visitar a Paul, llegaba ella y nos mostraba los versos que Charles le dedicaba, yo sentía envidia, demasiada, no puedo negarlo y más aún resentimiento de no poder escribirle esas palabras, o unas mejores. Era impresionante su capacidad para ensalzar a su musa, algo que difícilmente aprendí de él, poco después. Siempre hubo cierta rivalidad con mi amigo Charles, aunque los dos nos sintiéramos mutuamente orgullosos. No pasaron más de dos meses y todo acabó entre ellos. Charles no alcanzaba a sentirse si quiera un hombre común y corriente que pudiera gozar del amor como todos o como cualquiera. Desde aquel momento, dejó de ser una mezcla de imágenes y percepciones falsas, dejó de ser una cortina para ella, pasó a ser algo tan real, que alcanzaba a asustarle.

—Terminó todo porque me dijo que no podía estar con alguien tan loco.

—Charles, yo dudo que logremos encontrar una mujer demente como nosotros.

—¿De mente?

Temor al amor

La historia de amor de Charles era bastante larga y decepcionante. A los 9 años conoció a la mujer que sería la más bella para él. Yo no entendí nunca cómo supo que ella tenía que ser su enamorada para siempre, tal vez me sucedió algún día, y lo que hice con otras mujeres fue simplemente reemplazar los deseos que sentía por mi enamorada y satisfacerlos con ellas. Lo creí como algo semejante al caso de Charles, era muy parecido, él se había enamorado de la mejor amiga de Bella, yo de la mejor amiga de mi enamorada y como en todos los casos, ellas terminaban separadas por culpa del amor. Lo que no comprendí fue la razón por la cual Bella demostró el amor a Charles, cuando él ya había empezado una relación con la mejor amiga de ella. Como sea, fue solo hasta el final que se comenzó a notar el deseo mutuo de estos amantes, eventualmente salían y ella lo besaba, pero él siempre sintió esa sensación de desconfianza, tal que le producía un temor tenaz el hecho de verla, tan solo tener una cita con ella, o compartir un espacio a solas, representaba para él un riesgo enorme. En los últimos días de su vida, Charles tuvo la oportunidad de mantener una relación más estrecha con Bella, la invitaba a la mansión de Dave a beber licor y hablar y la acompañaba hasta su casa. Ese día no estuve presente, pero según lo que él me contó, parecía que sus amigos desearan más a la dama que él mismo, mientras ella tímida, trataba de adaptarse a aquellos ambientes pesados pero gratos y afables a su manera, a la manera de Dave: grotescos pero divertidos. A cambio ella reía tiernamente. ¡Qué vergüenza sentía Charles, qué habrá pensado ella

de él! Pero Charles nunca podía pensar en Bella con una imagen que no fuera tan delicada, inocente e ingenua, esa era su percepción utópica de ella, la idealización. Mientras recorrían las calles, camino al hogar de ella, entonaban un cántico prosaico, colmado de un lirismo excepcional. Era tal la última vez que se verían, sin saber. Caminando decidieron inventar un poema desde una frase de Cortázar.

—Mírame solo un segundo y hazme inmortal para siempre.

—Y si no me miras.

—Igual sabré que el viento en tus manos detiene los colores.

—Y el azul del cielo será azul para siempre.

—Y el gris de mi alma, también.

Esa noche terminaron por concluir su amorío. Dormían como pareja, se besaban, se acariciaban. Al siguiente día despertaron abrazados y Charles escribió su último verso de admiración:

Hay algo mejor que dormir con una mujer, no dormir para contemplar sus párpados cerrados durante un largo tiempo en la noche y otro pequeño en la mañana. Es hermoso despertar con ella, abrir los ojos y ver a la persona más especial que puede estar a tu lado, pero es más bello si no duermes por estar admirándola todo el tiempo.

CAPÍTULO II: EL SALUDO DE LA MUERTE, UN NUEVO ADIÓS.

Vuelvo a narrar a petición del protagonista, porque su estado delicado y un tanto decrepito le imposibilita seguir escribiendo. Sin embargo, cito algunas frases que él determina esenciales para la culminación de este memorial. En este momento volvemos al principio de la tragedia, para recordar la vida de esos tres filósofos del absurdo.

Los tres amigos se conocieron desde muy pequeños en el conservatorio de Frankfurt, Alemania, en el cual se adocrinaban pacientes genios de la música clásica, desde temprana edad, se desarrollaba un proceso cognitivo muy extenuante y exhaustivo. Charles, cantante de ópera, Jean Paul, violinista y Wolfgang, pianista, el idealista del clavicordio. Durante 5 años fueron internados, recibiendo educación también en otros campos, pero debido al desorden psicológico de Paul y Charles y la indisciplina de Wolfgang, fueron expulsados y vetados de la institución. Huyeron del país no por las guerras, sino por aquel espíritu aventurero que siempre les guiaba. Desde aquel momento llevaron una vida errabunda, comenzaron a ser callejeros, alcohólicos, locos artistas y poetas de la vida y la noche. Haber sido expulsados del conservatorio, les había transformado la vida. El arte para ellos, era arte libre, autónomo, personal y solitario. Comenzaron los rumores de amores perdidos y andanzas olvidadas y recordadas por el alcohol.

Pero esto duraría tan solo dos años. Tres años después, se encontraron en Catania para se iniciar sus clases de Filosofía. Y dos años después, sus carreras profesionales: Jean Paul, psicólogo, Charles, actor y Wolfgang, guionista. Más tarde, como era de esperarse, sin haber pasado cinco años, abandonaron sus estudios, para dedicarse a una vida bohemia y viajera. Luego de un tiempo empezaron a interpretar La Gran Tragedia de Michael

Orff, cinta que significó para ellos la obra cumbre de su vida. Alejados de su familia, viajaron a Italia y empezaron su vida allí y así de pronto la terminaron. Conocieron amores y amistades, compartieron vivencias y noches alcohólicas donde la sabiduría se hacía notar por la dialéctica y los discursos combatientes de aquellos tres hombres. Envejecieron sus personajes, se separaron y se desaparecieron, Wolfgang no los volvió a ver jamás, pero ellos dos sí, siempre.

Los cremaron en un bote vikingo. Wolfgang por su parte, tuvo un destino más grande del que tenía en la obra, comenzó a robarles protagonismo a sus amigos. Su personaje era Wolf y sus amigos, Fiodor (Charles) y Frank (Jean Paul), por siempre amigos, eternamente hermanos, unidos como dos aventureros sin amor, pero con miles de historias por contar en la otra dimensión de la obra, la otra cara del sol y la sombra de la luna, el espíritu de la tierra y el corazón de los dioses.

Cuando Wolfgang decidió empezar a estudiar física cuántica, se dio cuenta que era muy tarde para cumplir otro de sus grandes sueños. Pero aun así le quedaron años, pocos pero precisos para estudiar el cosmos. Entonces se dedicó a observar el espacio, como una doctrina que adquirió por sí solo. Comenzó escribiendo su libro “Nuevos Astros”. junto a Annie.

Aproximadas predicciones

Se había acabado la vida de Carmina, una madre para los tres y Wolfgang había escrito esto en su lecho de muerte. Se había ido quien engendró el espíritu excepcional de Charles, que tampoco se despidió.

En estos momentos, del espacio habrá emanado un gran tesoro. Una nueva estrella se ha incorporado a un nuevo ciclo sideral, ha explotado una masa, la materia se ha convertido en pura energía, una energía muy peculiar, una nueva luz fluctuante que se ha dispersado en el centro de aquellos seres supra-humanos.

Ha sido una gran extinción, que en su desaparición ha marcado la mente de sus héroes, la estela, el rastro de una iluminación que llega como bendición, es la madre que ya es diosa, ha dejado de ser humana y se ha convertido en el astro de vuestro corazón, para asegurarnos por el mejor camino: la eternidad. El cielo ya tiene un nuevo sol. No ha surgido de la tierra y sin embargo han dejado algo en ella, no ha soportado la maldición que le había quedado, no por la gravedad, sino por la fuerza de atracción. Amaba tanto la libertad, que negaba incluso atarse al futuro. Triste le parecía vivir del tiempo y más depender de él para concebir el destino.

Lou había compartido a Michael este fragmento de un escrito de Wolfgang que había encontrado en los cajones de su escritorio, cuando vivía con él.

Se han sacrificado para fortalecernos. Morir voluntariamente no era matar nuestra voluntad, era sacrificarse por amor. Si el guerrero se hace héroe y conoce a su protectora, ha de partir sin despedirse. Pero acaso, ¿puede tomarse un accidente como algo que hubiese tenido que suceder? Aunque no haya sido una mujer quien se ha llevado a Paul sino su mejor amigo, ¿no es coincidencia que quien se haya atado a Charles, sea un espectro femenino, de un cuerpo que nunca quiso vivir más, el fantasma interior que ha crecido por amor, una mujer que nunca conoció la grandeza de su amante? La cobardía aún se evidenciaba en Charles, hasta en sus últimos segundos de vida, pero al final, ebrio e inconsciente, el letargo adormecería sus sentidos hasta hacerlos acabar. Wolfgang Swensson

Esto impulsaría a Michael a enviar una correspondencia a Wolfgang, como respuesta a Lou, quien había quedado de encontrarse el siguiente verano con él.

Mi apreciado Wolf.

Para mí no dejarás nunca de ser mi actor, mi protagonista. He contratado un guionista. No puedo revelar su identidad, espero no te importe. No digo nuevo, porque al parecer tú nunca lo fuis-

te, nunca trabajaste para mí. Lamento si esto logra indisponerte, también me excuso por disponer de una historia que no era mía. Es por eso que aquí te envío algunas coronas como forma de agradecimiento. Quise enviarte esta conclusión que hizo él de nuestra cinta. Tómallo como un doble tuyo y no te ofusques si hay una gran diferencia entre tu idea y la de él. Infortunadamente debemos grabar la mayoría de escenas de nuevo. Hemos tenido también que ingeniarnos un cambio drástico debido a la renuncia de Bella, que se fue a las fuerzas armadas de Rusia, a pilotar helicópteros (fue lo que me dijo). Aquí está entonces lo que podría denominarse 'El Fin de La Gran Tragedia':

“Charles, como hoy se sabe, es un ángel, que al morir liberó el demonio o quizás lo compartió con los mortales, no para que supieran lo que había sufrido, sino para que aprendieran a engrandecer el poder de la voluntad, voluntad que a él le faltaba, las energías de seguir existiendo, de dejar de ser solo un personaje, dejar de pertenecer al mundo ideal y al pensamiento de esos grandes pensadores que eran Frank y Wolf. Michael Angelo, dejó de ser amigo de Wolf, aparentemente desde que empezó a sospechar de su cercanía con Marien. Michael, en algún tiempo también fue amante de Margarete, la antigua mujer de Wolf. Al final se dieron cuenta que las dos mujeres habían estado de acuerdo en destrozar el corazón del hombre. Fue por esto que Michael y Wolf planearon una pelea y por tanto el hecho de no volver a hablar jamás. El último abrazo que de él recibió, fue en la partida de sus allegados, pero mucho antes, había pasado lo peor y después habían acordado probar que Marien no era fiel a ninguno de los dos y que Margarete tenía una relación de amistad confidencial con ella. Dave murió de Sífilis y posteriormente su esposa contrajo el virus del VIH, Wolf no volvió a verlo desde una riña fuerte que tuvo con él, jamás volvieron a hablar hasta su muerte, ni siquiera presencié el entierro, ni se presentó en la cremación, solo lo supo en una carta que le llegó de parte de Loraine, su presunta y antigua amiga más allegada y

la sospechosa de conocer íntimamente a la esposa de él. Parecía que ella también tenía una enfermedad similar a la de la pareja y pronto iba a padecerla intensamente, pero mientras tanto seguía trabajando ilegalmente. Por su lado, Vittoria consiguió irse a vivir con un hombre al lejano Oriente. Pero en algunos escritos que dejó en una botella encontrada por Anton en la isla perdida, decía que ella desde el día en que decidió vivir en un sueño, había despertado con otra personalidad, sentía como si hubiese dejado de ser ella, hasta se olvidó de su amor y de su misión. Pero quizás lo había querido desde un principio, su vida era tan miserable como solitaria desde la peripecia del 8 de febrero. Wolf seguía asistiendo a las celebraciones eucarísticas que Dmitri hacía cada año y durante cada una de estas, se sentía siempre apartado y en desacuerdo, pero era aquello que lo hacía pensar al final más en su creencia individual. En algún homenaje de estos, Wolf se encontró con Anton y sus hijos, quienes le contaron a cerca de Vittoria. Anton nunca quiso decir dónde había estado todo aquel tiempo perdido”.

Michael A. Orff

Soy el rumbo de las memorias

Me dicta Wolfgang lo siguiente, para que a todos les quede claro:

Paul y Charles eran como muchos artistas: holgazanes, descreídos, desesperados y alcohólicos. Eran totalmente imperfectos, tenían como todos los grandes pensadores, vicios abismales de inconformidad. En las noches temblaban porque algunos espíritus querían ser en ellos, esto era todo lo que me contaban en clave, algo que nunca tuve en cuenta en sus vidas, algo que jamás presté la suficiente y necesaria atención que merecía. Este fue Jean Paul, y yo fui de los primeros en conocer su vicio, bebiendo una cerveza mexicana junto a Dave, mientras competíamos para

saber quién tomaba más rápido. Ese sujeto que se le ocurrió dejar las botellas debajo de las llantas de una camioneta, aquel que solía tener en la punta de su lengua las mejores palabras que derramaba a oídos sordos que escuchaban otra música.

Pero yo también estaba en el momento en el que conocí su espíritu, sentado al lado de dos pianistas, quedando encantado con su sapiencia. Todo lo que decía nunca lo había escuchado, ni leído, o siempre lo había creído, sin saber. Aquí le reconocí en una muerte pasada y dije: ¡este debe ser mi mejor amigo! Él sí que sabe lo que dice, él fue el primero en hablarme de Zoroastro, con él discutimos acerca del nuevo ser y del dios Abraxas, él me dio las razones para continuar con esta búsqueda de la verdad, él fue quien escribió, como si fuera yo:

Me ha poseído un pequeño presentimiento de que nuestra comunión no es más que un pacto de sangre, hermano hoy me encontraba leyendo y agradeciendo al infinito destino, que nos ha llamado a librar una batalla juntos. Hemos portado un signo, quizás una señal, y aunque a muchas preguntas más hayan surgido miles de hipótesis tuyas, no hemos buscado réplicas de nuestros desvaríos, tal como lo dijo mi hermano Andy en su libro: ‘no hemos de buscar nunca respuestas, sino más bien mensajes’.

Hemos sido y seremos marcados con una señal familiar, como Caín ha cargado su cruz en las sienas cientos de años, ahora nos han llamado los inmortales a reencarnar en su yo para no quebrantar el verdadero retorno. Aquellos son los que nos esperan en la ciudad de la sabiduría. Espero que el tiempo no sea un límite para encontrar aquel paisaje sin espacio”.

De Charles puedo contar tanto, que preferiría aceptar que fue casi como un personaje creado por todos los personajes, un narrador que se adueñó de Paul como protagonista, un escritor que dominó mis manos y me dio la vida para contar la de él al mundo.

Cerca al inicio de su vida intelectual, escribió en un pequeño trozo de papel hallado por su padre Anton: “Vivir es morir len-

tamente, cada quien decide si vendarse para no descubrir lo bello que es o no hacerlo y maravillarse por la muerte”.

Antes de amar escribió:

“Ya no sé ni qué hacer, mi mente reclama por algo diferente, algo nuevo. No quiero seguir así, ¿por qué no me acobijan personas normales? Espero, actúo y espero, pero no llego a la ciudad donde la belleza no se marchita. ¡Solo necesito de alguien que me regale un poco de amor real! Porque si continúo así, me tocará seguir matando odios y falsedades con mi vieja espada de oro”.

Antes de leer:

“Si Nietzsche está vivo por su pensamiento entonces podría no haberse visto como un ser humano y su corazón que dejó de latir, podría tomarse como algo sin importancia. Si él hablaba de un vitalismo absolutista, entonces jamás podrá estar en el que yo llamo ‘mundo de los ya vividos’, pues no creía en ello. El alma es solo lo que da vida al cerebro y de este su herramienta es el cuerpo, lo que se expresa surge de las marcas que el entorno deja tatuadas en el cerebro humano y es lo que representa la vitalidad del cuerpo”.

Antes de conocernos:

“Eventualmente pienso en algo que creo extraordinario, entonces me siento orgulloso de ello, y de un momento a otro alguien lo dice, alguien que yo no esperaba que lo dijera. Pienso entonces que si uno no hubiese llegado a ese pensamiento, esa persona nunca le hubiese hablado de lo mismo. Es como si la mente creara involuntariamente su mundo. Nos vemos indudablemente y en demasía, reflejados también en los demás, la diferencia de los demás y de nosotros es que somos los únicos que nos damos cuenta. El dios común cierra la mente de las personas en una caja en la que solo se puede salir con ayuda del demonio común, en el cual nadie confía y que es en realidad el ser humano, quien está irremediablemente confinado en el deseo de pecar, destinado a ello”.

Antes de morir:

“Tal vez lo único que no muere es la vida, porque siempre se rehace, pero en el triunfo de la muerte, para muchos, el único fin y la única mujer perfecta es ella”.

CAPÍTULO I: VOLUNTAD ETERNA DE PODER RETORNAR

Allí en ningún lugar, sin pensar en existir, sin ser proyectados, sin conocer, ver, ni sentir, allá en la nada, surgen más y más ansias de resurgir, de germinar, de auto-concebirse, de elegir y vivir destinado con tantos sentidos como signos. Tres vientres se sacudían, morían pronunciando:

Algún día esperaremos que los días puedan seguir, no como antes, pero sí como siempre y siempre en comunión, en amor, como lo que él, lo que el héroe Frank nos enseñó, lo que su hermano Fiodor recibió. Algún día nuestros rostros serán adornados por sus risas y en ese instante entonces las formas de nuestros mascarar cambiarán, seremos lo que ellos hubieran querido ser y hasta lo que son ahora, así en un segundo que nos vamos, en ese mismo segundo nos transformamos. ¿Cuándo será ese día? Solo ustedes ahora sabrán, cuando podamos imitarlos, cuando sus faces se disfracen de nuestra piel. Y aquel dios que la humanidad ha olvidado, vendrá entonces, pero no nos llevará, porque seremos quienes entremos en él, que ya no es hombre, sino héroe total y guerrero de la nada. Nos llevará de nuevo en sus infinitas formas. Esto es hasta ahora un síntoma de totalidad. Voluntades sobran de yacer, impulsos e instintos que entre más prefieran vivir, morirán llenos, pero ligeros. Sabemos que es la hora de partir cuando flotamos como plumas tersas, escamas finas y hojas delicadas. Es hora de cortar El Cordón, es hora de la separación, de llorar y de abrir al fin los ojos, de abandonar la oscuridad, de ingresar a la salida. Alcanzar el Pleroma es algo que está en potencia y nunca se piensa como algo real, sin embargo, se ve cerca cuando se entrega del todo. Solo así los fragmentos de un universo, estarán en constante reaparición. ¿Cómo se regresa entonces a la unidad? ¿Bastaría con hacer parte de la totalidad? Porque también cuando se muere, se atraviesa la gravedad, se regresa al mundo en modo natural.

—Madre, hoy ha sido uno de esos días en que mi cabeza ha dado más vueltas de lo normal. No hablaré en metáfora, tan solo haré una analogía con el universo. Mi mente está en el espacio infinito, porque la inmensidad está en mi pensamiento. Aun no siento la sinergia entre el cosmos y la conciencia, pero sé que existe, porque así la pienso, ¿acaso no es lo que tocamos con la mente, aquello que sentimos? Todo aquello que llamamos materia, es simple información para nuestro cerebro. Ahora la idea no es la representación de un objeto, sino al revés. La energía se manifiesta en el espacio como una realidad. He pensado que el mundo está hecho de infinitas apariencias, que en el momento en que estudiamos una parte de él, nos encontramos con millones más, que tal vez sean inciertas. Parece ser que las imágenes son fluctuaciones, vibraciones de pequeñas partículas. La masa que observamos como fractales, son modelos que, a diferentes escalas, mantienen su forma idéntica. Vivimos encerrados en ellos, tenemos infinitas cárceles. Y parece que todo esto también es una apariencia. ¿Quién lo dice? La ciencia. ¿Quién inventa la ciencia? El humano, entonces lo dice el humano. ¿Cómo lo explica? A través del lenguaje, que no es más que un conjunto de códigos culturales, no universales, no naturales, tan solo humanos, no hay un lenguaje universal, solo hay idiomas. El mundo, es tan solo nuestro mundo, lo que podemos conocer porque podemos describir con palabras. Entonces, ¿qué inventa el hombre? Todo. Lo que descubre, lo interpreta, y como puede se expresa. Todo el conocimiento que adquirimos, fue alguna vez subjetivo, pero al tiempo contó con algunas reglas que permitieron transformarlo en norma general. Así todo es pensamiento y todo lo transforma la mente. El átomo se destruye, pero por ser diminuto, solo lo destruye lo invisible, aquello que no existe, porque no es materia, pero sí realidad: la idea. La mente humana es creada por el cosmos, donde el cerebro es una pequeña galaxia. ¿Quién dice la verdad, realmente la sabe, la interpreta o la manipula?

La triada

Aquel era el misterio: el mensaje que se unía en tres mujeres felices, tres hombres entregados y fieles, leales en su esencia, en su misión. Era el detalle, la frase que embellecería cada presente entregado a Lou, a Iris y a Bella:

Me traes la muerte, oh mi rosa mística, con tu rostro es más que suficiente. Algo que en su fugacidad perdurará, que en su efervescencia se congelará, que en su evanescencia será perpetua, que en lo perecedero será perenne, el recuerdo de los rostros y las risas, la felicidad que brota de la memoria: lo que no se extingue, porque se hace reminiscencia.

Al amor del final

Annie iba a ver a Wolfgang a la clínica cada mes. El noveno mes, llegó con algo para él. Wolfgang sollozaba y reía al mismo tiempo, con dolor también físico. No podía hacer mucho esfuerzo, pues su nuevo corazón usado, se aceleraba muy fácilmente e igualmente podría detenerse inesperadamente. Ella trajo una rosa al hombre y el poema que él un día le dedicó al haber recibido una flor, era la misma rosa de su sueño, su ‘pesadilla’, era la misma que había visto en ‘El Muro’, pero no la misma que había dibujado en los labios rojos de Lou. Annie comenzaba a leer en voz alta, tan alegre como siempre. Él sostenía la mano albina de su adorada, mientras el alba se sumergía en la habitación y el sol encendía las palabras, incendiando la voz interrumpida de ella.

Mujer, sabes que eres la única que me entrega flores. ¿Recibes vida de mí, y a cambio le das a mis ojos la muerte? Precioso, allí también está nuestro Dios. Cuando te dije que estaba marchita, se asemejaba tanto a la virgen de mi alcoba, con la cabeza agachada y el niño en sus brazos, desilusionado. Como aquella rosa que no dedicaba una mirada. Me entró un temor y me acordé de ti y de mis amigos, no te lo niego, te odié un instante, pero luego te volví a amar, es esto el Sí mismo, un rastro de eternidad, el mínimo, son todas las formas a las que regresamos.

Somos personas dignas de admirar, dos almas que se han llamado y se han respondido a sí mismas a través del uno y el otro. Es aterrador alabar a nuestro dios olvidado, su presencia enloquece, su ausencia es impensable; por tanto, insensato sería no dar a cambio sentido al destino. Venerarlo no es nuestro trabajo, mucho menos ignorarlo, solo mantener con prudencia, neutralidad ante su grandeza, porque es la misma nuestra. Hemos nacido juntos, tal vez en una misma era, la de acuario, la del cambio, la rebelión del raciocinio. Somos espíritus en busca de autenticidad, estamos cerca, próximos a nuestra verdad y la naturaleza recibe sincronizada nuestra unión mística. Pareciera que ante nuestro pensar, ante nuestro afecto al arte, nos hiciéramos personas despreciables, inmersas en una bella ilusión: la existencia.

—Los únicos pensamientos que no requieren de palabras, son los recuerdos, ¿verdad, amor mío?

—Sí, cariño, escribí esto después de recibir tu poema, quiero obsequiártelo.

Era un pequeño papel doblado. El silencio dejó que aquel ruido que desprendía cada doblez, trajera un poco de calma. La madre de Wolfgang interrumpió en buen momento y les obsequió a cada uno una taza de café, cuando ella abandonó la habitación y fue a comprar unas galletas, Wolfgang empezó a recitar los versos:

Mencionar que seas fuerte, es algo inútil, porque tan solo con pensarte, puedo sentirlo. Sé que tengo a mi lado una energía demasiado peculiar, que busca en la debilidad la potencia. Al verte sonreír, estudio al hombre que acoge las maravillas de la vida, para tomar finalmente la satisfactoria tarea de crear. Es por esto que para mí, tú significas vida.

Wolfgang cerró la carta y no pudo evitar llorar, mientras Annie sonreía lentamente con su sonrisa roja.

Lo que no debía saberse

En la última carta que recibió Wolfgang de sus amigos, se expresaba la dureza con que sería relatada una vida, instantes antes de la extinción, no era enviada desde un pasaje desconocido o remoto, era sacada a la luz desde un cajón de madera guardado en la casa de uno de ellos, la madre de Paul se la entregó diciéndole:

–Pensé que te sería de gran utilidad, que te daría alguna idea sobre lo que estás escribiendo.

–Gracias Clementine, de verdad, eres como una mamá para mí.

La siguiente frase se veía con letras grandes:

NO ABRIR HASTA DESPUÉS DE MI DECESO.

–La primera carta es la última que escribió él, allí firma también Charles.

Dijo Wolfgang en voz baja, sosteniendo la mano de su madre, Clementine, quien sollozaba mirando a Wolfgang.

–Este va a ser el fin de mi novela, qué buen cierre, miren ustedes. Así la empezaré:

Se cierra un círculo, se abre un laberinto.

La madre del hombre que contaba la historia, lo escuchaba en silencio, derramando algunas tímidas lágrimas.

–¡Dime que esta no es tu historia hijo, dímelo!

–¿Quién sabría tanto de esto, como alguien que lo ha vivido, madre?

Ella sonreía ligeramente, con una pequeña inclinación de su cabeza hacia la izquierda, se sentía orgullosa de su hijo, reía infantilmente y con ojos llorosos decía:

–Aquí tengo la carta que me entregó Clementine ese día, quiero mostrártela. Me siento cansado, creo que no voy a poder terminar lo que te iba a regalar, pero lo intentaré. He vivido mu-

cho y también he sufrido tanto, que es posible que todo acabe pronto. Te pido disculpas.

Mire señor lector, quien quiera que usted sea, (en estos momentos deseo que sea el adecuado y como si no lo fuera, ¿Cómo sabría usted, o como yo?). Tranquilícese, prometo no impactarlo, seré breve. Imagine que le escribo desde el mismísimo infinito, no tengo manos ya y sin embargo mis palabras se siguen escribiendo.

Siempre se hace tarde cuando uno cuenta.

Yo no lo conozco, pero sé que usted es ahora testigo de mi muerte, haga como si hubiese sido usted el asesino, si quiere llorar, bien pueda. Soy un espíritu, ya no siento. En el momento en que suelte esta hoja, dejaré de molestarlo, claro está, si usted tampoco me conoce. ¡He decidido acabar con todo! Yo era de esos infelices que empeoraba los problemas, mi mejor amigo a veces se burlaba de mí, me decía que era ridículo pensar en no vivir más; para él la muerte fue tan real, que le hizo retumbar su vida.

Yo ahora descanso tranquilo. Aquí se conoce la paciencia porque por fin se siente, no hay nada que esperar, ni por qué afanarse. Sí, así como pintan la muerte, así es, me he enamorado. Le pediré encarecidamente que no crea en esto, pues aún no he dormido, ni he quedado intacto, no estoy inmóvil. Es cierto, todos hablan de la muerte como si ya la hubiesen vivido, el consuelo de muchos es este: no te preocupes por los muertos, ellos están en paz. Tema su muerte mientras llegue, no por miedo, sino por adoración a la vida, piense que es lo único suyo. No rece, ¿escuchó usted bien? No rece por mí, ni por nadie, no dude un segundo, si usted me recuerda, podrá sentir la presión en el pecho que siento cuando oran, cuando en una iglesia pronuncian mi nombre, como en la tumba cuando cargo a todos, como en la cruz trayendo los signos, porque no llevo pecados al mar puro, extraigo de aquella fuente las piedras más finas. Yo no aprendí nunca a vivir, pero sí aprendí de la vida. Ya tiene usted lo que sé, espero que des-

pués de esto comprenda porqué tuve que desistir, porque no me equivocó, ahora lo sé, y río por esto.

No se emocione mucho, no se sorprenda si digo ahora: ¡qué placer estar aquí! ¡Créame que me va a envidiar! No se asuste más, más bien sonría, mírese, haga de cuenta que esto es un espejo, porque yo también soy usted. Ahora, hay que averiguar quién es el real. La vida es una lucha, las cosas nos tocan una vez, los contactos pueden contarse, solo una vez, luego se van. El amor es así y si es real, la muerte ayuda a extinguirlo, a veces es tan peligroso que requiere apagarse.

Yo amé siempre en silencio, por eso creo que todos me describen como un misterio, decía palabras sin importar que fueran escuchadas o estudiadas, no me interesaba más. La vida se me pasó. ¿Suicidarme? Lo intenté varias veces, fracasó el intento, pero yo no. Al final cometí una imprudencia, pero todos creen que fue un accidente, es bastante irrisorio, porque soy irreverente, un príncipe absurdo, adorado por las mujeres. No tengo dueña, me voy solo. Pocos me recuerdan, prefiero adorar y no contemplar lo valorado con éxtasis, ni ser amado, sino contemplar lo que nadie aprecia, por eso me despierta curiosidad la muerte.

Todo lo espontáneo es natural, hasta la verdadera voluntad nuestra, que se traduce en un impulso ciego, es tan irracional como innata. La muerte es inherente a nuestra vida, de ella también debemos alegrarnos, pero no burlarnos, ni desearla, solo yo puedo hacerlo. Déjenme solo a mí, pero envíenme a alguien como guía, o yo seré quien lo elija. Adiós, me voy con mi amigo, él también lo quiere. Todo es tan lúgubre, solo oigo llantos, no siento miedo, no siento nada. ¡Oh! La luz no llegará sino hasta cuando paren de susurrar allá arriba, o hasta gritar cuando estemos más allá. Ya desperté, esta es otra vida, estamos en otro mundo, no nos llamen más, somos siameses. Es esta una isla en ninguna parte, nadie puede negarlo, porque nadie tiene pruebas, ni tampoco afirmarlo, solo yo, déjenme a mí pasar de largo con él, de nuevo, hasta nunca, o hasta siempre, adiós.

A Wolfgang:

Te contaríamos la verdad, pero no queremos que tu vida sea en vano, debes buscarla hasta encontrarla, si no, nada tendría sentido, ningún mensaje tendría significado. Solo has quedado tú porque solo debes seguir. Pero algo sí te puedo decir: nos has confundido con tus enemigos, si quieres buscar a tus “amigos” y ejecutarlos, anda, hazlo, si así te sientes mejor.

Cerrada la carta, sellado el cofre, Wolfgang cavila:

—¿Qué todo fue una broma, se han puesto de acuerdo para lanzarse a la penumbra? Y yo viendo la vida pasar, allí sentado esperando a que el tiempo culmine para ustedes, así es como ha de tratarme el destino. ¿Acaso si hubiese pasado inquieto el momento, habría de arriesgarme, habría de acercarme al borde? Nadie ha de detenerme cuando hablo de lo que sé, pero a la muerte no la conozco y sigo siendo un curioso. ¿Habrá mucho qué perder? ¿No es lo que me pregunto con ustedes? Se perdió demasiado, imposible que aquello que en las calles quede, en las ciudades: todos los edificios, permanezcan de pie, después de tanto.

Personas que hablan mientras otras desfallecen, unas ríen, otras agonizan, unas besan, otras suplican y pocas de esto se dan cuenta: no han despertado hasta cuando les ha dado por tener un sueño o por terminarlo. Los que saben, no duermen hasta cuando fallecen. Este es el secreto más grande que solo sabré yo, ellos le hablan a mi mente. No puedo creer que de todo esto yo haya sido el culpable. Pero yo podría contar toda la verdad sin tapujos, créanme, estoy algo demente, soy escéptico como ustedes y ahora pienso que ustedes ya cambiaron, no sé nada, ya estoy dudando hasta de lo que realmente sucedió con sus vidas.

Esta historia sería tan absurda y fría si yo quisiera, pero mi arrogante misticismo no me deja, por ser un desgraciado individuo que cree en la metáfora de la vida, sin darle a la muerte aquella intención. Todo lo que hago trasciende, solo intenta buscarlos, por eso lo hago, esto no es real, tampoco lo que pienso, solo

siento que la verdad, no la tengo. Solo creo un mundo y actúo, hago parte de él, es el mismo que os dedico, pero no el mismo que merecáis. ¿Bueno y quién soy yo para ser honesto? Para todo puedo ser tan sincero, excepto para decir la verdad, ¿quién sabe el misterio de aquella exclusión?

Estoy enamorado y eso representa mi pérdida objetiva, pero me siento tan real, porque ahora no me veo, he cambiado y para esto he dejado a mi corazón que hable. Nunca seré el mismo de antes, pero nunca dejaré de ser yo, así dentro de mí se escuchan miles de voces, ruidos, murmuraciones y susurros. Hay tanta gente aquí adentro, y aun así me sé controlar, aprendí a escucharlos a cada uno. Tengo tantas figuras qué brindar a ustedes, a mis testigos, no soy el único, ni tampoco uno, pero me he sentido el elegido para cumplir esta misión.

Luego medita:

Las palabras consuelan de la mejor manera, la literatura es la mujer de muchos enamorados, es tan perfecta que acaricia sin tocar, con piedad nos comprende, sin hablar, solo callando, porque lo que aquí no esconden los escritores, es lo que los hace sufrir y esto mismo los tranquiliza. Pueden adormecerse, ella sigue por sí sola y no duerme, los contempla, los besa, los entiende, los ama y ellos a ella, sin contacto, en silencio, en versos. La literatura es y será la obsesión del artista. En secreto es como se construye el verdadero amor y se ama sincera y eternamente.

La última carta

Lou, hay una vida olvidada en mis antiguas palabras y hay una muerte nuestra. Lo que se puede leer en mis versos es una reencarnación constante, un amor que solo quedó en un cuaderno, escrito con un lapicero. En cuanto se repasen sus hojas entonces estaremos condenados a repetirlo sin saber. Como lo pensé una vez nos habíamos separado: existen unos personajes que seguirán viviendo este romance por nosotros y así seguirá siendo en el círculo sin tiempo. Te felicito por tu nuevo renacer.

Wolfgang Swensson

La parálisis instantánea

Aquí el hijo hace una pequeña interrupción, esboza una sonrisa y degradando el tono de su voz, murmura:

—Madre, no vayas a creer todo lo que cuento aquí, puede que sea mentira, tantos golpes me han dejado hoy sin memoria y quién sabe, quizás hasta esto que te digo ahora también sea inventado.

Este fue el momento exacto para que una sombra encapotada se perfilara en la pared, fuera de la puerta de la habitación. El hijo la enfocó con su único ojo, dejando borrosa la silueta de su madre, una figura solemne, angelical, divina, apareciendo como la virgen, como *Isis*, como sus amores, sus diosas y al lado una sirena con su infame cara demacrada y diabólica que en la lejanía parecía la mujer que siempre vestía de luto, que siempre le abría las arterias, le absorbía las venas, le asustaba con su encanto, la bruja, la hechicera del amor al prójimo, la próxima viuda. Miraba al suelo y tenía sus manos en su vientre como si sostuviera algo o a alguien. Annie, que estaba en la habitación se puso de pie y le gritó a la mujer:

—Lárguese de aquí, no lo moleste más.

Wolfgang recordó la imagen fragmentada del cuadro de la alcoba de su antigua casa, en la cual se inspiró él para crear el po-

ema para Annie, y pensó entonces dentro de su repentino imaginario:

Aún hay un gesto de grandeza en el pesimista y es su mirada al suelo. La misericordia ya no está en el cielo, aunque hoy la piedad esté en la muerte, y estas como la compasión no fueron santas entonces.

Cuando la mujer se acercó, Wolfgang la reconoció de inmediato, había cambiado, Wolfgang solo dijo una cosa:

—Cuando yo muera, entonces él nacerá.

Detrás de ella venía un hombre con una gabardina negra, unas botas negras, una bufanda negra, unos guantes de cuero, un sombrero fedora negro y un portafolio en sus manos. El hombre se acercó hasta la camilla de Wolfgang, abrió su portafolio, sacó un proyector y una cinta, conectó el proyector, puso la cinta y antes de que la película comenzara a rodar en la pared, le dijo lo siguiente al enfermo:

—Wolf, fue un fracaso, tuvo muchas críticas, pero aquí está, por lo menos están hablando de ella. Te la dejo, es tuya.

El hombre le dio la espalda a Wolfgang y abrazó a la mujer. La mujer le dio un beso en la mano a Wolfgang y luego puso la mano del moribundo en su vientre. Annie la miró apretando sus puños. La mujer y el hombre salieron de la habitación abrazados y el hombre le guiñó un ojo a Wolfgang, el ojo que a Wolfgang le faltaba. Annie y Wolfgang se quedaron viendo la película que había empezado con la Marcha Fúnebre de Chopin. Wolfgang empezó a entrecerrar su único ojo, Annie se recostó a su lado y en ese momento llegó la madre de Wolfgang.

Lentamente, la luz se hizo más tenue, era el final de la Marcha Fúnebre y Wolfgang se perdía el final de su película, mientras que Annie se la terminaba de contar, las flores que tenía en la mesa de noche comenzaron a marchitarse misteriosamente, los pétalos se pudrían, el agua se oscurecía, se extinguía la vela y el fuego consumaba la cera.

—*Duerme hijo, sueña eternamente* —La madre besó su frente, cerró sus párpados, y continuó. —*Que la vida viene de muchas formas e igualmente se va. Los hechos malos existen para contar historias. Tener un hijo, es el oficio más difícil, pero también el más hermoso. No tengo de qué preocuparme, los he criado perfectamente, he hecho todo como tenía que ser. Que este sea mi consuelo, le di todo a él, todo se lo entregué. Y él, me dejó el poema más hermoso de la vida.*

Nadie conoció sus vivencias fuera de la obra, nadie publicó sus ‘Nuevas Memorias’ de puño y letra, porque nadie las encontró. El corazón, que no era de él, dejó de ser de él ahora.

La gran bifurcación

El último sueño de Wolfgang fue la imagen de un Sacerdote, sosteniendo un pan que mojaba en cerveza y pronunciando estas palabras ante un poseído:

—Al tercer día resucité entre los vivos, descendí al averno a desenterrar los tesoros, pasé por la tierra a dejarlos en la incertidumbre y el azar de los mortales, ascendí a los cielos y allí sentado a la derecha de dios y a la izquierda del diablo, le he quitado el trono y he luchado a muerte, sin miedo porque ya no había mucho qué perder, he visto en usted al mismo demonio y su espeluznante rostro me ha arrebatado la vista, al fin he sido coronado rey y mi corona ya no estará más en el mundo, he salvado a quien me dio el poder, he perdonado su justicia y lo he tomado no como sirviente ni cordero, sino como guerrero y halcón dorado. No volví de la muerte, volví a la vida, porque no he vuelto a morir, ha vuelto a nacer. Aunque usted me haya asesinado, yo me he sacrificado por usted para que seamos compañía, hemos peregrinado a tierras sin pies, suelos incandescentes e inhabitables, en la gracia de nuestros espíritus. Hemos explorado el más allá, aquí estamos ante el rey, escúchenlo, así nos cuenta, segundos antes de segregarse, de pie ante los astros:

Soy el portador de las runas, soy mi ley. Los dioses también han muerto, aquí las almas están rotas, han involucionado como ellos, pero han regresado a sus tierras, es eso lo que se ha querido oír, el mensaje que nos ha traído el demiurgo en su propio mundo, aquella jaula de leyes cíclicas, que no es más que el espejo en un lago hacia otra dimensión, donde vivir no se siente. Los dioses se han sacrificado en carne y hueso, somos símbolos que no encarnan más que un culto del Arquetipo interior hacia la divinidad. Antes de haber sido héroes, habíamos sido hombres y así nos habíamos quedado por habernos estigmatizado, pero ahora hemos reestructurado nuestro ser nunca esclavizado, ahora hemos nacido como dioses y allá abajo los hombres no saben amar, simplemente hablar, no hay lenguaje para lo espiritual, para lo que somos nosotros y eso representa un secreto para el mundo. Aquí habla mi dios y mi demonio, no hice más que entregar a mis espectros lo que os gustaba y a mi pueblo lo que merecía, nunca me entendieron, parece que mi lenguaje había sido anulado. Las cosas no son como son, ni como deberían ser, sino como las han vuelto. Y es cierto, aunque no lo supiera, a veces latía en mi mente la idea de que las palabras por siempre han segregado a la humanidad, la lengua discrimina, la cultura, la sangre, el origen; rompen cualquier sistema posible de interacción con seres nuevos, nuestros animales están cada vez más cerca de ser dioses, porque no tienen lenguaje, los demonios también están allí, todo lo que era misterio, ahora lo sabemos. Ahora, han tenido que resucitar en nosotros, de alguna manera, hemos tomado como signos las constelaciones, nos hemos apropiado de ellas, nuestra mente simplemente lo hace todo conscientemente. Somos estrellas, estamos encendidos, el día de nuestra verdadera muerte, al fin liberaremos nuestra implosión y la explosión acabará por absorber la materia, nuestra gran fosa se convertirá en el remolino que destruye el Karma, atrayendo la materialización de lo etérico. Un hombre que no piense en la humanidad, no piensa como hombre, pero sí como héroe que antes de ser dios, ha querido superarse, destruirse; más allá donde mora lo inimaginable, sobra pensar en expandirse como lo hace el universo con las ga-

laxias, con la voluntad y el afán distópico de inmortalizarse, el hombre ha olvidado que no debe morir, pero sí ser traspasado, transmutado, aquella es su hibridación individual, su individuación superior.

– Frank, somos amigos y enemigos, somos lo contrario y lo mismo, somos extremos opuestos y cercanos, porque el hielo quema tanto como el fuego, dime ¿por qué te estás despidiendo? Como un día diría nuestro Wolfgang, la mascota: dime, ¿por que debemos separarnos?

– Fiodor, es simple, por algo soy lo que fui, aquello que no dejaré de ser, un Godo Mudo, Dios del misterio. Aprendí primero a callar y luego a predicar, yo no hablo. Simple, hay que separarnos para superar al demiurgo, porque no es suficiente conocer su maleza, sino también su grandeza, más allá de su arquetipo. Arquetipo es el guerrero inmortal sacramentado en los signos que hemos de llevar dentro de las venas y ha de recorrer el camino al corazón para gritar el mensaje de redención.

– Frank, a dónde te irás y a dónde me iré yo si has dicho que el universo es tan inmenso. Aunque no creo que pueda ser solo el universo dueño de toda esta inmensidad.

– Entiéndase la expansión del universo como la voluntad de los dioses de liberarse de la atadura del demiurgo. Tú también eres un dios Fiodor, en constante lucha contra mí.

– Amigo Frank, igualmente dudo que únicamente sean dos caminos opuestos, incluso hay uno que se anula por su neutralidad, pueden los extremos anularse en su exageración, no solo hay bien o mal, la vida siempre fue inexplicable, aquella ley de la contradicción, es por sí misma hasta más paradójica que la “inexistencia” de lo impalpable e incorpóreo.

– Son dos mundos, aprisionados en uno solo, por dos fuerzas combatientes y antagónicas, los seres y hasta nosotros los dioses nos hemos balanceado entre estos. Pero hay alguien que está en el medio y es ese arquitecto, es el enemigo del dios del bien y el dios del mal.

– Así pues que no soy el demonio sino el dios del mal, esto lo has hecho para universalizar el juicio de la divinidad, por lo que lo macabro se toma como algo perfecto en la totalidad, en el complemento de lo bello.

– Fiodor, así como dios muere creando al demonio, del mismo modo lo hace la supernova en su colisión, crea un agujero negro en constante fuerza de atracción. Una materia negra que lo absorbe todo.

– Por eso mismo no somos espectros, Frank, somos eternos.

Así fue como Frank y Fiodor se separaron, no sin antes crear a sus actores en el mundo, Jean Paul y Charles respectivamente y a todos los personajes que sufrieron su muerte, es decir su nueva vida, incluido a Wolfgang Swenson, el elegido por ellos, aquel que debía escribirlos, crearlos.

Digamos todos: amen. El sacerdote con traje de luto besó el manuscrito antiguo y despues de un minuto de silencio, lo lanzó a la hoguera.

–La inmortalidad es para el guerrero, la eternidad para el santo, dime ¿qué quieres tener Fiodor, que prefieres ser?

–Frank, la muerte ahora es otra carcajada.

Hasta el final, ellos seguían hablando, hasta este tiempo, ellos seguían sin tiempo.

EPÍLOGO

La muerte de un libro

Yo mismo, Wolfgang Swensson, haciendo gala de mi protagonismo, he salido de la obra para habitar entre los lectores como un nuevo espectro. Las páginas de mi libro se consumen con el fuego, las cenizas se mezclan con la sangre que derraman las palabras. El fénix no es quien asciende, el escorpión ha dado vuelta al mundo. Por su vértigo se ha precipitado a la profundidad de una nueva marea.

Aquí la muerte no es todavía el fin. El amor que se intensifica con el drama, nos habla desde otros abismos del silencio, otras dimensiones de los espíritus. Aquí no hay llanto, solo lluvias y tempestades que refrescan una nueva vida.

Un nuevo hombre resurgió de los confines de la turbación y la confusión de una juventud privilegiada. Los portadores del enigma le obsequiaron un legado con su sangre al héroe que sobrevivió. Nosotros somos otros ahora, más eruditos y ricos en elucubraciones, más traslúcidos, más jóvenes, más inmortales. Las noches son en nosotros poseídas como mentes de mujeres desnudas y las decadencias, abandonadas como romances proféticos que destruyen la cabeza de los amantes, por equipararse a los más graves y vehementes pensamientos.

La versión digital de este libro se publica en el momento en que la raza humana se encuentra aislada en sus casas como estrategia de gobiernos y de estamentos de salud para evitar la propagación del virus denominado COVID-19.

Wolfgang Swensson es un actor y guionista que recopila en su cuaderno negro sus experiencias vividas y no vividas con sus mejores amigos Jean Paul y Charles. A partir de ellas, escribe un guion que envía a algunas productoras de cine. Después de muchos intentos fallidos, se encuentra con Michael Angelo Orff, un amigo de su infancia que se convirtió en un director de cine aclamado. Michael decide aliarse con un grupo de actores y realizar una adaptación cinematográfica de las narraciones de Wolfgang, quien acepta sin saber que Michael le ofrecerá el papel de Wolf, un poeta que protagoniza 'La Gran Tragedia', un filme lleno de ensoñaciones, sueños vívidos, alucinaciones y dimensiones en las que se ve obligado a repetir lo que ya sufrió y escribió. Después de algunas crisis de locura, engaños y traiciones, Wolfgang decide escaparse a la montaña para cerrar el círculo y así termina abriendo un laberinto hermético en el que logra intensificar el amor fati y llegar a la plenitud de su inexistencia para encontrarse con sus fantasmas más preciados.

 nueve
editores

